

# LAS ESPAÑAS

Revista Literaria



AÑO VIII. NUMS. 23-25

MEXICO, D. F., ABRIL DE 1953

PRECIO: \$8.00

## LA ESPAÑA de TODOS

Por  
Pedro BOSCH-GIMPERA

**T**odos los pueblos en el pasado y en el presente han tenido problemas constitucionales que han perturbado su vida normal o que les han envuelto en luchas. Estos problemas han alcanzado en España siempre proporciones excepcionales y jamás han llegado a resolverse. La razón de ello es que en España está sin resolver el de su propia esencia.

Los franceses, los ingleses, los suizos, los italianos, los alemanes, los suecos, los polacos, los norteamericanos, los mejicanos o los argentinos podrán disentir en cuestiones de régimen, de organización social o económica, en la apreciación de determinados episodios de su historia; pero si se les pregunta qué es su país o en qué consiste pertenecer a él, estarán de acuerdo en lo esencial y será difícil que pongan en duda su existencia como una comunidad estabilizada y aceptada por todos. No así los españoles. Fácilmente se descubre que un castellano, un vasco, un gallego, un andaluz o un catalán se siente español o acepta el dictado de español por razones distintas o acepta las de los demás con reservas mentales. Es difícil, incluso, el diálogo entre españoles cuando se llega a hablar de la esencia de España, y los que creen poseer una ortodoxia española consideran fácilmente como herejes a los que discuten sus fundamentos. Así ocurre preguntarse desde dentro o desde fuera, por españoles o por no españoles: ¿sabemos lo que es España? Ortega pudo hablar del *angustioso problema* que se plantea cuando se trata de averiguar por qué y para qué vivimos juntos. Y una contestación satisfactoria no la ha dado ni él ni nadie.

Y es que, a diferencia de otros pueblos, España no está hecha. Se halla secularmente en vías de constitución. Hay una realidad permanente, unos pueblos que, una vez cristalizados, resurgen siempre, a pesar de ofuscaciones, de dominios superpuestos o de intentos de borrarlos o de asimilarlos. La complicada geografía peninsular, con sus compartimientos, casi estancos, que han acentuado la diversidad, impone a su vez relaciones y dependencias; desde los más remotos orígenes, cuanto se ha creado o realizado en un rincón de España ha influido o repercutido en toda ella; lo mismo ha sucedido con cuanto ha llegado desde fuera; temporalmente se han producido creaciones en que han participado varios o muchos de sus pueblos, solidaridades más o menos duraderas, sentimientos y notas de carácter comunes, afectos que se manifiestan espontáneamente cuando no obedecen a una coacción y que revelan que a la vez que la diversidad que resiste a todo intento de asimilación existe una afinidad que no es sólo de intereses materiales, sino una sutil ligazón es-

(Sigue en la pág. 20)



Velázquez — autoretrato —

## SUMARIO

LA ESPAÑA DE TODOS, por Pedro Bosch-Gimpera - LA LECTURA DE CERVANTES, por J. M. de Semprún y Gurrea. - EDITORIAL. - SANTAYANA, ESPAÑOL DEL 98, por Ramón Sender. - ENCUESTA DE LAS "ESPAÑAS", respuesta de Jean Cassou. - UNA NUEVA GENERACION: LA DE 1939, por Mariano Granados. - EL MENSAJE DE CAJAL, A LAS VOLUNTADES ADORMECIDAS, por José Puche Alvarez. - BREVE ESQUEMA DE LA LITERATURA EN LA ESPAÑA FRANQUISTA, por "Miguel Manrique". - TRIPTICO, por Leopoldo de Luis. - SIGUE EL TINGLADO DE LA VIEJA FARSA, por "Salvador Morales". - BARTOLI, por Enrique F. Gual. - EL ENCUENTRO, por Pablo de la Fuente. - EN EL CENTENARIO DE "CLARIN", por Luis Santullano. - BALCON A LA POESIA ACTUAL EN ESPAÑA. - "EL RELOJ DE DON LUIS", por Germán Somolinos. - LOS LIBROS. - EL ULTIMO MAESTRO DE LA TERNURA, por José de la Colina. - LA JOVEN GENERACION POETICA ESPANOLA, por Manuel Bonilla Baggetto. - LA MURALLA BLANCA, por Anna Murrià. - CAJAL, EL MARQUESADO Y SU ESCUELA, por Dionisio Nieto. - IRONIA Y SUSCEPTIBILIDAD, por Francisco Pina. - EN EL CENTENARIO DE MARTI, por A. de la Sierra. - LA IMPOSTURA EN CUEROS, por Enrique Angulo. - DISPARRADERO DE LAS "ESPAÑAS". - ESPAÑA EN EL RECUERDO, por Isidoro E. Calleja.



## LA LECTURA de CERVANTES

Por  
J. Ma. de SEMPRUN y GURREA

**C**UANDO un gran genio lanza en la corriente de la cultura el mundo de sus vivaces y potentes creaciones, se producen intensos movimientos y violentas sacudidas, golpes y contragolpes formidables, desplazamientos de masas que, como en la surgencia prehistórica de un pliegue alpino, son impelidas por las fuerzas profundas del universo que aparece o vienen a precipitarse en los inmensos vacíos creados por el fenómeno en su avance. En una palabra, acaecen —no siempre en el primer momento— cosas extraordinarias, de las cuales no son todas precisamente venturosas. Entre las menos venturosas hay que señalar esa fatal y multitudinaria afluencia de explotadores de todo calibre y del más vario pelaje que viene a precipitarse ávidamente sobre el mundo de riquezas alzado y dejado por el genio, explotándole a fondo y, casi siempre, sin piedad, sin decoro y sin discernimiento. Es como una banda de anticuarios rapaces, entrando a saco en los palacios abandonados de un gran señor. Es una vasta expoliación y, en definitiva, un inmenso destrozo. No dejan cosa en pie, y todas las utilizan y las maltratan para explotarlas a su talento y conveniencia. Hay muchos que, por esos sórdidos y desaprensivos procedimientos, se la apañan para constituirse una pequeña fortuna literaria, con los despojos del tesoro que tomaron al genio y que, luego, readaptan y recomponen de mala manera, como esos nuevos ricos que amueblan un saloncito pretencioso y descabellado con los objetos adquiridos a bajo precio en la subasta de un museo venerable.

Y así sucede que entre el mundo creado por el genio y el público de buena fe que desearía conocerle y gozarle directamente, se interpone la banda de los explotadores, y ya no hay manera de acercarse a él, ni de disfrutarle, sin tener que soportar la impertinencia de los intermediarios. El texto del autor, cuando se trata de obras cuyo medio de expresión es la palabra; el texto de los manuscritos y de las ingenuas ediciones primitivas, acaso un poco adulterado, pero suficientemente genuino y puro, desaparece sumergido por el farrago insoportable de las notas, los escolios, las viñetas y las ilustraciones... No sé si se ha reparado bastante en lo que tiene de insana petulancia la idea de presentar una edición "ilustrada" de Shakespeare o de Cervantes. ¿Se concibe que alguno pretenda "ilustrar" el Quijote?...

Después que el vulgo, comprendiendo en primer término el de la cultura, vulgo formado por los émulos y contemporáneos del

(Sigue en la pág. 28)

# EDITORIAL



La descomposición interna del conglomerado francofalangista parece que está llegando a sus extremos límites. Largo ha sido el proceso. Comienza, no con la fricción parcial entre requetés y falangistas, constante desde los primeros días de la guerra, sino a mediados de 1937, cuando el franquismo neto —es decir, las oligarquías clásicas—, rehecho y vuelto en sí, entabla sorda lucha contra el grupo que permanece fiel a la demagogia inicial y de la Falange. Por entonces se produjeron los primeros brotes conspirativos de la Falange Auténtica —reprimidos por Martínez Anido—, e incluso un bien calculado coqueteo de los intransigentes Hedilla, Giménez Arnau, Pilar Primo de Rivera, etc., etc. . . . con destacados personajes del Gobierno de la República. A ese punto llegaron. Después, el interés común, el miedo, la presión de Italia y de Alemania y el juego personal de Franco, forzaron una especie de unión que repugnaba a todos y que hizo amo de todos al "Caudillo". Dentro de esa unidad forzada el navajeo no ha cesado un instante, pero administrado e incluso regido por el dictador, tan interesado en mantener la pugna, como en que fuera controlable siempre, y en que nunca saliera a superficie.

El panorama ha cambiado de pronto. Ahora, un sector de la prensa —el controlado por monárquicos y vaticanistas—, ataca abiertamente a la Falange, ésta protesta y Franco, turbio y ladino siempre, deja hacer mientras habla, como asaltado por la duda, de si no será tiempo de conceder determinadas libertades. En verdad, se trata de dos únicamente: la de trabajar sin riesgo por la restauración efectiva de la monarquía y la de poder criticar la gestión política de ciertos dirigentes, pero, claro está, ambas, dosificadas, sometidas a superior criterio, y con la cazurra coletilla de un cauteloso "siempre y cuando".

Ahí, en esa doble condicional, está la clave de su juego, y en su aparente perplejidad ("¿Es tiempo o no, de abrir algo la mano?"), el hilo que nos lleva al ovillo de la intención oculta. Por lo pronto, ni quita ni pone rey, pero inhibiéndose, dejando hacer mientras decide, ayuda a las oligarquías tradicionales sin comprometerlo todo en la partida. Más claro aún: cede sin quebrarse a la presión concertada del amo exterior y de las fuerzas monárquico-vaticanistas, pero reservándose la decisión final, que puede caer del lado azul o negro, como ha ocurrido tantas veces, o, en otro caso, ser diferida, con la consiguiente prolongación de un interinato cargado de peligros. Su situación, pese a cuanto está ocurriendo, no deja de ser fuerte. La Falange, probable víctima con cuya piel negocia futuras posiciones que le aseguren un poderío decisivo, poco es y nada significa sin su apoyo, pero Franco y la Falange juntos pueden ser el Estado, la legalidad, si alguien intenta modificar el Régimen contra la voluntad expresa del "Caudillo". Claro es, que ni los mercaderes de soberanías ni las oligarquías clásicas quieren correr el grave riesgo de desatar lo a viva fuerza atado. . . .

Aquellos, por tres razones distintas y un solo imperialismo verdadero, quieren hacer de España su base capital en Europa: Para utilizarla como almacén y fortaleza cuando la lucha actual por el dominio del mundo haya cubierto la etapa pacifista: para reducir su dependencia estratégica de Inglaterra y de Francia, y en la misma medida, el margen de independencia que en política internacional han conservado estos países: para cerrado el Estrecho y dominando desde los litorales españoles todas las rutas marítimas de Italia, de Francia y de Inglaterra, poder dictar, en un día, su voluntad al Viejo Mundo.

A fin de no edificar en tierra movediza, consideran indispensable que haya en Madrid un gobierno tan fuerte como dócil y cuya dosis de legalidad permita —sin demasiada violencia—, la inclusión de España en el llamado Pacto del Atlántico.

Por otra parte, las fuerzas monárquico-vaticanistas necesitan consolidar la victoria alcanzada contra su propio pueblo en 1939, y pugnan por la instauración de un régimen, (a), que la legalice; (b), cuya continuidad no sea problemática; (c), que cuente con ayuda exterior para hacer frente al caos económico; (d), que liquide el aventurerismo político y la demagogia social de la Falange; (e), que la convierta en chivo expiatorio y cargue sobre ella el debe común de latrocinios y de crímenes.

Resumiendo: Franco ha dejado de ser el mejor servidor posible del "franquismo" y de las oligarquías internacionales, pero sirve aún y, sobre todo, cuenta. Cuenta, porque la mecánica de toda dictadura hace del dictador el punto de clave de su régimen y, en este caso, no se trata de derrumbar las bases en que la dominación se asienta, sino de remozarlas, de darles más firmeza y estabilidad modificando la estructura visible. En el fondo, pues, no hay diferencias esenciales: hay sí, un enconado regateo del que saldrá la restauración de la monarquía en la persona de don Juan o esa Regencia que el dictador tanto apetece. En cualquier caso, la necesidad de dar fisonomía legal al nuevo régimen abrirá un margen de posibilidades para el ejercicio de la ciudadanía, y hay que entender, que por condicionado y mínimo que sea es absolutamente preciso utilizarlo sin desviarse un ápice de la propia finalidad. Porque lo que va a decidirse tras la apariencia de un simple cambio de postura, es, si se consolida o no lo esencial del régimen presente; es decir, si España va a sestear de nuevo más hundida, más misera que nunca y sometida, además, a coloniaje, o si, capaz al fin de organizar su fuerza y su experiencia, puede y quiere cerrar toda salida que no lleve al total derrumbamiento del "franquismo".

A nuestro juicio, va a querer y a poder. Va a poder, porque muchos de los que cayeron en error han comprendido, y porque los estancados en un pretérito sobrecargado de dogmatismos, fracasos y rencores no cuentan ya donde contar importa; y va a querer, porque a los hombres —de todas las ideas—, que lucharon ayer por un noble propósito, se han unido las nuevas promociones, y ha madurado en todos un concepto más claro, más humano, de cómo volver al cauce histórico perdido y hacer posible el renacer de España.

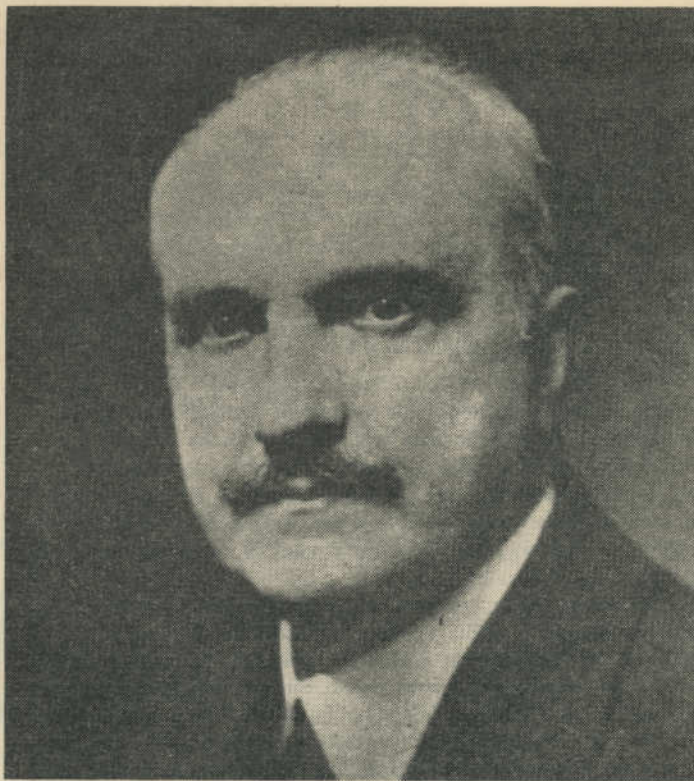
Quienes están forjando el instrumento capaz de organizar y dirigir una movilización nacional que imponga el restablecimiento de las libertades ciudadanas, la liquidación de la guerra civil y el saneamiento y reconstrucción de nuestra economía, si saben hacer patente y comprensible para todos el sentido y la finalidad del cambio, y, de estabilizarse, sus espantosas consecuencias, pueden hacer que la crisis en que el "franquismo" se debate, sea mortal y próxima y segura la liberación de nuestra patria.





# SANTAYANA ESPAÑOL DEL '98

Por Ramón SENDER



Si se tratara de formar una especie de comité ejecutivo de la generación del '98, yo propondría a cuatro escritores: Valle Inclán, Baroja, Machado y Santayana. Si hubiera que elegir entre ellos uno que reuniera todas las cualidades que con justicia o sin ella se atribuyen al grupo, me vería forzado a proponer a Santayana. Ni Unamuno, ni Azorín ni escritor alguno del '98 representa mejor el escepticismo filosófico doblado de intenciones estéticas. O la irreligiosidad trascendental, es decir, de tendencia mística. Y, desde luego, ninguno de los que nacieron y murieron o esperan la muerte en España recibió un reconocimiento y aplauso tan general... con una indiferencia tan estoica.

Del escepticismo de los del '98 ante los aplausos habría mucho que hablar. Unamuno, en los últimos años, tenía una vanidad delirante. Necesitaba estar siempre en el centro del corro, perorando sobre el único tema que de veras le interesaba: don Miguel de Unamuno. A veces, al final de sus monólogos, que no eran nunca interrumpidos por sus oyentes, movía la cabeza y se lamentaba con un falso pudor: "Esto de tener que vivir siempre en estatua... en estatua de sí mismo, es verdaderamente trágico."

En filosofía, Unamuno fué un diletante de la disociación, que no llegó a articular doctrina ni a hacer de la desarticulación una norma convincente. En la novela y en el verso convenció menos aún. Ahora, después de su muerte, la gente comienza a darse cuenta.

Azorín, menos ambicioso, tiene por la elección de sus temas y la manera de tratarlos —una manera elusiva— resonancias limitadas. Su escepticismo es, si se puede hablar así, el más genuino del grupo y, como en la antigüedad clásica, encuentra justificación en un esteticismo tímido, al que se adhiere, sin embargo, con una obstinación impresionante.

Ni a Unamuno ni a Azorín les impidió su falta de fe en la eficacia de los partidos ser diputados y tratar de asomarse al circo de la cosa pública. Baroja y Valle Inclán, tan diferentes de los anteriores y tan contrarios entre sí, mostraron a menudo la misma tendencia a representar masas sociales y a hablar en su nombre. Baroja se presentó candidato a diputado por Fraga, y Valle Inclán por Galicia. (No fueron elegidos, y hay que alegrarse, por ellos mismos.) En fin, si vamos a analizar uno por uno los caracteres que, según dicen, integran la *personalidad histórica* del grupo, y tratamos de encontrarlos en cada uno de los escritores del '98, nos llevaremos grandes decepciones. Tal vez sólo se salvaría Antonio Machado.

Una de las cosas en las que más creían los jóvenes —y entre ellos yo, cuando lo fuí— era el desinterés de Baroja por sí mismo, su desdén por las apariencias y por cualquier forma de vanidad. Hoy no hay más remedio que cambiar de opinión cuando cerramos el séptimo tomo de su autobiografía, tan abundante en toda clase de pequeños o grandes resbalones de vanagloria, en los cuales al autor se le ladea y desnivela la aureola.

Es curioso, sin embargo, que el ideal del '98 lo represente fuera de España un español que encarna todas las contradicciones de su época y que es fiel a ellas no sólo en su obra, sino en cada uno de los pasos de su vida tan larga y fecunda. Dice en un verso de su juventud:

...some are born to stand perplexed aside

y eso es lo que Santayana hizo: estar a un lado de la vida, perple-

jo. Los honores y vanidades y hasta los halagos de la riqueza lo buscaron. Supo no huírles, sino ladearse y dejarlos pasar, con ese desinterés mesurado de los castellanos. Santayana era castellano viejo y nuevo, es decir, nacido en Madrid con abuelos de Avila. Tenía el paso silencioso y la voz cauta de los madrileños.

Cuando escribe sobre su juventud dice: "En mis años más tiernos estaba ya persuadido de que la vida no merecía la pena. Si la religión es falsa, la vida carece de valor. Si es verdadera, también... Hallaba la misma alternativa entre el catolicismo y la total desilusión, pero la desilusión no me ha asustado nunca y la elegí y en ella estoy." Lo más interesante es que no hay una palabra ni un acto en los 88 años de su vida que desautoricen esa desilusión. No faltan en ninguno de los llamados hombres del '98 ocasionales caídas, pero es imposible hallar una sola en Santayana. Con esto yo no trato de dar patentes de pureza —sé por mí mismo la dificultad de la perfección—, sino de anotar un hecho que, al parecer, ha pasado desapercibido hasta ahora y que puede tener valor histórico.

Santayana fué durante su juventud profesor en Harvard. Profesor distinguido, odiaba la vida universitaria, vivía *aside*, y tal vez por esa razón los estudiantes lo querían más. Era sabida la frialdad si no la crueldad de su ingenio. Pero esa frialdad de los hombres de origen viejo castellano es una frialdad ardorosa, cuyo contacto quema. Vivía solo, en Cambridge. Nunca fundó ni trató de fundar un hogar. En su libro reciente *Domination and Powers* —no traducido al español— dice una vez más que el hombre es un animal de un egoísmo feroz, encadenado a una existencia irracional y viviendo bajo un conjunto de normas impuestas por un cuerpo armado que ve con placer la tortura y la destrucción de los mejores. Como resultado de estas reflexiones, se mantenía al margen de la sociedad, voluntariamente.

Era un racionalista, y, sin embargo, escribió uno de los libros de más aliento religioso de su tiempo: *La idea de Cristo en los Evangelios*. (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1947.) Naturalmente, un libro sin metafísica propiamente dicha, pero con una ternura y una agudeza intelectual —racional— prodigiosas. En ese libro, Santayana hace del mito de Belén y del Gólgota un milagro accesible, es decir, no mayor que el de cada instante de nuestra vida, si queremos detenernos a tratar de penetrar su sentido. Era Santayana un racionalista, como Baroja, pero no transigió con ninguna clase de dogmas ni toleró a sus ministros. Pocos días antes de morir puso en la puerta a un español franquista —según dice el semanario católico *Commonwealth*— que se le arrodilló delante suplicándole que pensara en la salvación del alma. Se burló también —discreta y corrosivamente— del materialismo dialéctico.

Su interpretación de Cristo podría entenderse como luterana o

al menos erasmista, pero no había tal. Ninguna iglesia protestante pudo considerar a Santayana suyo. Tenemos, pues, a este evasivo fantasma del '98 con contradicciones curiosas. Lo católicos lo acusan de protestante, los protestantes, de católico —la verdad es que, como a Miguel Servet, lo habrían quemado con el mismo placer en los dos campos—. Santayana sonríe de los unos y los otros y escribe sin prisa alguna, a los 72 años, su primera novela, *El último puritano*, que le da una popularidad discretamente internacional y que dentro del país ofende a los ortodoxos de todas las iglesias. Otra contradicción: era un profesor nato y, sin embargo, en 1912 deja la Universidad de Harvard para siempre porque le parece incómodo aceptar la tabla de valores académicos y no quiere tampoco discrepar de la facultad escandalosamente.

Pero si hablamos de contradicciones, la verdad es que toda su vida lo es (lo que quiere decir que no se contradijo nunca, y esto no es difícil de entender para una mente dialéctica con cierto sentido de humor). Era español, adoraba a España —nunca quiso adoptar la ciudadanía americana— y, sin embargo, en los últimos sesenta años no puso una sola vez los pies en España. Tal vez quería evitarse el ejercicio, a menudo deprimente, de reacomodar el sueño a la verdad.

Escribía en inglés, había estudiado en Harvard y enseñaba filosofía en la misma cátedra donde la aprendió. La Facultad y los estudiantes de Cambridge lo querían y admiraban. Las revistas americanas lo trataban con el mayor respeto. Sin embargo, Santayana salió de América poco después de 1912 y no volvió. Vivió entre Inglaterra, Francia e Italia. Si se quiere más persistencia en la contradicción, bastará recordar cómo murió. En los últimos doce años vivió en un convento católico en Roma, considerándolo más cómodo y silencioso y adecuado a sus hábitos que un hotel. No oyó misa una sola vez ni recibió ninguno de los sacramentos. Cuando murió —sin asistencia religiosa, a pesar de estar durante esos doce años acompañado de religiosos y no frailes, sino monjas— dejó dispuesto en su testamento que lo enterraran sin liturgia alguna en un cementerio católico, pero en la parte no consagrada. (En el lugar destinado a los reprobados por la iglesia o a los no incorporados a ella.) En estos doce años ni discutió nunca con las monjas ni dió lugar a que ellas trataran de influir en él.

Detrás de estos hechos y otros, que harían interminable este artículo, se ve un espíritu desinteresado, y el desinterés es a menudo especulador y arguyente. No cayó Santayana en el nihilismo oportunista de Baroja, ni en el delirio esteticista de Valle Inclán, ni en el narcisismo literaturizante de Azorín, ni en el retórico egocentrismo de Unamuno. Era *el hombre del margen* que los libros del '98 exaltan. Y no hay duda de lo espontáneo y generoso de su actitud porque todos los honores le rozaron y se le ofrecieron en vano. Por sus clases pasaron hombres que han tenido después el más alto reconocimiento oficial, como T. S. Eliot, Premio Nobel de poesía; Félix Frankfurter, de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos, los escritores Conrad Aiken y Walter Lippman. Varias universidades le ofrecieron nombramientos *honoris causa*. La Sorbona, Oxford, le llamaron para que expusiera sus ideas. En el Congreso Spinozista de La Haya fué su aportación celebrada como una de las más luminosas —desde su juventud, Santayana fué muy adicto a ese iudío español exiliado— y en todos los países de cultura latina o inglesa o anglosajona tuvieron sus libros y conferencias una aceptación respetuosa y a menudo entusiasta. Santayana eludió la recompensa fácil, hurtó el bulto a la llamada popularidad y supo evitar los riesgos de la gloria. Alguna ventaja ha de tener la falta de fe, la sistemática indiferencia del hombre del margen. ¿No era eso lo que querían aparentar los escritores del '98? ¿No tratan todavía hoy los dos supervivientes, Azorín y Baroja, de perfilarse en sus escritos como dos grandes hombres a la orilla de la gran corriente del tiempo? He aquí que Santayana, español de Castilla, nacido cuando ellos, bajo las mismas brumas y el mismo auspicio de la indecisión, ofrece a todo el grupo del '98 su sencillo ejemplo.

¿Habría Santayana escrito su obra y vivido su vida ejemplar en el caso de quedarse en España? No hay duda de que tenía la vena heroica de los viejos santos castellanos. En el caso de tener fe podría haber sido otra versión de la figura alabastrina y radical —increíble en su ascetismo y su virtuosa obstinación— de San Pedro de Alcántara, a quien físicamente se parecía. Si en su vida de escéptico fué tan fiel a la duda —tan rigurosa y estrictamente acomodado a su liberal falta de convicciones—, ¿qué habría sido en una vida de creyente filosófico, religioso o político? Pero sin necesidad de aceptar dogmas ni sistemas ni valores preestablecidos, creo que en Espa-

ña habría desarrollado una labor más o menos semejante. Su personalidad recuerda —con distancias enormes en lo que se refiere a la obra de cada uno— la de Antonio Machado. Y no hay duda de que la fuerza que Santayana supo oponer a las facilidades de la popularidad en América habría sabido oponerla también a las dificultades de la vida española.

Su obra ofrece el mismo ejemplo de inteligencia y esforzada discrepancia que su vida. Hacia 1936 —año crucial para los españoles— era Santayana conocido y estimado sólo por las minorías. De vez en cuando hablaban de él las revistas de filosofía y de crítica literaria. Había publicado la *Vida de la Razón* —de la que dijo William James que era una *lectura deliciosa*—, *Interpretación de la Poesía y la Religión*, *El sentido de lo bello* y algunos tomos de poesía con los títulos *Sonetos y otros poemas*, *Lucifer, una tragedia teológica* y *El eremita del Carmelo*. Estas obras valieron a Santayana una reputación de hombre agudo, inspirado y erudito, que se mantuvo viva y activa, a pesar de no haberse reimprimido esos libros por muchos años. En 1936 publicó *El último puritano*, novela de fondo filosófico, que le dió en pocos días una popularidad inmensa. Como decía antes, cuando escribió esa novela tenía ya setenta años. A esa edad, que en otros españoles del '98 tenía una virtud aquietadora y conformista, escribe Santayana su libro más inconforme y discrepante. La unidad y continuidad del escepticismo de ese autor va manteniéndose en un mismo nivel desde la infancia a la vejez. No hay desmayos. Si los jóvenes de mi época se sienten engañados y decepcionados por la cuadrilla de narcisistas del '98 y quieren una compensación ahí la tienen. No hay en la obra ni en la vida de Santayana nada que ofenda el deseo de rectitud y probidad e intransigencia crítica de los jóvenes de 1925.

La poesía de Santayana tiene más acentos españoles que su prosa, aunque ésta enlaza fácilmente con los erasmistas (igual que la de Unamuno, salvo los acentos seudomísticos). Tiene en inglés una cierta dureza española. La poesía no tiene entre nosotros un lenguaje común depurado y refinado por la herencia. Así como en Francia, desde Ronsard hasta Rimbaud y Valéry, todos usan el mismo lenguaje, en España cada poeta tiene que hacerse el suyo. Nuestro idioma ha sido forjado por la acción y la aventura y no por la gracia de la sensibilidad poética. Entre dos poetas contemporáneos hay a veces la misma distancia que entre uno del siglo XIV y otro del siglo XX. Véase el ejemplo con Unamuno y Lorca. O con Valle Inclán y Jorge Guillén. El idioma francés se forma en una Provenza de amadores y poetas, el español en las tierras fronterizas hispanomusulmanas con feroces contrapuntos de hierro y cuero, arneses batidos y celadas y lorigas. A la hora de escribir poesía, cada uno tiene que formarse su tradición, sus mitos, las palabras —como si nacieran con él— y las asociaciones de objetos y sonidos. Santayana llevaba a la poesía inglesa la aspereza de las formas españolas. El resultado era a veces espléndido y siempre de una suavidad o violencia exóticas.

Después de 1936 y de su éxito como novelista, Santayana desde sus retiros de Inglaterra, Francia o Italia fué escribiendo y publicando libros de ensayos críticos o de recuerdos biográficos. *El reino de la Verdad* (1938). *El reino del Espíritu* (1940). No hay que dejarse confundir por estos títulos, que en inglés tienen un sabor menos dogmático que en español y que presiden sendos volúmenes de agudas observaciones, muy lejos de cualquier tentación sistemática, entre Platón, Lucrecio, Spinoza y Schopenhauer. (La fiebre nietzscheana de los Maeztu, Azorín, Baroja, no hizo presa en él, quien siguió hasta el fin, siendo una especie de estoico iluminado). Más tarde aún publicó su interpretación de Jesús y varios tomos de *Persons and Places*. En 1940 había publicado un resumen crítico de la filosofía alemana titulado *Egotism in German Philosophy*, revelador de las motivaciones de su propia filosofía. Pero una vez más hay que advertir que su filosofía era *no tener ninguna*, en el sentido académico. Lo mismo que la iglesia es a menudo la negación del espíritu religioso, la universidad es un arma contra la cultura, el matrimonio una dificultad contra el amor, el sistema es siempre en sí mismo un hecho antifilosófico. Otros libros de Santayana de carácter especulativo llevan los títulos, más reveladores, de *Skepticism and Animal Faith*, *The Realm of Matter*, *The Realm of Essence*. Las pocas veces que Santayana habló de sí mismo se definía diciendo que era un ignorante con algunas dotes poéticas. En La Haya, durante la celebración del centenario de Spinoza, pidió al congreso de filósofos allí reunido que "provisionalmente y por algunas horas, sin establecer prejuicio alguno en relación con convicciones más permanentes, imaginaran la verdad tan contraria y desfavorable a nues-

tros deseos y tan contraria a nuestras naturales presunciones como es posible imaginar en la vida". De ese modo, añadió, el espíritu estaría en las condiciones más adecuadas para la desnudez suprema y también para la prueba del juicio desinteresado. Esa desnudez del juicio y esa lucidez para la prueba eran una obsesión en Santayana.

La cultura americana considera a Santayana como un excelente ejemplo en su favor. El utilitarismo, activismo, tecnicismo, que han hecho de América una prodigiosa colmena —dicen— no ha destruído la posibilidad de que prosperen espíritus desinteresados, buscadores de las últimas verdades del intelecto y los más hondos placeres de la imaginación. He aquí por donde los americanos, sin saberlo, juzgan a nuestros hombres del '98 como lujos más o menos estériles, pero dignificadores de la vida de un país. Probablemente tienen razón, al menos en los casos mejores: Baroja y Valle Inclán.

Leyendo a Santayana creo ver —en sus abstracciones y reflexiones sobre los fenómenos más comunes y generales de creación, y sobre todo de *autocreación*— el mismo caso, más curioso a medida que pasa el tiempo, de un escritor del '98 trasplantado a las culturas nórdicas. "Hay, por supuesto —dice—, en cada ser vivo un centro individual de reacción y preparación: un cerebro y una semilla; conservándonos y expresándonos podemos transformar nuestro *habitat*, pero eso sólo será posible porque nos habremos insertado oportunamente en dicho *habitat*, porque habremos sonsacado nuestro poder de los poderes circundantes y porque habremos consentido en desarrollarnos dentro de lo que la ocasión favorecía y de lo que el tácito concurso de los hechos estaba destinado a propiciar." Este es el acento de Santayana y la norma, si hay alguna, en su vida. No pueden ser más sólidamente españoles y más representativos de su tiempo, el mismo de los del '98.



## NOTICIAS

EL GRUPO DEL TEATRO UNIVERSITARIO de México que dirige Charles Rooner estrenó el 27 de marzo pasado *No es Cordero... que es Cordera*, paráfrasis en verso castellano de León Felipe de la comedia de Shakespeare *Twelfth night or What you will* (Duodécima noche o Lo que queráis).

León Felipe modifica en su versión la obra shakespeariana, añadiéndole un prólogo de su creación; refunde la comedia original —de cinco actos— en tres jornadas; suprime algunas partes del texto inglés y transforma el carácter de muchos de los personajes.

"*No es Cordero... que es Cordera*" resulta una obra teatral de gran elevación poética, en la que se conjugan con gran acierto las escenas y se desarrollan los diálogos con gracia y maestría. Es tema de muchos comentarios en la prensa y círculos literarios de México.

EL GOBIERNO DE MEXICO ha nombrado Director del Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura a nuestro amigo y colaborador Andrés Iduarte. Buen conocedor de la cultura hispánica, el doctor —por las universidades de Madrid y Columbia— Iduarte pasó varios años de su juventud en España, donde desarrolló gran actividad en los medios estudiantiles y culturales. Durante nuestra guerra permaneció con su esposa en la zona leal. Allí y entonces escribió su obra *Un niño en la Revolución Mexicana*, recientemente publicada. Ahora era profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Columbia y director de la "Revista Hispánica Moderna."

EL JURADO CALIFICADOR DEL CONCURSO de Poesía "Pedro Salinas" convocado por el Ateneo Español de México, integrado por los escritores Juan José Domenchina, Antonio Espina y Florentino M. Torner, después de examinar con detenimiento el centenar de trabajos presentados acordó, por unanimidad, otorgar el premio de quinientos pesos concedido por el Ateneo al poema titulado *Triptico* de Leopoldo de Luis, autor español ya conocido por haber publicado varias obras poéticas. El Jurado acordó también recomendar que se otorgue una mención honorífica al poema que envió desde La Habana, José Sanjurjo.

En otro lugar de este número publicamos el trabajo premiado de Leopoldo de Luis. *Triptico*: La Tierra, El Rebaño, El Patrimonio".

EN ANNECY (*Saboya*) se ha erigido un monumento a la memoria de los republicanos españoles caídos durante la Segunda Guerra Mundial en la lucha por la liberación de Francia. La obra, del escultor español Lobo, lleva la inscripción: *Aux Espagnols morts pour la Liberté dans les luttes de l'armée Française de la résistance. 1940-1945.*

EL PROF. OLIVIER BRACHFIELD de la Universidad de los Andes se propone publicar la versión alemana del "Romance Gitano" de García Lorca que, al morir, dejó inédita la escritora vienesa Etta Federn.

UNA CASA EDITORIAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO prepara la segunda edición, revisada y ampliada, de *El español en su historia*, de nuestro amigo y colaborador don Américo Castro.

EN LA ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA del Ateneo español de México celebrada el 15 de enero ha sido elegida la siguiente Junta directiva para el año 1953: Presidente, doctor Joaquín D'Harcourt; Vicepresidente, doctor Manuel Sánchez Sarto; Secretario general, ingeniero José Luis de la Loma; Vicesecretario, ingeniero José Puche Planás; Contador, coronel Manuel Estrada; Tesorero, don Enrique Muñoz; Bibliotecario, coronel Vicente Guarner; Secretarios de las Secciones: de Artes plásticas, don Ignacio Zugadi; de Ciencias físicas y matemáticas, don Lorenzo Alcaraz; de Ciencias médicas y biológicas ("Ramón y Cajal"), doctor Dionisio Nieto; de Filosofía y Ciencias morales y políticas, don Julián Calvo; de Literatura, don José Miguel García Ascot; de Teatro y Cine, don Alvaro Custodio; de Música y Radio, don Enrique Elguera.

EN LA MISMA REUNIÓN FUERON DESIGNADOS socios de honor del Ateneo los destacados intelectuales hispanoamericanos Rómulo Gallegos, Isidro Fabela, Jesús Silva Herzog y Manuel Martínez Báez.



# ATENEOS ESPAÑOL DE MEXICO



A continuación damos una breve reseña de las actividades culturales realizadas por el Ateneo Español de México durante el año 1952.

Sección de Artes Plásticas.—Ciclo de conferencias con motivo del V Centenario de Leonardo de Vinci: "La contradicción perenne en la vida de Leonardo de Vinci", por Dante Ponzanelli; "Leonardo de Vinci hombre de ciencia", por Carlos Graef Fernández; "Leonardo y la arquitectura", por Enrique de la Mora; "El inventor de la Gioconda", por Ramón Gaya.

Exposición de óleos de Xavier de Oteyza.

Sección de Ciencias Físico-matemáticas.—"Pensamiento vivo de la matemática", conferencia de Marcelo Santaló. "Comentarios sobre el hundimiento de la ciudad de México", conferencia de Ignacio Saiz.

Sección de Ciencias médicas y biológicas "Ramón y Cajal".—Dos sesiones de homenaje a la memoria de don Santiago Ramón y Cajal con intervención de los doctores Joaquín d'Harcourt, Isaac Costero, Dionisio Nieto, Manuel Martínez Báez, Manuel Márquez, José Puche, Julio Bejarano, Germán Somolinos y don Luis Santullano.

"Investigación de la paternidad por los grupos sanguíneos", conferencia de Alfonso Vélez Orozco; "Siete años de labor sanitaria en una obra hidráulica", conferencia de Eliseo de Buen; "Comentarios sobre la guerra bacteriológica", conferencia de Joaquín Sanz Astolfi; "El problema de la localización de la memoria", conferencia de Dionisio Nieto; "Cultivo de tejidos en biología y medicina", conferencia de Jorge González Ramírez; "Riesgo y ventura de los matrimonios consanguíneos.—De Cleopatra a los Borbones", conferencia de José Luis de la Loma.

Sesión en memoria de Rafael Fraile, con intervención de los doctores Nieto, Torre Blanco y Márquez.

Sección de Filosofía y Ciencias morales y políticas.—"Pasado, presente y futuro del problema español", conferencia de Niceto Alcalá-Zamora; "Republicanismo, conformismo y derrotismo", conferencia de Félix Gordón Ordás; "La reforma de la Constitución uruguaya", conferencia de Enrique J. Couture; "Experiencias sobre el advenimiento y la caída del fascismo", conferencia de Piero Calamandrei.

Sección de Literatura.—Ciclo de conferencias con motivo del centenario de Victor Hugo: "Victor Hugo poeta", por Jean Siroi y recital de poesías de Victor Hugo por André Moreau; "Un aspecto de Victor Hugo", por Tomás Segovia; "Victor Hugo y el teatro", por José Miguel García Ascot; "Las ideas y la acción política de Victor Hugo", por Luis Nicolau d'Oliver.

"Los delincuentes en la literatura", conferencia de Luis Jiménez de Asúa; "Escritores hebreos en la Edad de Oro española y

su influencia universal", conferencia de José Winiecki; Comentarios al "Viaje a Turquía", por Rubén Landa; "Maragall y la idea de España", conferencia de Joaquín Xirau; "El Levante que yo sentí", charla de Enrique Bohorquez; Lectura comentada en torno al libro "Odiseo", por su autor Agustín Bartra; "El nacimiento de la lírica española a la luz de los nuevos descubrimientos", conferencia de Margit Frenk Alatorre; "Cartas a Quevedo", conferencia de Raimundo Lida; "Unamuno, el Quijote y España", conferencia de Carlos Blanco; "La prosa española del siglo XIX", conferencia de Max Aub; Conmemoración del 50 aniversario de la muerte de Jacinto Verdaguer, con intervención de Agustín Bartra y Manuel Durán Gili; "Emilio Prados y los límites del yo", conferencia de José Miguel García Ascot.

Lectura de poesías originales, por Guadalupe Amor (presentación y comentarios de Andrés Eloy Blanco); lectura del poema exegético "Me llamo Elías", por su autor Max Krongold (presentación por Aurora Reyes); lectura de poesías originales, por Nuria Parés (presentación y comentarios de Max Aub).

Sección de Teatro y Cine.—Estreno del drama costumbrista de Fernando Gaos "Uno de tantos".

Siete sesiones de cine de arte, cinco de cine técnico y seis de cine selecto.

Sección de Música.—Recital de canto por Ernestina Garfias, acompañada al piano por Eduardo Méndez; recital de guitarra por Guillermo Flores Méndez; "El siglo XVI y la música española", conferencia de Domingo J. Samperio.

Otros actos.—Homenaje a la memoria de Pedro Salinas, con intervención de Daniel Tapia, Antonio Espina y Luis A. Santullano. Homenaje a "Clarín", con palabras de José Luis de la Loma, Luis A. Santullano y lectura del cuento "El sobrino del señor cura" por Luis Inesta. Homenaje a la memoria de don Enrique González Martínez, con intervención de Max Aub, José Luis Martínez y Andrés Eloy Blanco. Homenaje a la memoria de don Luis Santullano, con intervención de Manuel Calvillo, Bernardo Giner de los Ríos, Andrés Iduarte y Alvaro de Albornoz.

"Evocación de Madrid", con palabras de Antonio Robles, Adolfo Vázquez Humasqué, José Luis de la Loma, Nicolás Rodríguez y audición de música madrileña.

"La Atlántida, continente histórico", conferencia de Eduardo Alfonso. "Rizal, Filipinas, España y los frailes", conferencia de Daniel de la Pedraja. "El sultán Saladino y el alma de los pueblos europeos", conferencia de Américo Castro.

"La cultura frente a la admisión del gobierno dictatorial de España en la UNESCO", con discursos de los doctores Mariano Ruiz Funes y Manuel Martínez Báez bajo la presidencia de don Antonio Castro Leal.



## 'LAS ESPAÑAS'

REVISTA LITERARIA

REDACCION:

José Ramón Arana. — Anselmo Carretero. — José Puche Planás. — Daniel Tapia. — Francisco Pina. — Isidoro Enriquez Calleja. — Francisco Rivero Gil. — Agustín Bartra. — José Luis de la Loma. — Arturo Sáenz de la Calzada. — Jesús Ruiz del Río. — Ramón Tarragó. — José M. Giménez Botey. — Manuel Bonilla Baggetto.

EDITORES:

José Ramón Arana. — Anselmo Carretero. — Mariano Granados. — Eduardo Robles. — Manuel Díaz-Marta.

APARTADO POSTAL 20921, MEXICO (1), D. F.

RESPUESTA  
DE  
JEAN  
CASSOU  
A

*La honda preocupación por el presente y el futuro de nuestro país, razón de ser de LAS ESPAÑAS, no nos aleja de percibir con toda acuidad los latidos generales del mundo. Al contrario, nuestro concepto de lo humano nos hace sentir en carne viva, y no como especulación intelectual, todos los problemas que, por ser humanos, son específicamente nuestros. Ni aun tratando de aislarnos sería posible rehuirlos, porque el aislamiento, en los tiempos de interdependencia que vivimos, ya no es posible. Por ello, hemos creído indispensable tratar de organizar una especie de diálogo internacional en nuestras páginas, con la colaboración de figuras prestigiosas de todos los países del mundo.*

*La segunda respuesta nos llega de Jean Cassou, una de las más altas y prestigiosas figuras de la intelectualidad francesa.*

1. ¿Sobre qué bases morales y económicas sería posible establecer la verdadera paz?
2. ¿Cree usted posible la pervivencia de la democracia occidental en sus formas tradicionales?
3. En caso contrario, ¿qué modificaciones considera usted necesarias?
4. ¿Estima usted que las democracias populares significan una forma de democracia superior, es decir, más verdadera y más perfecta?
5. ¿Deben supeditarse los derechos fundamentales del hombre a los intereses del Estado?
6. El arte y la facultad de pensar, ¿deben ajustarse al credo político del Estado o deben ser libres para la busca de nuevas perspectivas humanas?

No es posible contestar a la encuesta de LAS ESPAÑAS sin considerar previamente la singularidad de las circunstancias del mundo actual. El siglo xx es el siglo de los totalitarismos y del totalitarismo. Fenómeno muy particular y nuevo. El siglo xx ha visto surgir regímenes que pretenden dominar el universo e imponerle una doctrina, no universalista, sino universal, extendida a todos los países, a todos los hombres y a todos los sectores de la actividad humana (pensamiento filosófico, actitud política, astronomía, biología, pintura, música, circo, pesca y jardinería).

Ello implica la abolición de toda la historia humana, tal como ésta se ha desarrollado en el curso de sus distintas civilizaciones; la abolición de la noción de cultura, que es la continuidad del esfuerzo humano a lo largo de las civilizaciones por él producidas. Dentro del desarrollo de este esfuerzo, y en su momento actual, teníamos la impresión de haber heredado determinado número de principios constantes, encaminados a la universalidad y que iban ganando la conciencia de todos los hombres: es lo que se entiende por cultura. Teníamos conciencia de la energía desarrollada por el hombre, desde sus orígenes, en el ejercicio de su razón, en el descubrimiento de su imperio sobre la naturaleza, en la conquista de su libertad y de su dignidad, en su ascensión hacia el progreso, en concebir para su comunidad regímenes cada vez más justos y fecundos: en una palabra, en la posibilidad de expresarse por obras del pensamiento, de la ciencia o de belleza. El motor de esta acción continua sólo podía ser la convicción personal; una convicción cuyas búsquedas, pruebas y afirmaciones llevábase a cabo pese a todas las dificultades, a todos los peligros y a todas las tiranías.

Los totalitarismos, por igual el fascismo que el nacismo o que el estalinismo o el que nos prepara el capitalismo norteamericano, niegan esas facultades y ese esfuerzo de la convicción personal. Le oponen el propósito de fabricar hombres ayunos de toda convicción personal y de toda capacidad para formarse una, y a quienes una autoridad exterior a ellos mismos, superior a ellos, ha de dar una doctrina compacta de la ortodoxia de la que no habrán de apartarse y a la que incumbrará regir sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos. Substituyen la libertad del hombre, conquista constante, por el imperio total de un sectarismo mecánico y fanático.

La conquista constante de la libertad es lo que, en el orden de los regímenes políticos, llámase democracia, con todo cuanto dicho régimen implica de revoluciones futuras. Este régimen se halla amenazado, no sólo en su significación específica y en su estado actual, sino en lo que es su esencia más profunda, esto es, en sus posibilidades de desarrollo. Porque la democracia no es, en puridad, tal o cual gobierno actual, sino un conjunto de principios, una concepción del mundo y de la vida, con sus consecuencias; una historia, un futuro. De este futuro es precisamente de lo que se trata. A los hombres de buena voluntad, y a los pueblos de buena voluntad, corresponde seguir manteniendo la conciencia de este futuro y adquirir la fuerza necesaria para asegurarlo.

Una de las formas más vivas bajo las cuales se ha presentado actualmente la idea de este futuro, uno de los accidentes, una de las manifestaciones más emocionantes, una de las realidades más preciosas para el destino del hombre, en que se haya encarnado la democracia es: la España republicana. La España republicana es el fruto de una convicción personal multiplicada en la convicción, la voluntad y la suerte de todo un pueblo. He aquí por que ha sido objeto de las primeras agresiones de los primeros totalitarismos de este siglo: el fascismo y el nacismo. Hoy es la puesta y la víctima del conflicto de los dos imperialismos antagónicos: el totalitarismo estaliniano

(Sigue en la pág. 19)



# UNA NUEVA GENERACION: LA DE 1939

Por

Mariano GRANADOS



DESPUÉS de un gran desastre, después de una desgracia nacional de enormes consecuencias, el ánimo, en principio, queda sobrecogido y en suspenso. Todas las facultades discursivas sufren de momentánea inhibición. El hombre trata de salvarse, de salvar su ser físico, ese pobre conjunto de huesos y de carne que es, en definitiva, la urna de su conciencia individual, asiéndose con fuerza a la tabla flotante de sus instintos primigenios. El espíritu cierra sus ojos y se repliega sobre sí mismo, haciendo un movimiento de defensa que le lleva a caer, incluso, a veces, en esa calma del anonadamiento, esa muerte aparente, que no son, en resumen, sino tónico y vacación, artilugios montados por la naturaleza para evitar que salte en mil pedazos, como las cuerdas en tensión de una guitarra. Después, cuando ha pasado el terremoto, cuando las playas se adivinan, cuando el sol aparece y el alma se serena, con la serenidad precisa para apreciar, al menos, la magnitud de la catástrofe, surgen en cada espíritu sensible dos inquietantes interrogaciones: ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Por qué ha pasado esto?

Los hombres de 1939 nos encontramos ahora, después de la catástrofe española de la última guerra civil, en situación pareja a la en que se encontraron los hombres de la llamada generación del 98, después del hundimiento de nuestro imperio colonial. Mas la actitud espiritual es diferente. En 1898, España, que vivía engañada, dentro aun de la estela de sus glorias pretéritas, considerándose potencia de primer orden, paridora de pueblos, vehículo de una cultura, se derrumbó de pronto, verticalmente, al chocar con la triste realidad. Fué algo así como el despertar del sonámbulo, en pleno erial, de su dorado sueño de grandezas. España había sido derrotada, pero, además, se sentía vencida. Porque sólo se está definitivamente vencido cuando se acepta cobardemente la derrota. De aquí aquel buscarse sin encontrarse, aquel pesimismo, aquella amarga resignación, que resignación era, en definitiva, el análisis de nuestros males, el de nuestros defectos, de los defectos y las lacras de la Nación y del Estado, sin una conclusión que terminase en un gesto eficaz de rebeldía. La peseta *estaba enferma*; España era *la de los tristes destinos*; las mentes más preclaras pensaban en *nuestra decadencia* y analizaban sus causas... Silvela rasgaba su toga de legislador y se recluía dentro de su hogar porque *el país había perdido el pulso*. Cánovas decía con tristeza que *eran españoles los que no podían ser otra cosa...*

Los hombres de nuestros días, los que tal vez formemos *la generación de 1939*, ni estamos derrotados, ni nos sentimos, por lo demás, vencidos. No estamos derrotados, porque la guerra que terminó en los campos de batalla en 1939, que todavía sigue, aunque latente, no ha sido *nuestra guerra*, pese a que casi todos hemos intervenido en la contienda. Esta guerra pasada ha sido la lucha de dos Españas en pugna, representativas de un modo de vida con el que nos sentimos radicalmente insolidarios. Ese modo de vida, que es necesario liquidar a toda costa, se venía arrastrando en nuestra Patria desde hace más de un siglo. Sus raíces tal vez puedan hallarse en tiempos más pretéritos. Nosotros, cuando abrimos los ojos a la luz, nos encontramos instalados en esa forma de vivir, que era la propia de nuestros genitores, y en ella hemos vivido, sin haberla creado, como el pez vive en el estanque donde el deshovador lo deposita. Aquella forma de vida en la que era normal la aguda pugna de una contienda secular, nos arrastró, naturalmente, hacia su fatal y lógico desenlace. ¿Cuál otro había de tener? Pero al cerrarse el ciclo en la explosión definitiva de la guerra civil, habiendo ya vivido nuestra propia experiencia, se ha revelado dentro de nuestras almas nuestra propia conciencia libre del medio aquel, que ahora se ha roto. Nuestra lucha, la lucha civil por conquistar otro nivel bajo las banderas de una nueva mentalidad, va a comenzar ahora. El nuestro no es un gesto desesperado. Nuestro espíritu no está invadido por el pesimismo. Nuestros pechos no alimentan odios. Miramos a los hombres de nuestra generación, a los hombres anónimos y sencillos, que militaron honestamente en el campo de enfrente, con la misma tristeza con que nos contemplamos a nosotros mismos; y los consideramos, a la luz de nuestra propia experiencia, víctimas del mismo error, error nacido del ambiente aquel, que estaba envenenado por todas las toxinas que mentes anquilosadas, espíritus limitados y ambiciones aldeaniegas habían ido segregando a través de casi una centuria de incompreensión, cerrilidad y localismos enconados. No creemos tampoco en la decadencia española. España es un país intelectualmente atrasado, no decadente. Permitidme copiar estos párrafos de don Santiago Ramón y Cajal, estos párrafos agudos y profundos, como salidos de la pluma de un hombre que se pasó la vida viendo la vida misma a través de su microscopio: "España no es un pueblo degenerado, sino ineducado. Una minoría gloriosa de intelectuales existió siempre, y, aunque con escasez y esporádicamente, la ciencia fué en todo tiempo cultivada. Nuestros males no son constitucionales, sino circunstanciales, adventicios. El problema agitado por algunos de si la raza ibera es capaz de elevarse a las esferas de la invención filosófica y científica, es cuestión tan ociosa como molesta. Sólo fuera lícito el desaliento cuando, desaparecido el analfabetismo, generalizados la instrucción y el bienestar, como en Inglaterra, y ensayadas las fuerzas de nuestros mejores talentos en los tajos fecundos de la investigación, fracasáramos rápidamente. Pero esta prueba no se ha hecho y merece la pena de ensayarse."

Nuestra actitud, sin dejar de ser crítica, como lo fué la de la *generación del 98*, es una actitud vital y por serlo está llena de optimismo. Sabemos ya *lo que no debe ser*. Y estamos poniendo en claro, dentro de nosotros mismos, único modo de conseguir ponerlo dentro de los demás *lo que debe ser*. Del interior de España nos llegan, por lo pronto, cartas alentadoras; cartas de gentes a quienes ni de nombre conocíamos: estudiantes, jóvenes ingenieros, médicos o abogados, trabajadores y profesionales que ejercen su actividad, oscuramente, bien en la capital de España, ya en el rincón de una provincia... Y alienta en todas ellas —sin un acuerdo previo— el mismo espíritu y análoga decisión.

Primero, una ruptura general con el pasado, con un modo de vida que hoy se estima anacrónico. "Pero sería estúpido —dice uno de nuestros corresponsales— querer borrarlo, porque la historia no se borra. El pasado es nuestra experiencia, y como tal debe hallarse presente en todo instante para evitar caer en los mismos errores." Después una ruptura con las fuerzas que en el presente no son sino pasado: "¿Qué más da la violencia azul o roja, si, en definitiva, ambas no son sino eso, la violencia?" O bien: "La intransigencia, la injusticia, la frivolidad, la arbitrariedad están aquí y aquí las padecemos. Quienes se quejaban de haberlas sufrido antes, y se incorporaron al *movimiento* creyendo que sería de otro modo, ahora se quejan de seguirlos sufriendo. ¿Cómo no habría de suceder así si no se trataba de dos estampas de dos mundos distintos, sino del anverso y el reverso de una misma medalla? Aquello y esto, todo eso junto, era el pasado."

Pero España no puede ser un milagro, ni la obra de taumaturgos misteriosos, ni la obra de un ser providencial: "España —dice otro— no puede ser sino el fruto de una larga paciencia en la que colaboremos con tesón todos los españoles. Habrá mucho que hacer, y lo habrá para todos. Tenemos fe y arrimaremos el hombro y sabremos darnos las manos antes de empezar. España será así, o no será."

(Sigue en la pág. 51)

**A**CABAMOS de celebrar el primer centenario del natalicio de D. Santiago Ramón y Cajal. Con este motivo los españoles de las diversas nacionalidades hispánicas, habremos sentido una corriente de solidaridad, limpia y clara, al evocar, en este personaje extraordinario, el símbolo de las más nobles posibilidades de nuestro linaje.

Cajal nos une; por la autenticidad de las virtudes que emanan de su personalidad, por el temple de su condición humana. Este prodigio surge de nuestra vida colectiva en un período de grande abatimiento, mas, provisto de voluntad tan entera, que pudo realizar hechos y empresas, para los que no era nada propicia la sazón de nuestro medio.

La vida de Cajal discurre esencialmente como voluntad y acción. Acción inteligente que alumbra entusiasmos y vocaciones, al señalar a nuestra juventud, caminos muy poco frecuentados por nosotros, donde ejercitar con honor y eficacia su esfuerzo. Por esto D. Santiago no pasará a ser un ilustre antepasado más, de esos cuya influencia queda desvanecida con el tiempo. Su voluntad sigue influyendo en la ideación de España, y actúa sobre la entraña misma de nuestro pueblo, de donde procede su impulso. De esos mismos veneros de energía que a veces parecen agotados pero que irradian estimulantes a través de nuestros hombres señeros. Fuerza alentadora, la suya, que prende vigorosamente en el ámbito nacional, para discurrir después fuera de sus linderos, infundiendo sustancia española hacia las obligadas afluencias de la cultura humana.

La obra de Cajal demuestra, de modo convincente, que en nuestro medio era posible cultivar parcelas del entendimiento que algunos creyeron estériles y otros consideraron como cuidados inútiles o perturbadores para el vivir de las gentes sencillas, y, acaso también, para el desvelamiento de apetecidas sublimaciones de las almas. Este afán renovador cobra bríos inusitados, bajo los auspicios del genial aragonés, y coincide con idénticos propósitos de otros contemporáneos suyos, dispuestos a liberar al pueblo español del pasmo, del hambre y de la ignorancia. Estas calamidades públicas llevaban periódicamente a nuestras gentes de la actitud expectante o resignada a la violencia y al encono, especie de inercia espasmódica afincada en los ayunos forzosos y prolongados y en la desesperanza.

La voluntad de hacer, las capacidades creadoras, la confianza en el progreso y en la ciencia quedaron tan apabulladas en España que fué menester recomenzar el aprendizaje de aquellas. Dijérase que la aventurada existencia a que se vió empujado nuestro pueblo, lo dejó axhausto. Mas, a pesar de aquel agotamiento colectivo, el pueblo español tenía que afrontar necesariamente la continuidad de su destino histórico salvando sus propias formas culturales y sacundiéndose, en la medida que fuera posible, de los prejuicios de una tradición intencionadamente deformada.

Así las cosas, aparecen unas cuantas voluntades denodadas: Cajal, Costa y Giner. También cabría ¿por qué no? alinear aquí a Unamuno, pues cada uno a su modo, y D. Miguel más a su manera que ninguno, contribuyeron a levantar los ánimos decaídos. Cajal desmostrando como es posible convertir el trabajo asiduo e inteligente en sabiduría. Costa luchando, con esfuerzos de titán, por ensanchar la existencia nacional. Giner atrayendo grupos escogidos para enseñarles, con

# EL MENSAJE de CAJAL a LAS VOLUNTADES ADORMECIDAS

Por

José PUCHE ALVAREZ

el ejemplo, el valor de la humildad, el decoro en la pobreza, la bondad activa y otras bellas cualidades humanas. Unamuno imprecando a diestro y siniestro y arremetiendo unas veces contra el "regeneramiento", o practicándolo, sobre moldes poéticos, con los que trata de reconstruir los derrumbes producidos en nuestro andamiaje ideológico.

El tono de la disconformidad unamunesca apreciase en uno de sus ensayos, donde afirma:

*Aquella hórrida literatura regeneracionista, casi toda embuste, que provocó la pérdida de nuestras últimas colonias americanas trajo la pedantería de hablar del trabajo perseverante y callado, eso sí.*

Bueno, pues si no hórrida, hemos de admitir que fué pueril e inoperante, tanto, que

*Una de las últimas fotografías de Cajal.*



resulta excesivo eso de echarle el mochuelo de nuestros desastres coloniales a aquellos inocentes pasatiempos, en los que cabe discernir tan buena intención como ignorancia. Pero Unamuno proclama, a voces, su ideal regeneracionista con patéticas invocaciones como aquella:

*Solo anduvo D. Quijote, solo con Sancho, solo con su soledad. ¿No andaremos también solos sus enamorados, forjándonos una España quijotesca que sólo en nuestro magín existe?*

El vasco insigne, riguroso y descontentadizo, tal vez sitúa la cuestión en términos demasiado rotundos. A Sancho se le ve tan apegado a su amo, que parece imposible separarlos, sin deshacer, con el intento, la armonía insuperable de su convivencia. Forman, el héroe y la defensa instintiva del heroísmo, una sola y única persona. Si aspiramos a que prevalezca el héroe, desprovisto de toda posible advertencia, es decir, privado de las de su fiel escudero, corremos el riesgo, de pretender vivir en plena fantasía, y, privarnos así de la existencia real de heroísmos humanos. La luz del quijotismo salta de uno a otro, porque así lo quiere la inspiración del poeta que les hace exclamar de regreso de su postrera lid:

*Abre los ojos deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza, tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos y recibe también a tu hijo D. Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo; que según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede... Déjate de esas sandeces —dijo D. Quijote—... y vamos con pie derecho a nuestro lugar, donde daremos vado a nuestras imaginaciones...*

Y luego de llegados a su hogar, al calor de los suyos— para dejarse morir allí el caballero... llora Sancho diciéndole:

*la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía'.*

Si, con D. Quijote, y, con Sancho también, pues pretender el quijotismo a palo seco es, eso, dejarse morir tras del esfuerzo inútil... ¡Hay que volver al campo! ya sea, vestidos de pastores o disfrazados de lobos, según aconseje la concurrencia. Esto parece pensar Cajal cuando reflexionando sobre la Patología de D. Quijote y el Quijotismo nos dice:

*¡Ab! Sr. el infortunado soldado de Lepanto, caído y mutilado al primer encuentro, no hubiera devorado desdeños y persecuciones injustas... Acaso la novela imperecedera, sería, no el poema de la resignación y de la desesperanza, sino el poema de la libertad y de la renovación, y quién sabe si, en pos del Caballero de los Leones, otros Quijotes de carne y hueso, sugestionados por el héroe cervantino, no habrían combatido también en defensa de la justicia y del honor, convirtiéndose al fin la algarada de locos en*

gloriosa campaña de cuerdos, en apostolado regenerador, consagrado por los homenajes de la historia y el eterno amor de Dulcinea... de esa mujer ideal cuyo nombre suave y acariciador evoca en el alma la sagrada imagen de la patria!

Y, en otra parte, refiriéndose al quijotismo, añade:

*o esta palabra carece de toda significación ética precisa o simboliza el culto ferviente a un alto ideal de conducta, la voluntad obstinadamente orientada hacia la luz y la felicidad colectivas...*

No es simple coincidencia que muchos españoles ilustres acudan a la novela donde están escritas nuestras desventuras, para tratar de comprender sus causas. Cajal asume, ante ellas, una reacción intrépida, heroica, pero con una modalidad de heroísmo que no se va a manifestar en circunstancias imprevistas, o a producirse como un fulgor momentáneo. La voluntad heroica de Cajal aspira a manifestarse en todos los actos de su vida, aunque esta ambiciosa meta aparezca velada, por la sencilla acepción que nos da en sus escritos, como la de aquel discurso académico donde afirma:

*En mi modesta obra, el trabajo ha suplido al talento, y el esfuerzo obstinado a la intuición genial. Incapaz de forjar esas hipótesis luminosas que parecen anticipaciones y presagios de ignotas realidades, he marchado siempre dócilmente detrás de los hechos, nunca o casi nunca delante. La mencionada idiosincrasia espiritual,*

*conjunto de parvas y vulgares aptitudes, tiene un nombre: llámase voluntad; fuerza irresistible cuando es adecuadamente canalizada y concentrada. Gracias a ella, es dable organizar, dentro de los límites trazados por la fatalidad de la herencia, nuestra precaria urdimbre cerebral, transformando en ordenado y deleitoso jardín, la enmarañada selva de las células nerviosas; domamos o mitigamos pasiones perturbadoras; ponemos placer en el sobretabajo y suave alegría en la estrechez, y, en fin, nos corregimos y superamos diariamente.*

Esta voluntad tensa y tenaz, zobedece a la presión de los sentimientos y aspiraciones colectivos, o resulta obra del impulso individual? Debemos reconocer que el español medio propende a la actitud espectante; en los espectáculos, en sus decisiones, en su vivir cotidiano, pero no hay duda que bajo ese fuego mortecino sigue ardiendo la llama. A esta forma de mirar la vida, cabe atribuir aquella tendencia a exaltar o negar, apasionadamente, el valor ajeno que tanto estrago ha producido entre nosotros. Entre el triunfo o el fracaso existen, para el español, pocos matices; y, así, como otorga al primero delirante entusiasmo, fustiga el vencimiento con excesiva crueldad.

La vida, no es, ni puede ser un espectáculo. Ello significa falta de voluntad, desánimo, embotamiento de la capacidad de actuar. Por eso, quienes tomaron a su cargo la tarea, de rectificar el tono de nuestra vida nacional, se esforzaron de diversas maneras por sacudir todas las potencialidades decaídas, por des-

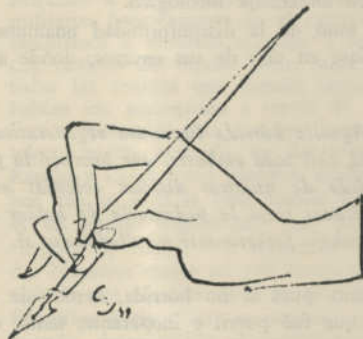
velar de su adormecimiento la voluntad de hacer.

Precisamente, una de las Instituciones, que en los tiempos de Cajal, mostraba con mayor crudeza esta pereza mental fué la Universidad. En ella preferíase la retórica estereotipada a cualquier clase de hechos o inquietudes. Los hechos no llevan consigo ninguna virtualidad. El método científico, propio de mentes obtusas, no nos conduce por los caminos de la verdad, etc., etc. Cajal acometió la empresa de corregir, no sólo en las Casas de Estudios, tales estragos; primero con el ejemplo vivo de su actividad como investigador, luego con aquel famoso discurso de las Reglas y Consejos para la Investigación Científica, siempre de palpitante actualidad.

Y, además, las grandezas de otros tiempos ¿qué fueron? sino acción y voluntad. Unas veces intrépidas, otras piadosas, alguna vez disparatadas, pero en todo caso, acción y voluntad siempre. Cuando acertemos los españoles a sustituir los viejos utensilios, las rutinas mentales y la tendencia a contemplar, con otras técnicas y formas de acción más en armonía con los tiempos; cuando desechemos esa costumbre vergonzante, con la que tratamos de compensar nuestro infortunio presente a expensas del recuerdo de pasadas grandezas, habremos dado el paso más seguro para revivirlas otra vez.

La acción del entendimiento y de los brazos españoles, para que sea fecunda, podría formularse en los mismos términos que Cajal se impusiera, al dedicar su esfuerzo, paladín de nuevas y gloriosas aventuras:

¡Por la Patria! ¡Por la gloria! ¡Por vivir!  
¡Por sobrevivir!



## LOS AMIGOS NOS DICEN...

...La revista sigue gustando mucho aquí. Y sería una gran cosa si pudiera salir más regularmente. Ustedes hacen un esfuerzo tremendo, pero a veces me pregunto si no sería mejor que trataran de hacer más números, aunque más modestos de aspecto. Lo digo porque creo que la continuidad y la regularidad serían cosa esencial en todo esfuerzo por conservar y rehacer algo que se va diluyendo cada día más: el pensamiento republicano.  
(J. M. - Estados Unidos)

...Me han vuelto a preguntar de España por la Revista. Les he dicho que, aunque con retraso, recibirán LAS —tan deseadas— ESPAÑAS.  
(R. - Francia)

...Han llegado a nuestras manos los ejemplares de vuestra magnífica revista, el suplemento y los folletos. No voy a decir lo que sabréis de memoria: que su lectura no fatiga y que ensambla maravillosamente literatura y política. ¡Animo y adelante! Quisiéramos tener todos los números o los que buenamente nos podáis enviar.  
Tenemos confianza absoluta en vuestra amistad y en el triunfo de la justicia.  
(D. A. - España)

...LAS ESPAÑAS, a diferencia de otras publicaciones de ahí que han llegado a nuestras manos, habla de manera inteligible para nosotros. Aquí, el pasado cuenta como lección, para que el futuro sea diferente, pero nadie quiere nada con los responsables ni con los irresponsables que hicieron posible esta vergüenza.  
(P. R. - España)

...¿Cuándo salen LAS ESPAÑAS? Hay que hacer todo lo posible para regularizar su aparición, pues prestigia en todos los sentidos a la emigración republicana. Por mi parte, estoy dispuesto a ayudar todo lo que pueda.  
(F. T. - Venezuela)

El advenimiento del régimen franquista vino a tronchar en flor uno de los períodos más densos, profundos y varios de la literatura española. Las cuatro décadas escasas que corren desde 1898, fecha simbólica, a 1936, que será más simbólica aún, pueden calificarse y han sido reiteradamente calificadas de nueva Edad de Oro en nuestras letras.

¿Qué viene a suceder, a partir de la sublevación antirrepublicana, en el campo de la poesía, de la novela, del teatro? Todos lo sabéis, más o menos: asesinato de Federico García Lorca; muerte en pura agonía, en total repudio a la violencia y a la mentira que le rodeaban en Salamanca, de Unamuno; más tarde, en el destierro, es Antonio Machado; poco más tarde aún, Miguel Hernández, como águila cautiva, quien estalla de ahogo, allá en la cárcel de Alicante. Exilio de los más, que en este caso son también los mejores.

La victoria de falangistas y requetés, de fascistas y nacis, de moros y milicias de Salazar, hace caer una losa sobre el corazón y la fantasía de nuestra pobre España desangrada. ¿Quién piensa en cantar, ni tiene tiempo de escribir, allá por 1939 y 1940, cuando el que no está entre barrotos, en espera del pelotón de fusilamiento, ha de atender penosamente a la supervivencia, suya y de los suyos, convertido, no ya en español de tercera, sino casi en harapo físico?

Mas como la naturaleza —dicen— tiene horror al vacío, se asiste entonces a un curioso espectáculo literario: las figuras de cuarta y sexta fila, aprovechando el gran claro en la nómina, ascienden y bullen. Y así hemos visto, por ejemplo, a un Mourlane Michelena haciendo casi de filósofo; a Eugenio Montes, de gran ensayista; a Fernández Flórez, de novelista número uno.

Ha llegado el momento, tan esperado por algunos, de la simulación, de la cuquería, del *saber vivir*, del gran estraperlo, en las letras lo mismo que con las patatas y el aceite.

Por otra parte, al nuevo Estado que, además de salvar a España, dice defender la cultura, le interesa presentar nombres, meter ruido. Después de haber deshecho bibliotecas y masacrado a maestros y profesores —sólo de la Universidad de Granada fueron asesinados siete— hay que sacarse de la manga nuevos valores. Es el momento de uno de los más ridículos y retorcidos personajes del régimen: Juan Aparicio, director de Prensa entonces y, tras unos años de ostracismo, también ahora. Aparicio, víctima de un complejo de mimetismo napoleónico, ex admirador de los nacis y siempre admirador de sí mismo, convierte los periódicos españoles en lo más aburrido y servil que jamás se vió, desde los años paralelos de Fernando VII. Y monta, de paso, con el dinero del erario, una nueva revista para cada uno de sus numerosos hermanos: *El español*, *Fantasia*, *La estafeta literaria*, etc., etc. A ellas llama no solamente a los valores del falangismo, sino también a aquellos enemigos que quieran colaborar, siempre que sean lo suficientemente dóciles y manejables. Había un buen precedente: *Redención*, semanario redactado y confeccionado en las cárceles, donde vertían sus lágrimas y arrepentimientos unas docenas de pobres diablos.

### I. LA POESIA

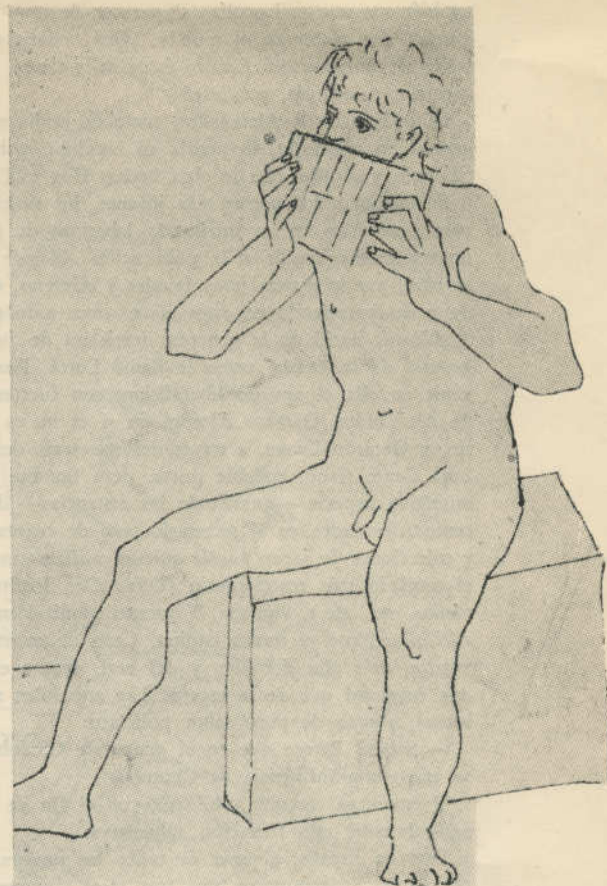
Una de las más infelices ocurrencias de Aparicio fué el movimiento y la revista *Garcilaso*, que titulaban *Juventud creadora*. Para dirigirla encontró a un joven, ya que no creador, poeta inédito: José García Nieto. Como en España jamás les ha sido posible acallar la vena popular y satírica, he aquí el mejor retrato de García Nieto, según una décima que corría, más o menos anónima, por Madrid:

*Pulcro, peinado, pulido,  
eje de algo que no gira;  
retórico con la lira,  
retórico en el vestido.  
Completa coplas cumplido  
—para eso es el director—,  
aunque habla siempre en doctor  
con sus versos plexiglás:  
transparentes por demás,  
pero con poco sabor.*

La llamada poesía de los garcilasistas, exclusivamente formal y de *plexiglás*, no ha dejado ni podía dejar huella alguna, aunque se sobreviva tristemente en otra revista similar, titulada *Poesía española*.

Quedaban los supervivientes, y a la cabeza de ellos Gerardo García Diego y Vicente Aleixandre. Diego, siempre en el filo de la navaja, oscilante, a tono con la situación, entre su educación jesuítica y sus veleidades y sinecuras republicanas, es, según le conviene, místico o surrealista, lopesco o gongoriano, cantor de César Vallejo, del general Aranda o del Inmaculado Corazón de María. Y se repite, se repite sin pena ni gloria, enjaulado ya en la Academia, una Real Academia cada vez más de cartón piedra.

Aleixandre es un caso muy otro. Aislado, enfermo, señorial, *lejos de la multitud delirante*, se vió convertido de pronto, ante la falta de sus compañeros y primates de generación —Lorca, Alberti, Salinas, Cernuda, Guillén— en figura central y señera. Y hay que reconocer que aprovechó bien esta situación inesperada. Los jóvenes vates, huérfanos por la ausencia de Juan Ramón, acudieron a él en busca de consignas poéticas. Lo grave es que estas consignas consistían en tigres, águilas y elefantes más o menos cosmi-



## BREVE ESQUEMA DE LA LITERATURA EN LA ESPAÑA FRANQUISTA

Por

“MIGUEL MANRIQUE”

también en una melancolía, al parecer de muy buen tono, sobre lo efímero del placer en el mundo. ¡Qué lástima que todo eso que el poeta de *Sombra del Paraíso* imagina y desea, cueste tanto trabajo lograrlo, y, además, no dure!

La influencia de Aleixandre, como no podía menos de ser, lo que ganaba en extensión, lo perdía en hondura, y ha sido más de conciliábulo y capilla que de obra hecha. Hoy está en plena quiebra.

En cuanto a los poetas más jóvenes, los surgidos después del 39, para conocerlos en su intrincado laberinto de nombres y voces, es imprescindible acudir a la publicación *Adonais* y al sinnúmero de revistas, por lo general muy iguales y efímeras, que han ido surgiendo y desapareciendo en estos años, sobre todo en provincias.

*Adonais* nació de la generosa iniciativa de Juan Guerrero, *cónsul general de la poesía*, como le llamó Lorca. Pronto empezó a intervenir en ella el aguado liberalismo, con fuertes resabios caciquiles, de Aleixandre, Dámaso Alonso, un si es no es José María de Cosío, y Gerardo Diego, a través del secretario de la publicación, José Luis Cano. Cano, endeble poeta, pero hombre sumamente activo y mimético, especie —guardando las distancias— de Eckermann de Vicente Aleixandre, es el secretario nato de cuantas revistas, concursos y colecciones de *joven poesía* quieran utilizar sus servicios. Pero todo el tinglado más reaccionario (*Opus Dei*, Instituto de Cultura Hispánica, etc., etc.), vigilaba. Y pronto adquirió en propiedad *Adonais*. Allí sigue, con el nuevo equipo, Cano de secretario, en tanto Aleixandre, más allá del bien y del mal, acecha e intenta controlar a una juventud que se le escapa. Las anécdotas son numerosas y sabrosas, alguna de puro sabor policíaco:

—¿Sabes? Parece que en el grupo de Córdoba comienza a notarse una cierta influencia de Cernunda.

Y empiezan cartas y cabildeos, con el fin de localizar y eliminar, naturalmente, esta filtración subversiva.

Pero en España, a pesar de todos los pesares, la poesía auténtica no muere. Surgen voces, una tras otras, aunque no pocas veces, en lucha desigual contra el ambiente podrido, gangrenado hasta la raíz, se cansan, se rinden. Acaba de publicarse, ahora precisamente, una selección de poesía, *Antología consultada*; consultada porque se ha hecho pidiendo consejo a cerca de setenta nombres, más o menos prestigiosos, entre poetas, críticos y directores de revistas. Este libro, imaginado y realizado sin compromisos ni sometimientos a clanes, puede ser nuestro mejor guía. Los nombres elegidos son nueve: Bousoño, Celaya, Crémer, Gaos (Vicente), Hierro, Morales (Rafael), Nora, Otero y Valverde. Que pueden dividirse fácilmente en dos grupos: conformistas e inconformistas. Los primeros: Bousoño, Morales y Valverde son, y no precisamente por casualidad, de un valor poético inferior.

Bousoño, discípulo predilecto de Aleixandre, *la voz más pura de su generación*, según palabras del maestro, es, de hecho, flojo, insulso y radicalmente insincero, tanto en sus poemas religiosos como en unos cantos de amor, embebidos de la más lamentable autocomplacencia.

Rafael Morales, siguiendo también la corriente, ha echado a perder una fibra débil, pero, sin duda, más auténtica, en una serie de poemas que pudiéramos decir apriorísticos, como ejercicios de coleccion: *Los ecos*, *Los ciegos*, *Los leprosos*, *Los niños muertos*, *Los idiotas*...

A Valverde, pesado, difuso y gazmoño, se le ha querido presentar como el gran poeta católico que el momento estaba pidiendo y que postulaba Luis Rosales, cuyo papel cobarde y pasivo en el asesinato de Lorca es bien conocido. Pero el pobre Valverde, más víctima que victimario, no es precisamente un Elliot, ni siquiera un Claudel mediano. Véase, por ejemplo, uno de sus mejores poemas:

*Y hoy, que vamos creyendo en otros días,  
juntando más amor para mañana,  
y ponemos despacio en una hucha  
los besos ahorrados, le decimos  
a Cristo, que es la hora de que llegue...*

En cuanto a los *no conformistas*, las voces mayores son, sin duda ninguna, las de Nora, Celaya, Hierro y Crémer, debiéndose añadir alguno no antologizado, como Ramón de Garcíasol, hondo, meditativo y extraordinariamente humano, y Pascual Plá y Beltrán, ya formado antes de la guerra, dolorido y vibrante, más universal cada vez.

Celaya cuenta con una obra ya importante, que va ganando calidad de libro en libro. Caudaloso, revuelto, con unas coordenadas, sin embargo, muy claras, acaba de publicar un poema filosófico y social de cierta extensión, *Lo demás es silencio*. En él intenta presentar la tragedia del hombre pensante y sensible al dolor de las masas, en el mundo dolorido de hoy. Aunque en él hay hondos atisbos y resueltos aciertos, en el fondo no hace más que chapotear en su propia angustia, pisar los escombros de una metafísica deprimente y malsana, sin vigencia ni porvenir.

Nora y Crémer provienen, o mejor dirigían el grupo de León, aglutinado en torno a la revista *Española* (una de las pocas, con *Manantial*, de Melilla, y *Bernia*, de Alicante, que respondían a una necesidad verdadera, manteniendo, hasta donde esto era posible, independencia). Hay entre ellos, no obstante, grandes diferencias: Nora es un universitario que va al pueblo, en tanto Crémer es un hombre del pueblo que apunta, naturalmente, a la cultura. Uno y otro, de honda vena social; Crémer, más espectacular, desigual y tremendista, acierta cuando se serena. Nora, consciente, pero con un fuego romántico y una inquietud, casi agonía, honda y generosa, que le eleva en todo momento, es el poeta más auténtico y vivo de toda esta generación.

José Hierro empezó provocando casi una revolución. Sus poemas de *Tierra sin nosotros* y *Alegría* tenían, en general, hondura, verdad y una sentimentalidad inmediata, más quejumbrosa que esperanzada, de biografía cordial, que les hicieron conocidos y gustados desde muy pronto. Hay en él el peligro, que se advierte en su último libro publicado, de una cierta reiteración y amaneramiento, algo como un artificial jaeo y una artificiosa musicalidad.

También fué Blas de Otero una revelación a contrapelo. Viril, desgarrado, siempre a vueltas con Dios y con sus dudas, tiene sobrado nervio y sobrada autenticidad para no poder esperar de él, el día que remanse, grandes cosas.

Vicente Gaos es universitario, como Nora, pero muy superficial y mimético. Su gran preocupación poética parece ser la exposición de una perpetua duda religiosa, de *lucha con el ángel*. Poesía que más que a experiencia vivida sabe a ecos de ecos: de Shelley, a quien ha traducido, de Unamuno y de Antonio Machado.



## “LAS NACIONALIDADES ESPAÑOLAS”

Por Luis Carretero Nieva  
Prólogo de Pedro Bosch Gimpera.

*Un libro que “rectifica muchos errores y restablece una realidad casi siempre desconocida”; un estudio serio y documentado de uno de los problemas básicos de España.*

Pedidos contra reembolso a “LAS ESPAÑAS”, Apartado Postal 20921, México (1), D. F.

# TRIPTICO

## I. LA TIERRA

**L**A tierra duele. Cuando el hombre ara  
clavando el corazón contra la esteva,  
la carne misma, de dolor avara,  
recoge el propio llanto de la gleba.

La tierra duele. El hombre lentamente  
rompe su corazón sobre el rastrojo.  
Como el surco, la frente;  
igual el pecho que el terruño rojo.

El hombre aprende aquí que Dios es duro.  
Que la cizaña es mala mano verde.  
Que la lluvia y el hielo son un muro  
donde su angustia cotidiana muerde.

Deja un sudor feraz, un dulce canto  
y unos ojos con vuelo de horizontes.  
Deja la juventud vertida en llanto  
sobre las eras y sobre los montes.

Recoge un pobre fruto, una cosecha  
que come amargamente, que le sabe  
a sangre y a sudor. Y Dios acecha  
desde su altura de gigante ave.

—Señor, Señor: la tierra duele y duele  
la carne, el hueso triste, la mirada.  
Que la pupila desde el suelo vuela  
para encontrar en Ti la mano amada.

Pero la tierra vuelve, con su peso,  
con sus hoscas ortigas cenicientas.  
Y el hombre arrastra el solitario hueso,  
la voz, la boca, el alma ya sedientas.

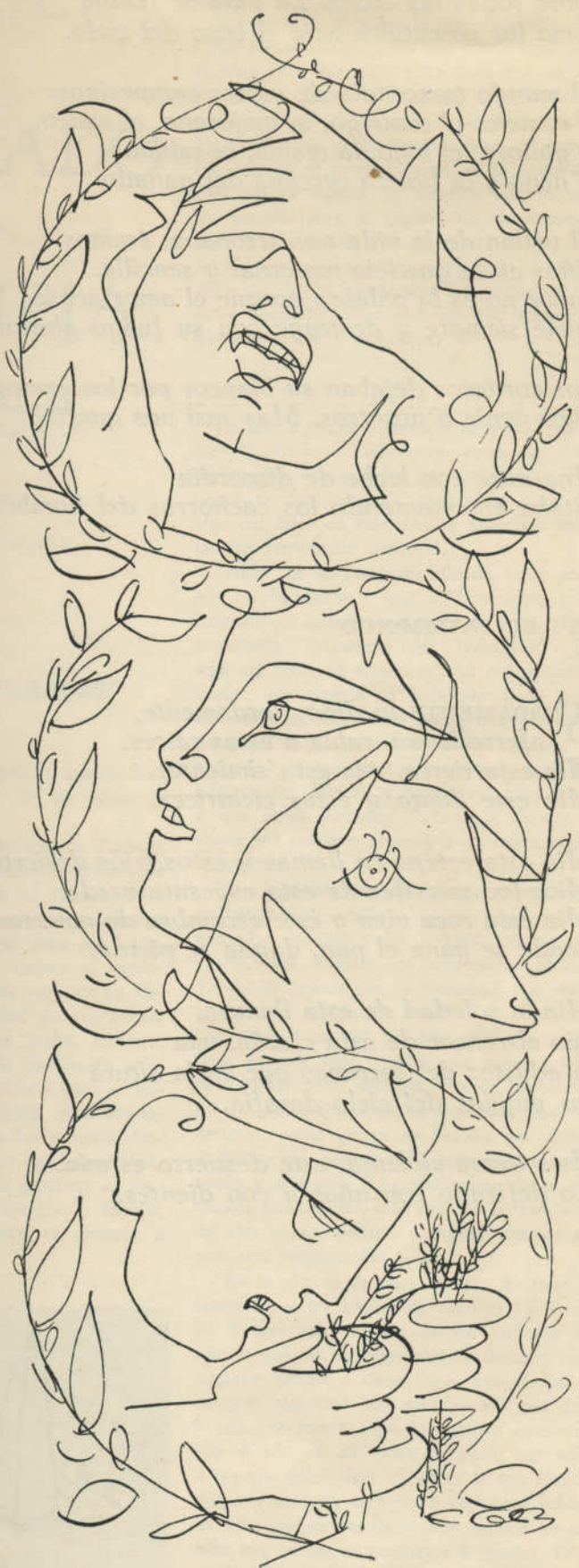
## II. EL REBAÑO

**A** veces los corderos bajaban como nubes  
cálidamente blancas por la dulce ladera.  
Las alas de la tarde se batían dichosas,  
y Dios era un amigo sencillo con nosotros.

En la torre del sueño los hombres contemplaban  
felizmente la vida, blanquear en los campos  
entre los besos húmedos del césped casi niño  
que castamente daba su piel a la caricia.

La lana nos mullía amablemente todo,  
la voz era en la lana una sonrisa sorda,  
y la luz en la lana, como la leche dulce,  
discurría, chorreando su paz de media tarde.

Todo era como un humo gozoso. Maduraba  
la pupila del hombre sus vegetales brillos



Por

Leopoldo de Luis

Dibujo de ELVIRA GASCON

sobre todas las cosas. La vida se tendía  
como los recentales bajo el beso del cielo.

El mundo trascendía de olores campesinos;  
el romero, el espliego, la mejorana, el saúco,  
la galipea, el pino, la resina, la salvia,  
el heno y la tibieza cercana del ganado.

El vellón de la vida nos arropaba, éramos  
niños en la guedeja maternal y sencilla.  
Amor no es la palabra porque el amor acaso  
duele siempre y destruye con su fuego glorioso.

Los corderos dejaban su blancor por los campos.  
Dios venía a nosotros. Mas ¿así nos quería?

Una ubre con leche de discordia  
estaba amamantando los cachorros del hombre.

### III. EL PATRIMONIO

**S**ORDAMENTE lo digo, sordamente,  
aferrado con rabia a estas raíces.  
Mía esta tierra, mía esta simiente.  
Mío este llanto y estas cicatrices.

Mía esta estepa en llamas y estos fríos desiertos.  
Míos los arrecifes de esta espesura verde.  
Mía esta roca viva y este escombros de muertos  
donde se gana el pan, donde se pierde.

Mía la soledad de esta llanura,  
mío el rencor de esta cizaña, mía  
la adustez del berrueco que en la altura  
las pupilas del cielo desafía.

Esta tierra violenta, este destierro es mío.  
Lo defiende con uñas y con dientes.

Con rojo llanto y negro escalofrío  
los ganaron mis gentes.

Esta es la vieja tierra que amasaron las manos  
de los muertos, que hollaron sus pies y que sus ojos  
copiaron hasta el fondo de horizontes lejanos;  
que mordieron sus dientes en los agrios rastros.

En esta tierra mandan,  
con oculto mandato de sombras minerales,  
muertos que bajo el frío de esta corteza andan  
en cálido vigor de acentos vegetales.

Esta tierra se forja en oleadas  
de humanos cuerpos en su vientre hundidos.  
Seres con esta misma sed y estas miradas  
y estos súbitos sueños afligidos.

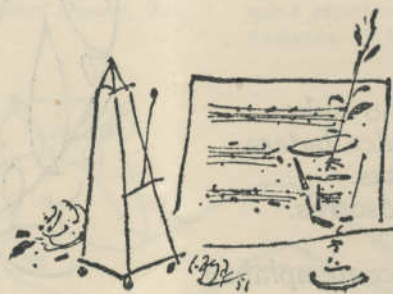
En ellos tengo estirpe y a ellos suena  
mi solitario corazón, y sigo  
levantando silencios de ansia y pena  
mientras la luz futura va conmigo.

Este es mi edén, mi mundo,  
mi cárcel, mi paraíso, mi congoja.  
Mi agua y mi sed. Mi carne. Mi fecundo  
campo. Mi estil llanura seca y roja.

Aquí está el árbol hondo de deseos y sueños  
y el surco donde acaso se pudre el pan temprano.  
Y está un rebaño pobre en apriscos roqueños,  
y hasta el hueso sombrío acechando al hermano.

Aquí está el paraíso de las rosas  
y el destierro del cardo y de la ortiga.  
Y el cielo del amor que aun alienta en las cosas  
y el infierno del odio, como una mala espiga.

Este es mi edén: la tierra que me gana.  
La tierra que nos come poco a poco y nos gana.  
La que vemos hermosa y azul bajo el verano  
y hermosa y triste vemos una blanca mañana.



## LLAMAMIENTO

"LAS ESPAÑAS" SE PUBLICA CUANDO CUENTA CON EL DINERO NECESARIO PARA EL PAPEL Y LA IMPRENTA. LAS COLABORACIONES SON TODAS GRATUITAS. LA EDICION NOS CUESTA GRAN ESFUERZO. DE NUESTROS LECTORES Y AMIGOS DEPENDE EL QUE LA REVISTA APAREZCA CON REGULARIDAD O QUE HAYA DE ESPERAR DE UN NUMERO A OTRO UN TIEMPO INDETERMINABLE. SI VE USTED CON SIMPATIA LA LABOR DE "LAS ESPAÑAS", PRESTENOS SU AYUDA ECONOMICA

Y después de inaugurar en Granada un grupo escolar que se denomina "División Azul", el Ministro de Educación Nacional —"El Cura"— presidió la procesión con que se clausuraron los actos del V Centenario de los Reyes Católicos.

Y fué en Granada. ¿Quién ha podido olvidarlo?

*Muerto ha caído Federico*

—sangre en la frente y plomo en las entrañas—.  
Que el crimen fué en Granada,  
—¿Sabéis?— ¡Pobre Granada! ¡En su Granada!

Pues en su Granada han resonado estos días los más estrepitosos ultrajes que a un pueblo maniatado pueden inferírsele. Se ha montado —en la ciudad que fué campo de persecución y muerte del más grande dramaturgo español desde el Siglo de Oro— uno de los escenarios que el propio Federico hubiera deseado para cualquiera de sus traviesas farsas de títeres de cachiporra. Y en este teatrillo guiñolesco tuvo lugar la representación de una nueva escena, añadida ya a la tragedia inacabada de España.

El Gran Figurón ha sido el mismo que desde hace dieciséis años se pasea por los tablados de su propia farsa. El tema idéntico al que desde el primer día se repite. Pero ahora con un temblor orgulloso, como del que está a punto de poder presentar un certificado de sanidad, expedido por los Servicios de Higiene Democrática de los Estados Unidos.

"Hemos de permanecer unidos". "La Falange es necesaria a España". "Hay que volver al espíritu del 18 de Julio". "Yo tengo vigor suficiente para rematar la tarea que nos ha sido encomendada, con la ayuda de Dios..." etc.

Estos son, en síntesis, los principios marcados sobre la piel del país, a fuego, por su dueño y señor indisputable. Estas son las consignas, cuya traducción correcta es la siguiente:

"Hemos de permanecer unidos"... Porque si se quebrantara esta férrea unidad de hatos asediado; si se permitiera que prosperara el espíritu de indisciplina, casi de insurrección, con que fueron acogidas las medidas impuestas drásticamente por el Ministro del Ejército —cumplimiento claro es, órdenes del Pentágono americano que exige el rejuvenecimiento de los mandos españoles—; si el propio ministro no se hubiera trasladado a Valladolid a destruir fulminantemente al capitán general de la región; y el descontento de la clase militar veterana, injustamente preterida, no se hubiera sofocado con mano de hierro; si esto no se hiciera despiadadamente... la unidad se quebrantaría. Y la más insignificante partícula de este bloque nos es indispensable. Nuestra unidad es la del miedo. La del ser comido por sus propias culpas...

"La Falange es necesaria a España"... Porque sin esta entelequia política, sin ideario ni partidarios; sin este gigantesco engaño, que sólo posee jefes, jerarquías y condecorados; sin este monstruoso vientre capaz de tragarse a España de una sentada; sin este truco de la Falange, el Gran Figurón perdería una carta importante en su juego tramposo; una carta sin valor, pero que, sacada de la manga en el momento oportuno, le sirve para asustar a sus compinches. "¿La véis? —les dice mostrándoles una esquina del naípe—. Es un triunfo importante. Si lo juego gano irremediablemente". Y a la Falange, le murmura en un

# SIGUE EL TINGLADO DE LA VIEJA FARSA

*Crónica de España*

Por

"SALVADOR MORALES"

aparte: "¿Te convences? Nadie te quiere. Sólo te sostienes sosteniéndome. Si yo caigo, te arrastraré en mi caída".

Y en vista de ello, el Ministro de Trabajo, que es, además, algo así como la caldera de la presión falangista, ante el Primer Gran Congreso que los excombatientes celebraran el día 19 de Octubre en el Alto del León, proclama la necesidad de volver al espíritu del 18 de Julio... Cada vez que en España se acusa la necesidad de reproducir el clima de aquella negra fecha, millones de españoles se sienten de pronto en peligro. (Es como si estos dieciséis años se hubieran vivido entre tinieblas, clandestinamente, y de improviso una luz potente, despiadada, os aplastara contra una pared blanca, para servir de muñeco grotesco al juego de los cazadores de hombres). Hablar del espíritu del 18 de Julio es meterla a



España un cuchillo de hielo entre las carnes.

Es preferible escuchar la voz afeminada del Gran Figurón asegurando que posee vigor suficiente para dar cima a la tarea que se ha propuesto, contando, claro es, con la omnipotente ayuda de la iglesia de Eijo Garay. Porque lo que se ha propuesto es el empobrecimiento, el envilecimiento, es la venta del país en esa especie de baratillo abierto por los yanquis para la liquidación de naciones por derribo moral. Y ya, a estas alturas, casi no importa conocer pormenores de los grandes negocios, de los gigantescos estraperlos nacionales, tutelados descaradamente por ministros de toda índole y condición.

\*

Lo que a veces sorprende un poco —uno no está aún lo suficientemente acortezado— es el impudor con que los propios órganos oficiales se "autocritican", mostrando, de paso, algo del forro de este triste y miserable país, tan insistentemente castigado.

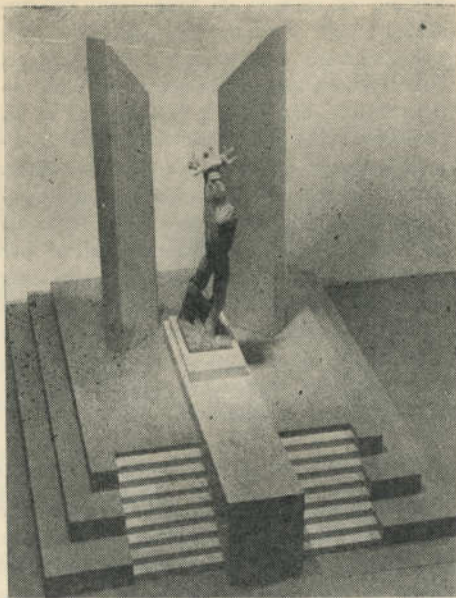
"Afán" es un producto híbrido, entre pregón revolucionario y hoja de historietas, para trabajadores agradecidos, que se titula pomposamente "Semanao del Trabajador". Es algo así como el órgano oficial del ministro Girón; una especie de hoja parroquial para descamisados. Pues en este periódico se puede tomar la temperatura económica a España, sin necesidad de recurrir a ningún otro medio de información. Por él se puede ver claramente a que cimas pretende llevarse a España y desde que cumbres despeñarla: Recogemos del semanao:

"Un inmueble de cinco plantas, o sea veinte cuartos, se vende a precios que oscilan entre las 150,000 y las 200,000 pesetas por cuarto. Así vendido, el constructor obtiene 3.400,000 pesetas por el inmueble, que costó a lo sumo 1.800,000 pesetas. Un beneficio comercial de un 100 por 100 es el que se obtiene en esta casa vendida por pisos, y esto es a todas luces abusivo, cuando no inmoral"... Inmoralidad que se acrecienta, si, como decimos, nadie ignora en España que detrás o delante de estas grandes empresas, garantizando y apoyando y beneficiándose de su declarada inmoralidad, está siempre un ministro, un alto jerarca político o militar; cuando no toda una congregación...

"En la carrera de alzas —sigue diciendo el semanao— los tejidos de algodón (la Bolsa de Tánger sabe mucho de los millones de pesetas que allí subrepticamente llegaron para adquirir dólares a como fuera, con el fin de comprar algodón) han multiplicado por diez y aun por mayor cifra los precios que existían el año 36. El metro de pana, que valía 6 pesetas, cuesta hoy 75; el de la tela blanca, que costaba 1.80, se cobra a 22; y una bobina de hilo que se vendía a 0.50 pesetas se exhibe hoy en los escaparates a 8 pesetas. Estas cotizaciones no están de acuerdo con las condiciones reales de nuestra economía. Menos aún con las posibilidades adquisitivas del español medio y modesto, el cual no ha visto ni muchísimo menos incrementados por diez sus ingresos del año 36"...

No es menester argumentar por cuenta propia. Ahí quedan esas dos gráficas, destacadas, con increíble impudicia, por quienes tienen en sus manos los medios de evitarlo... Pero nadie debe olvidar que la única verdad de España

(Sigue en la pág. 51)



José María Giménez Botey. - Maqueta de un Monumento al Prisionero Político Desconocido.

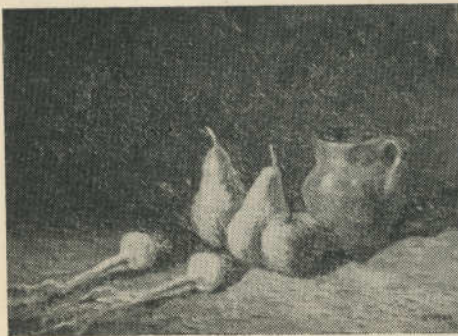
## J. M. GIMENEZ BOTEY

Nuestro querido amigo y redactor de LAS ESPAÑAS, el notable escultor José María Giménez Botey, obtuvo un sonado triunfo en México con motivo del concurso que el Instituto Británico de Arte Contemporáneo convocó entre todos los escultores del mundo para erigir un monumento al *Prisionero Político Desconocido*. En vista del gran número de solicitudes recibidas, el Instituto decidió que cada país hiciese una selección en los trabajos en él presentados, y que únicamente enviara a la capital inglesa los escogidos, de acuerdo con un determinado porcentaje. De las veintiuna obras presentadas en México, el Instituto Nacional de Bellas Artes escogió para enviar a Londres la de nuestro compañero Giménez Botey.

La maqueta por él presentada constituye una obra notabilísima dentro de su género. Es de gran fuerza expresiva y ha sido muy admirada y elogiada, tanto en México como en Londres.

El primer premio de este encomiable concurso internacional lo obtuvo el escultor británico Reg Butler. Se presentaron en total tres mil quinientas obras.

Oleo de Xavier de Oteyza



# ARTE



El conjunto de pinturas españolas contemporáneas exhibido en la Galería Schaeffer, de Nueva York, a beneficio del fondo para becas del Departamento de Español del Barnard College, ha sido un acontecimiento muy comentado no sólo en Norteamérica, sino también en Europa, especialmente en París. Gran parte de las obras expuestas lo son de compatriotas que realizan su labor artística en el destierro. Figuran en él pinturas de Pablo Picasso, Juan Gris, Joan Miró, Salvador Dalí, José Vela Zanetti, Luis Quintanilla, Julio de Diego, José Guerrero, etc... y, como homenaje a la memoria del poeta asesinado, dos crayons de Federico García Lorca. El catálogo lleva un prólogo de Juan Larrea.

Siguiendo su costumbre, y consecuente con su actitud místico-franquista, Dalí intentó —sin éxito— organizar un alboroto publicitario y retirar los cuadros con su nombre de lo que él calificó como conjunto de arte político, molesto por la mayor importancia concedida por la crítica a las obras de Picasso, Gris, Miró, Vela Zanetti y otros artistas.

\*

El 24 del pasado mes de marzo, el Ateneo Español de México tributó un homenaje a la memoria de Costa con motivo de la recepción de un busto del gran aragonés, obra del escultor Alfonso de Vivanco, donada por su autor al Ateneo.

En nombre de éste, don José Luis de la Loma agradeció al artista su simpático gesto en breves palabras; después de las cuales don Manuel Sánchez Sarto leyó unas cuartillas sobre la figura extraordinaria de Joaquín Costa.

El escultor Alfonso de Vivanco es un joven —diecinueve años— compatriota nuestro que ya comienza a destacarse en los círculos artísticos de México.

\*

Entre las exposiciones de arte efectuadas en México desde la aparición de nuestro número anterior anotamos las de los siguientes compatriotas: la de pinturas de ENRIQUE CLIMENT, en la Sala de Inés Amor.

Paisajes de Francia, de LUIS ABAD CARRETERO, en la Alianza Francesa.

Veinticinco óleos de RODRIGUEZ LUNA, en las Salas Decor.

Oleos de XAVIER DE OTEYZA, en el Ateneo Español de México.

Pinturas y dibujos de J. CAÑAS, en la Galería Juárez. Esculturas en mármol y bronce, también de J. CAÑAS, en las Salas Decor.

Pinturas de M. PORTA, en el Orfeó Catalá.

Diez y ocho óleos sobre temas españoles de VALENTIN ZUBIAURRE, en la Sala Velázquez.

\*

Recientemente se celebró en la Galería Prisse, Londres 163, la exposición de varios cuadros del original pintor español Francisco Tortosa, el que ha sido muy elogiado por la ingenua belleza y exuberante colorido de sus cuadros. Tortosa piensa marchar dentro de poco a París, para mostrar allí su obra.

\*

El 19 del pasado mes de marzo se celebró en la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, la inauguración del mural de nuestro compatriota el pintor leonés José Vela Zanetti. Pintura vigorosa y de grandes dimensiones, que exalta la paz y los derechos humanos y condena las brutalidades de los regímenes totalitarios, que contrasta con las intelectualizadas y abstractas que Ferdinand Léger ha ejecutado en el mismo edificio. "Nada de simplemente decorativo —ha dicho Vela— ... Mis símbolos son el hombre y su drama actual."

José Vela Zanetti es una de las revelaciones artísticas de la España desterrada. Nacido en la ciudad de León, era un mozo que se iniciaba en el arte al producirse la sublevación militar-falangista. Su padre fué uno de los honrados varones asesinados en la vieja capital leonesa por los tribunales facciosos en 1936.

Tras de realizar una amplia obra en Santo Domingo y Puerto Rico (más de cincuenta murales) obtuvo de la Fundación Guggenheim una beca en Nueva York, donde consiguió este importante encargo después de presentar sus bocetos a la comisión artística de la ONU.

Es motivo de satisfacción para la España desterrada que mientras el gobierno franquista, con sucias maniobras y trapicheos, trata de ingresar subrepticamente en las Naciones Unidas, un pintor español exiliado exprese con su arte en la sede de la ONU la viril protesta de los pueblos sometidos a inicuos regímenes de opresión.



# ARTE

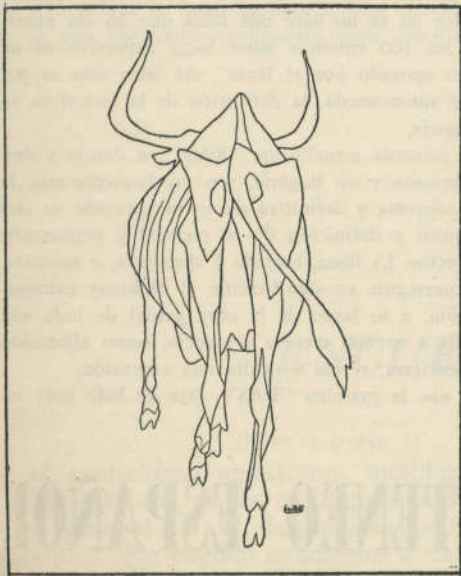


## BARTOLI

Por Enrique F. GUAL

VUELVE Bartoli a México, y regresa pintando. Trae consigo un buen lote de pintura, realizado con efervescencia en su larga estancia por Europa. Francia, Italia, Inglaterra, Portugal, etc., han sido los escenarios de su prolongado viaje, en el curso del cual ha cumplido con los compromisos editoriales que allá le retuvieron. El Bartoli de los excelentes dibujos, consagrado a través de importantes publicaciones norteamericanas, iba acompañado de otro Bartoli, que tenía para su prójimo un gesto de descontento, ese gesto que se produce en toda positiva carrera artística cuando el hombre sospecha que acaba de superar una fase de aquélla. Es el más allá del arte, el impulso causante de todo lo sensorial producido por el espíritu. El hecho en sí no nos ha causado la menor sorpresa, toda vez que Bartoli es un predestinado de la inquietud, un condenado a la progresividad, a la búsqueda y a la ininterrumpida función creadora. El elogio, el triunfo logrado en los medios en que hasta ahora se ha movido, no podían satisfacer su anhelo; tenía ante sí un campo experimental y debía sumirse en él, como lo ha hecho. El resultado está a la vista en la Galería Prisse, en forma de una colección de óleos, y, en menor proporción, de un acervo de dibujos. A los primeros les llama él mismo experiencias, manipulaciones con el color; tiene el prurito de considerarlos frutos de un período de prueba, de iniciación. Hemos de manifestarnos de acuerdo con esta clasificación. Bartoli, que llega a la pintura tras haber pintado en blanco y negro millares de dibujos, muestra un estupendo dominio al pintar valiéndose de los tonos, ahora descaradamente en color. Por este lado nada hay que agregar que no sea francamente favorable. Goza de un ajuste del tono y del matiz, de la relación y el contraste perfectos, tal y como de su sensibilidad para estos menesteres era de esperar. Sin embargo, existe el punto del propósito que, lógicamente, aparece menos claro. Si exceptuamos el de la pura manipulación —excelente e indiscutible— permanece una colección de pintura agradable a los sentidos, pero presentada con cierto carácter deshilvanado. O es imaginativa, y, por tanto, libre, u organizada y, de consiguiente, rigurosa. Va del sistema a la improvisación, de la descripción a la fantasía, y como —cada día más— creemos en la necesidad de las definiciones, esa actitud nos ha creado el desconcierto. Nada hay que decir si Bartoli se ha limitado a brindar una creación de posibilidades, puesto que existen en abundancia. Pero si Bartoli expone los óleos suponiendo que se hallará en la diversidad, comete un error. Tiene ante sí una línea clara, indudable para sus facultades, que no es otra que la que reúne su potente imaginación con el grave sentido realista y dramático del suceso. A ese tipo pertenece —junto con otras— la obra *Sueño*, que es una profunda penetración al terreno de la sugestión y de lo figurativo en el más alto de los sentidos. Hay ahí un contagioso malestar, una captura del propósito, una decidida selección de elementos que indican hasta qué punto Bartoli puede hacer gran pintura cuando, haciendo a un lado la prueba, resuelva que ya sabe pintar.

### DIBUJOS DE BARTOLI



## COLECCION AQUELARRE



### LIBROS PUBLICADOS

- EL CURA DE ALMUNIACED  
por José Ramón Arana  
UNOS HOMBRES  
por Otaola
- A LA SOMBRA DEL MEZQUITE  
por Ramón de Belasteguigoitia  
PEQUEÑO VIAJE  
por Antonio Souza  
MI SOLEDAD Y YO  
por Carmen Alcázar  
VETURIAN  
por José Ramón Arana
- LOS NIÑOS, LAS NIÑAS Y MI PERRA  
por Alvaro de Albornoz y Salas  
LA ESPIGA Y EL RACIMO  
por Paulita Brook  
CHARLES CHAPLIN  
por Francisco Pina  
NUEVO RETABLO  
por Mariano Granados
- LAS NACIONALIDADES ESPAÑOLAS  
por Luis Carretero y Nieva  
LA ESPAÑA DE MI EXPERIENCIA  
por José Antonio Balbontín  
LA LIBRERIA DE ARANA  
por Otaola  
MOSEN MILLAN  
por Ramón Sender
- LAS TRES CELDAS DE SOR JUANA  
por Isidoro Enriquez Calleja

### EN PRENSA

- PASOS Y SOMBRAS (AUTOPSIA)  
por Juan Renau

### EN PREPARACION

- EL ESPIRITU DEMOCRATICO EN LA  
HISTORIA Y LA TRADICION  
ESPAÑOLAS  
por Anselmo Carretero  
TAJAMAR (UN HOMBRE Y UNA  
NARIZ)  
por Francisco Rivero Gil  
AQUI Y AHORA (Cuentos)  
por Carlos Illescas  
EL BUZON PEREGRINO  
ANDANZAS Y CONFESIONES DE  
HIPOLITO ESCAMILLA  
por Otaola  
LIBRO PARA LA TARDE DEL  
DOMINGO  
por José de la Colina  
SEIS ROMANCES DE CIEGO  
LA HORA DE ESPAÑA  
por José Ramón Arana  
GABRIEL MIRO  
por Francisco Pina

### PEDIDOS

CONTRA REEMBOLSO A LAS ESPAÑAS:  
APARTADO 20921  
MEXICO, D. F.

Recientemente se celebró una Exposición de caricaturas personales de "RAS", que obtuvo extraordinario éxito. En lugar de hacer en nuestra revista una crítica más de ella, nos parece más oportuno dar un resumen o extracto de comentarios de personalidades de la crítica mexicana y española que se han publicado en distintos periódicos y revistas.



Ing. J. L. de la Loma



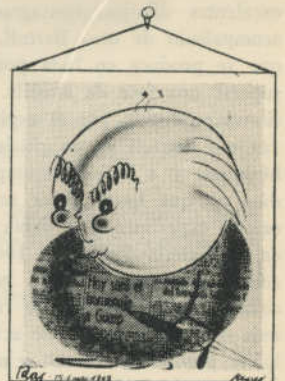
Dr. J. Segovia



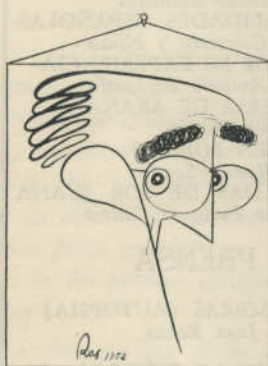
Ing. A. Carretero



Lic. M. Granados



Ernesto Guasp



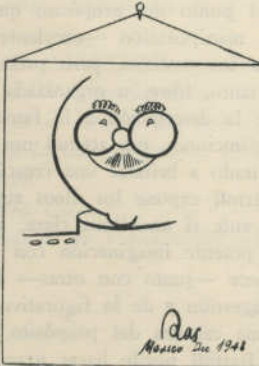
Arg. F. Balbuena



Ceferino Palencia



Dr. D. Nieto



Dr. R. Izquierdo



Ing. Derronsoro

MARGARITA NELKEN.—Los más, de entre los que presumen de buenos catadores de arte, tienen en futilidad de poca monta una caricatura, en relación con una interpretación pictórica cuyas dimensiones, de por sí, pregonan los altos vuelos de su intención. Para abrigar tales conceptos es preciso desconocer u olvidarse de lo que Daumier, un Posada y no digamos el Goya de Los Caprichos, representan, no ya sólo dentro de sus respectivas escuelas, sino como exponentes máximos dentro de la evolución de las costumbres y como innovadores en la creación artística.

Una cosa es la composición cómica, la voluntad de comicidad en la representación de una escena o un tipo, y otra, muy distinta, el lograr un resultado cómico por medio del relieve prestado a aquellos rasgos fisonómicos definidores de lo esencial y determinantes en un carácter.

Existe la línea —el trazo—, y existe, en suprema depuración de la línea, el punto. Conocida es la frase de Hokusay, "el anciano loco

del dibujo", asegurando a quien le ponderaba la fuerza expresiva de sus obras: "Sí, a los 80 ya no haré una línea que no sea expresiva; y si vivo hasta los 100 entonces sabré hacer expresivo en un dibujo cualquier punto apoyado por el lápiz". Al cabo, esta es por excelencia, y hasta por antonomasia, la definición de la caricatura en su más depurada categoría.

Los trazos que nos presenta actualmente "RAS", en émulo y descendiente de un Gullbrasson y un Bagaría, son precisamente eso: la línea como expresión suprema y definitiva de lo inexpressado en una fisonomía. Como resumen y definición de lo esencial y permanente en un conjunto de aspectos. La línea, captada y abreviada, o insistida, en el sentido en que perseguía su significación el Hokusay enloquecido por esa persecución, a lo largo de la obra genial de toda una vida. La línea, reducida a su más escueta presencia, como afloración exhaustiva de cuanto encierra, revela y oculta una expresión.

La caricatura como nos la presenta "RAS", deja de lado toda in-

## LA EXPOSICION DE "RAS" EN EL ATENEO ESPAÑOL

tención de condena o de corrección, y sólo aspira a fijar la verdad de un tipo personalizado.

Dar, en apenas unos cuantos rasgos, unos cuantos trazos, la impresión certera, indiscutible de la verdad, no ya de una apariencia, tal como todos la pueden alcanzar, sino del fondo inmanente de esta apariencia, de lo que esta apariencia, con frecuencia disimula o se esfuerza por disimular, requiere al igual en el retratista que en el caricaturista, al igual en el artista que procura presentar una realidad más honda que la superficial, que en el que desea darnos una imagen, adrede deformada en su exterior, de esta realidad, representa repito, unas dotes de analista, de psicólogo, tan vigorosas y eficientes por lo menos como sus facultades de interpretación plástica. El primer estrato después de esta labor de penetración del carácter, ha de ser la selección. Selección de los rasgos esenciales, nos dice el mismo "RAS" quien añade: "De esta selección nace precisamente la caricatura, pues es un hecho que la personalidad resulta humorística en cuanto se la decanta en trazos sintéticos, que condensan un carácter que en la vida aparece difuso; una fisonomía normal, al exprimirla en sus líneas singulares provoca la sonrisa".

¿Será preciso tras lo expuesto, subrayar las seguridades de trazo de un "RAS", destacando pudiera decirse que con matemático ajuste, lo esencial en la intimidad de la presencia de cada individuo captado, definitivamente fijado por su arte? ¿Será necesario insistir acerca de la fuerza expresiva de este tramo reducido a su más indispensable detalle? Pero sí queremos decir del insuperable donaire de algunos "complementos", puestos por el artista a la significación de algunos análisis: las alas del poeta León Felipe; el nimbo de Ceferino Palencia.

Ahondar en la realidad de las apariencias, no es ciertamente empresa al alcance de cualquiera. Y es, al cabo, entrega al mismo género de trasposición que da, en pintura, los grandes retratistas y, en literatura, los grandes moralistas, y esos grandes satíricos que nos van legando, época tras época, el aspecto permanente de una humanidad que cree, como las avestruces, salvarse de las tempestades, escondiendo la cabeza.

Para "RAS" no hay escondite que valga. Le bastan unas líneas, cuando más unos trazos adrede expresados, para revelarnos toda la significación de un hombre y del juego que le ha tocado jugar en la vida. Raras veces subraya con un leve detalle la fuerza expresiva de la síntesis. Casi siempre, la línea, segura, profunda, nacida de ese análisis que ha sabido llegar hasta la intimidad más recoleta del modelo, es la que, en unas abreviaciones soberbias, dice cuanto hay que decir.

JORGE J. CRESPO DE LA SERNA.—"RAS" es el hombre que domina el dibujo como instrumento de expresión, para apoderarse de la impresión fugaz en la retina, de un rostro, que sin embargo no incurre en la ingenuidad de quererlo perpetuar con visos ópticos de "naturalidad", sino que somete esa impresión a un proceso mental, a posteriori, que es el mecanismo del arte y del cual deben salir las expresiones subjetivas, en síntesis, simplificadas, convencionales, pero claras de toda claridad para "el que tenga ojos y vea". En "RAS" estas expresiones van hacia la caricatura, que no es en definitiva sino la exageración de los rasgos de una cara o una actitud, para acentuar lo más genuino, lo más característico de una persona.

A mi juicio, "RAS" logra con el artificio de unos cuantos rasgos, no sólo lo que se llama caricatura, sino el retrato de lo más saliente, lo más fisonómico pudiéramos decir, de sus modelos. No abulta

ni hincha las facciones. Su arte es más moderno más sencillo. Está entre el arabesco y la línea recta, combinados ambos en verdaderas abstracciones. No hay titubeos. Se ve que "RAS" logra esta síntesis retratística con difícil facilidad, y elló les da gran frescura y lozanía. Cuando incurre en adornar un poco, su primera "idea" desmerece. Me parecen mejor siempre esas "charges" (así llaman los franceses a las caricaturas: cargas, cargas no a la bayoneta, sino al lápiz o al estilógrafo) hechas con toda simplicidad, y en las cuales no falta ni sobra nada, como en ciertas obras de los grandes grabadores japoneses; maestros muchos de ellos en la expresión jocosa, humorística de un rasgo o de una "pose".

CEFERINO PALENCIA.—Tiene "RAS" una certera habilidad para descubrir el punto vulnerable del sujeto que analiza con la donosura de su trazo, pero no es sólo pericia generada en observación su obra burlesca o caricaturesca, como quiera titulársela, es también destreza de diseñador, seguridad de dibujante experto que trueca su cómica visión en un arte de fundamento y solidez incommovibles. No le basta a este gran cultivador del humorismo, con analizar la peculiaridad facial; es igualmente "disecador de almas", permítaseme el vocablo. En la colección expuesta en el Ateneo Español de México, existen caricaturas que son toda una biografía ejemplar; podríamos citar, no siendo de las menos demostrativas, la que representa en actitud de lector al gran poeta hispano León Felipe.

Es inútil que ante "RAS" tratemos de ocultar nuestra verdad, y no sólo la verdad exterior, sino la que es más terrible, nuestra verdad psicológica, nuestra verdad interior. "RAS" sabe penetrar en nuestra idiosincrasia con una agudeza cruel... Cruel por lo cierta, por lo muy nuestra y de allí el gran secreto del humorista: saber llegar a toda verdad encubriéndola con el antifaz del arte. Es ésta la primera exposición personal de "RAS" y con ella ha demostrado ser en igual proporción un agudo psicólogo y un consumado diseñador de exquisito gusto artístico y de finísima gracia contenida en los límites de un buen tono.

ISMAEL DIEGO PEREZ.—La caricatura es más modesta en su intención que otras artes, pero no menos digna de considerar: el caricaturista se enfrenta con el caricaturizado, y en unas líneas o trazos nos descubre el alma esencial del hombre; hay un denuedo gracioso o un rasgueo de piqueta que basta para expresar el todo; es una forma de expresión humorística, con la que podemos decir en broma lo que no diríamos en serio.

"RAS" nos ha descubierto en el gesto de sus caricaturas, auténticos poemas de afecto, de simpatía o de intención anímica, con una graciosa aureola de humor, y ha logrado en un breve trazo o piqueta lo que un pintor lograría pintando del todo al personaje, con luces, sombras y técnico pictórica.

"RAS" nos ha situado con sus caricaturas en la expresión del contenido mágico del hombre. El que humoriza se libera de neurosis; el que es pobre, al reír se enriquece, el que es rico, al reír se humaniza. Por el humor volvemos a lo más legítimo del hombre; a su niñez en la que nos sentimos mejores.

ROSA CASTRO.—Lo excepcional de "RAS" es que no precisa, como otros caricaturistas, del conjunto de facciones para captar una personalidad. Le bastan dos o tres trazos y ya está allí el individuo. Una característica cualquiera y de inmediato se le reconoce.



## ENCUESTA DE "LAS ESPAÑAS"

(Viene de la pág. 7)

y el capitalismo americano, totalitarismo en ciernes.

Es éste uno de los casos particulados de una situación general. Hay, desgraciadamente, otros muchos ejemplos, que pueden ayudarnos a darnos cuenta cabal de esta crisis, tal vez la más terrible de cuantas haya

tenido que vencer la humanidad. El tener conciencia de ello es la primera etapa que hay que sobrepasar, pues actuar supone antes que nada conocer. La segunda etapa consiste en buscar y congregar todas las fuerzas que en el mundo son capaces de transformar este conocimiento en voluntad práctica y efectiva.

# LA ESPAÑA DE TODOS

(Viene de la pág. 1)

piritual. España es siempre una unidad compleja en potencia, pero jamás realizada del todo y siempre a punto de quebrarse porque todos los intentos de organización conjunta no han podido lograrlo. Ellos han impuesto una estructura artificial, no resultado de la evolución natural de los pueblos españoles ni de la madurez de su propia tendencia a la unión. De aquí el semillero de conflictos y la necesidad de recomenzar continuamente. Los pueblos españoles se debaten secularmente entre el deseo de unión y la imposibilidad de amalgama, como certeramente ha dicho Nicolau d'Olwer, y —mal ensamblados dentro de superestructuras estatales ajenas a ellos, no suficientemente identificadas con todos o que no han sido bastante fuertes para destruir la diversidad— a pesar de cuanto han producido para la civilización con sus altos valores humanos, se ven frenados y a menudo esterilizados por la falta de una coordinación adecuada, y por su lucha contra esas superestructuras. De aquí muchos fracasos y la impresión de individualismo anárquico, de localismo indisciplinado, de particularismo disgregador.

Nada tiene de particular que la historia de España sea un caos ininteligible para los observadores de fuera o que —habiéndose sido escrita generalmente desde el punto de vista oficial de las superestructuras y no resultado de la valoración de la realidad de la vida y de la manera de ser de los pueblos españoles— represente una *ortodoxia* oficial que es preciso rehacer en latitud y profundidad, utilizando ciertamente los documentos, pero todos ellos y los de todos los pueblos, reconstituyendo el proceso histórico desde sus raíces y descubriendo en él una trabazón que hasta ahora sólo en parte se ha reconocido.

Es preciso llegar a esa reconstrucción de nuestro pasado sin pasión ni prejuicios, no proyectando en los momentos históricos preterritos ideas fruto de estos prejuicios. Tal es el caso de los que se obstinan en buscar la raíz de la unidad en la España romana, *prefiguración* de la ulterior —como Menéndez Pidal— o —como él también— el de dar al título de emperador con que se adornan pomposamente los reyes de León un alcance que no tuvo sino momentáneamente bajo Alfonso VII, en que su efectividad se redujo a una supremacía feudal aplicable a muy contados casos y nunca significando un Estado español coherente. Si el *basileus unctus*, acosado por todos lados por los árabes, que llegaban al corazón de su imperio, fuese un indicio de la unidad española y aquel título un fundamento jurídico de ella, podría también la historia de Cataluña convertirse en un capítulo de la historia de Francia, no sólo en tiempos de la existencia de la Marca hispánica, sino hasta el siglo XIII, pues sólo en el tratado de Corbeil San Luis renunció al vasallaje de los condes de Barcelona, que desde el siglo X se habían apartado de él.

Será preciso reconocer que la verdadera evolución española no sigue muchas de las direcciones consideradas como representativas de ella, y que a menudo no son sino interpretaciones arbitrarias o desviaciones del curso natural de los acontecimientos. Tal es el caso de la supuesta *crucada de los ocho siglos* contra el Islam, sólo existente, en realidad, en el siglo XI, no siendo la Reconquista sino una lucha de estados, animados de ambiciones de engrandecimiento territorial, que no acompaña un antagonismo de razas o de religiones, ni siquiera bajo San Fernando. No es demasiado compatible con el espíritu de cruzada ni con la interpretación que de los ideales de la Reconquista aparece corrientemente en los manuales que, para triunfar el uno del otro, Alfonso X y su hijo Sancho el Bravo pidiesen ayuda a los soberanos musulmanes de Marruecos y de Granada, respectivamente, y que el Rey Sabio se reconociese vasallo del marroquí.

También hay mucho que rectificar en la habitual manera de describir e interpretar la marcha general de la Reconquista. Contra el papel decisivo que se atribuye a la toma de Toledo y al reinado de Alfonso VI, ¿no es acaso más decisivo el de Fernando I, y no es el de su hijo más bien una desviación del curso natural de los acontecimientos al provocar con su política intemperante la llamada de los almorávides? Y ¿no es otra grave desviación, fatal para la normalidad de la España mo-

derna, la vinculación a la dinastía extranjera de los Habsburgo, que la hizo girar en la órbita alemana e impuso una política de prestigio en Europa, la cual desagró a España en guerras que nada tenían que ver con sus intereses propios, malogró en ellas los caudales de América, impidió la dedicación al gobierno interior y, en definitiva, es corresponsable en gran proporción del lamentable estado de decadencia en que encuentra a España la nueva dinastía en el siglo XVIII?

¿No es igualmente una deformación de la historia de España —que conduce a una visión errónea y fatal para la inteligencia de sus problemas modernos y eterniza su proceso constitucional envenenado por incomprendimientos, resentimientos y complejos de superioridad o de inferioridad— reducirla a la de determinadas formaciones estatales, prescindir prácticamente de otras y casi siempre de la verdadera historia de los pueblos? Incluso en nuestros más ilustres historiadores, hasta en los mejor animados de un espíritu de imparcialidad, vemos una polarización en torno de unos determinados factores, prescindiendo de los demás o tratándolos sólo accidentalmente y sin valorarlos en forma adecuada. No son sólo los manuales que estudian los adolescentes españoles los que, después de la España romana y visigoda, siguen exclusivamente por la monarquía asturiano-leonesa, por la castellano-leonesa hasta los Reyes Católicos, que se supone autores de la *unidad española*. ¿Dónde se halla en nuestros grandes historiadores una valoración de lo que representan en el proceso de la historia y de la civilización españolas Cataluña, Galicia o Andalucía? ¿Y no ha escrito Ortega que "sólo cabezas castellanas tienen órganos adecuados para percibir el gran problema de la España integral", y Menéndez Pidal negado a la periferia peninsular que haya producido los hombres *esenciales* que representan la política o la cultura españolas?

Si España no es el conjunto de todos sus pueblos y no se concibe como algo formado por todos ellos con igual dignidad, si no se logra encontrar una estructura en la que ninguno se sienta sometido o disminuído, debiendo marchar a remolque de grupos o pueblos hegemónicos, nada tendrá de particular que algunos crean preciso, antes de llamarse españoles, preguntar de qué España se trata. Porque España no es ni puede ser una religión con dogmas, impuestos por los que se arrojan su representación, que si no se somete uno a ellos llevan consigo la excomunión o el dictado de traidor. España será la de todos, hecha por todos, o no será.

Hemos creído siempre que, a pesar de la diversidad y de los obstáculos que se han opuesto para la coordinación de todos los pueblos españoles, éstos tienden a esa coordinación naturalmente y que, desde siglos ha, se han ido creando lazos de unión y bases de inteligencia afectiva. Esta surge siempre que se encuentran en el terreno humano y se despejan de prejuicios históricos o políticos españoles de buena voluntad, cualquiera que sea el rincón de España en que hayan nacido.

Importa que el problema de España y sobre todo el de lo que es en función de sus pueblos se plantee y se discuta por españoles de diversos orígenes y que no sea planteado solamente por los que proceden de aquellos que se han hallado tradicionalmente incómodos en la estructura unitaria que ha prevalecido. Cuando sea posible conocer el modo de concebir a España no sólo de los catalanes, los vascos y los gallegos, sino también de los castellanos, los andaluces, los manchegos y todos los demás no contagiados o que

han superado la supuesta *ortodoxia* unitaria, creemos que se podrá saber, al fin, lo que es España y que ésta será la de todos, fraternalmente. Entonces descubriremos que no hemos estado tan lejos los unos de los otros.

Recientemente han salido a la luz y se han difundido por América y aun por España dos ensayos debidos a las plumas de dos castellanos de pura cepa que han afrontado el problema con sinceridad, con visión certera y con valentía: *España y las Españas*, del soriano Mariano Granados; y *Las nacionalidades españolas*, del segoviano —fallecido en el exilio— Luis Carretero y Nieva, que hoy se publica ampliado por su hijo Anselmo Carretero y Jiménez, cabiéndome el honor de que se me hayan pedido estas notas de prólogo.

Sin duda, este libro sorprenderá a muchos originarios de la periferia peninsular, acostumbados a creer en la incompatibilidad de sus sentimientos de lealtad a la tradición de sus pueblos con la idea de una España unitaria. A nosotros no nos ha sorprendido. Lo mismo que Granados o Carretero, que han conocido de cerca Cataluña y otras tierras españolas, nosotros hemos podido hacer lo mismo con las no catalanas, hemos convivido también con sus hombres y nos ha unido con ellos íntima amistad. Sabemos que en nuestra idea de España podemos encontrarnos todos y que sólo partiendo de ella cabe superar dificultades seculares.

Concebir a España —como hace Carretero— como una *comunidad de pueblos*, aplicar sin temor a esos pueblos el calificativo de nacionalidades, no hacer del concepto de nacionalidad una idea exclusivamente política y simple y llegar a la *supernacionalidad* española, en la que caben todas las nacionalidades que los siglos y la tradición de los pueblos españoles han formado y que todos los ensayos de unificación no han podido destruir; es llegar a la raíz del problema. Reconocer la diferencia entre Castilla y León, caracterizar a Castilla como el pueblo de las comunidades —verdaderas repúblicas populares—; reconocer la independencia de la política de los reyes castellanos —en realidad continuadora de la tradición estatal visigótico-leonesa, que a su vez se halla superpuesta a la realidad popular— de la vida del pueblo castellano; comprender acertadamente la significación de todos los pueblos de España y la falsedad de la supuesta hegemonía de Castilla —hegemonía que no es sino la de superestructuras bajo las que padecieron los mismos castellanos— y propagar por una estructura federativa para los pueblos españoles que no los ahogue y esterilice bajo el unitarismo que repugna a su naturaleza; todo ello rectifica muchos errores y restablece una realidad casi siempre desconocida, creando un clima propicio para contribuir a la adecuada coordinación de la diversidad española.

Descubrimos así la verdadera raíz del espíritu democrático castellano, y que la construcción de una España coherente se iba realizando al margen de las expansiones territoriales y del absolutismo real por los propios pueblos; cómo las repúblicas vascas aceptaban la integración en una monarquía que no coartaba su libertad interior, y cómo los estados confederados de Aragón, Cataluña, Valencia y Baleares eran un ejemplo de que podía llegarse a organizar lo que a la vez que una diversidad de pueblos iba siendo una *entidad espiritual* —según ha mostrado Soldevilla—, sentida conscientemente por reyes e historiadores de Cataluña cuando se sabía cooperar a empresas comunes a la vez que se mantenía celosamente la independencia política. A la luz de estas rectificaciones adquiere un nuevo sentido la lucha por la libertad de los pueblos ante los intentos de unificación de Austrias y Borbones.

¡Ojalá esta meritoria labor sea continuada y el noble propósito de don Luis Carretero —que, afortunadamente, ya no es excepcional, y al que rendimos cumplido homenaje— encuentre el eco que merece en la España auténtica y eterna, que conserva intactas sus energías y que resurge siempre de los dominios impuestos y de las ofuscaciones, por largas que éstas sean!

(Prólogo al libro *Las nacionalidades españolas*, de Luis Carretero Nieva).

# EL ENCUENTRO

Por Pablo de la FUENTE

Más allá de las manos —se dijo mirándose las suyas— está el mundo, lo ajeno, lo extraño." Las escondió en los bolsillos del pantalón y estiró las piernas. El sol calentaba la vieja pana de que iba vestido. Las gruesas botas cubrían insolentemente toda su mirada. Movi6 los talones en el suelo y comenzó a martillar rítmicamente sobre la arenilla del paseo.

"Jardín Azaña, ese es el nombre que le corresponde. A él se le ocurrió la idea y comenzó a hacerlo. Cuando empezó la guerra ya estaban construídos los muros de contención y las plataformas." Miró alrededor sin apoyar la vista en ningún ser humano. "Está bien. Ha quedado hermoso y noble." Siempre al fondo la suave medida de la Sierra, el paisaje habitado de Madrid, con sus evocaciones —Velázquez, Goya —aunque, sobre todo, las propias emociones de cada vida. Las alturas de Guadarrama, a medida del hombre, contrastando con las formas gigantes y deshumanizadas de los Andes, cerca aun de su retina, le hacían pensar en una especie de fondo creado para encajar un estilo, un sistema de pensamiento, un modo de vivir —otra vez Velázquez y Goya, pero también el Madrid del asedio— todo a nivel humano; "a un alto nivel humano".

"Y el sol..." Se revolvió en el banco, encogió las piernas, sacó las manos de los bolsillos y las volvió a mirar. "Dulce el sol que calienta la sangre como un buen vino." Se pasó el dorso de la mano sobre la boca, contento de notar su gran bigote lacio y la aspereza de su barba sin afeitar. Sabía que en su barba aparecían rosetones de pelos blancos y que en el bigote ambos colores se mezclaban con un amarillento de esparto. Eso, y además el color curtido, y también la ropa, y el pelo cortado casi al rape, y la gorriUa de visera... mas los años pasados, ¿quién podía reconocerle? "Un paleta" (se reía por dentro). "Bien trajeado con su correspondiente pringue en el cuello de la chaqueta y en la boca de los bolsillos. Me faltan esos surcos cruzados en la piel del pescuezo. Por algunos detalles alguien podría sospechar. Pero ¿cuándo? ¿Mañana? Mañana ya no estará aquí."

Alzó la vista y vió la zona nueva deslomándose a la izquierda. Pensó en lo oculto tras los árboles del Parque. "La Universitaria es una obra que muchos se atribuyen, pero que se debe al espíritu intelectual del Madrid de la Residencia, del Centro de Estudios Históricas, de la corriente renovadora de la Universidad. Como este arte de *ahora*, de las construcciones oficiales del régimen, es el pensamiento de la otra España, de la de fuera, el que lo impone. Porque los que se han quedado aquí no quieren estar *quedados*, sino también en marcha y se embeben en las líneas de lo que era el desarrollo natural de las cosas, aunque cojeen de Felipes IV y V."

Tocó la pana, apoyando las manos en las rodillas: "Paleta, qué sabes tú de Felipes. Algún día escribiré esto, es cómico, y, además, me reiré de los que se burlan de los intelectuales, porque es más fácil dejarse caer con el cubo vacío que subir de continuo el cubo lleno. Sí, intelectual, ¿y qué? Mis manos saben aferrarse a las armas y mi cuerpo duerme bien al raso. Puedo permitirme el lujo de pensar en los Felipes y aun, si me quedara hasta el domingo, visitar el Museo del Prado, con cara bobalicona, pero acompañado de mi fantasma de otros años, que conoce todos sus rincones desde el tiempo aquel en que el deseo de saber inundaba hasta sus horas de sueño."

"No he venido a divagar", se repitió extrañándose de sentirse contento y jovial. Hubiera comenzado a reír por nada, con el mínimo pretexto, por ejemplo, con don Nicanor tocando el tambor, que iba acercándosele con su esquemática composición de plumas y cartones. "Cuando yo era chico, don Nicanor tenía cara de pasta y sombrero de copa." Se reía mirándolo, y el vendedor sonreía primero y se alejó después. No era posible que aquel paleta riera así sólo por don Nicanor. Sería por otra cosa, porque estuviera chalado o fuera un tipo raro. Lo mejor era seguir adelante, hacia los niños, que no pueden buscarle compromisos a uno.

"Todos andáis huyendo hasta de vuestra sombra." Sintió ganas de levantarse y comenzar a pasear para hacer tiempo. Pero ¿alguien ha visto pasear a un campesino? O trabaja o se sienta, o se para junto a una pared. No pasea nunca. Lo hacen sólo los que buscan alguna idea y no los que ya tienen hecha la idea de que el mundo es así y no cambia tan fácilmente. "Cuando creyeron... cuando creíamos..." Se quedó en su banco y siguió esperando. Era imposible que en un día como aquél no saliera a tomar el sol por allí, y estaba frente a su puerta.



Le falló lo de los botijos. Iba a subir a su casa con un par de botijos al brazo para así tratar de verla. No pudo prepararlo con el aspecto natural, y si no era así —un burrillo a la puerta, la carga abundante, el grito cantado— se notaría algo raro y cualquier sorpresa rompería sus planes. Ella no debía suponer nada. Pocos días antes mandó a Francia la carta que sería reexpedida desde América. Para ella seguía aún allí, y por ningún motivo debía creer que era un hombre a quien se trataba de dar caza.

Hasta la prensa extranjera ha dejado de hablar de los que siguen batiéndose, ni siquiera para llamarlos bandidos. Llevaba ya seis meses organizando y orientando el movimiento. El último golpe salió perfecto. Los dos condenados a muerte escaparon en la noche sin dejar trazas. Ya estarían allí. El iba a cambiar de emplazamiento, se iba a la zona H, como él la llamaba sobre el mapa, después de su principio de organización. La zona B quedaba en buenas manos.

Miró otra vez las suyas y se aseguró que no eran sospechosas: curtidas, rudas, machacadas. "No quiero manos de señorito" dijo en Francia antes de entrar, y comenzó a trabajar en la construcción y a revolver el mortero con ellas. Después martillaba, cavaba tierra, remaba. Se fué cayendo en ampollas la piel fina y salió la piel más gruesa y resistente. La palma era ahora dura y el brazo sólido. "Ella cree que me paso la vida escribiendo. Le mandé algunas cosas publicadas allá en América. Pero de pronto se me secaron las ganas de escribir. Era una frivolidad escribir sin referirse al tema de siempre, al que está dentro de nuestra vida entera, y éste ha pasado ya de moda."

Cerró las manos y contempló satisfecho el vigor del puño cerrado. Le gustaban sus manos ahora más que antes. Las sentía como la verdadera expresión del hombre cabal. Pensó en sus ojos y los supuso más grises, rodeados de las arrugas de la edad, subrayadas por la defensa blanca de la piel oculta al sol. "No me reconocerá, no puede reconocerme." Este pensamiento le tranquilizó, aunque en seguida empezó a malhumorarse por la idea de que tal vez no saliese de casa aquella tarde: su única tarde de Madrid, reservada por él a todos los demás compromisos, para conseguir aquel encuentro.

"¿Y si él tampoco la reconociera?" Recordó sus últimas fotos, vieja ya, bien vieja la que aun se defendía matronil la última vez que la viera, quince años atrás, antes de que la guerra los separase. Había sido alta su madre, alta y erguida; bien plantada por el orgullo interior de que su esfuerzo levantaba la familia, manejando el salario paterno con escrupuloso cuidado *para que no faltase nada, para que el hijo haga sus estudios*, aunque la mayoría del peso del hogar lo soportara ella con su trabajo. Lavar los lunes, lejía los martes, aclarar los miércoles —y en la noche el misterioso conjuro del añil, que brota de su mano izquierda moviéndose en el agua del gran barreño—, tender los jueves, planchar los viernes, aseo general y cambio de ropa los sábados y... vuelta a empezar. Además, la limpieza de la casa, la compra, la comida, y coser, repasar y... siempre de buen humor... ¿se quejaría alguna vez? El padre, ya muerto, lo sabía, que lo que es él y sus hermanas nunca la oyeron la menor lamentación. Aun ahora escribía *todo me lo hago con mis manos*. Ella y sus manos... sus manos siempre quebradas por la tarea, rojas a veces, pinchado el índice con la aguja...

¿Y si no venía? Subiría él a la casa con cualquier pretexto. No podía marcharse sin verla. De la casa no había bajado ninguna mujer de su edad, del aspecto que debería tener. ¿Y si no estaba en la casa, si había salido a ver a alguien, a su hermana, a alguna vieja amiga?

Un hombre pinturero, de bigotes repintados, sin apenas pestañas y mirar despectivo, se sentó junto a él, sin olvidarse de marcar la distancia en el banco. Se apoyaba en un bastón y llevaba un sombrero cuidadosamente planchado, aunque la cinta tenía inundaciones de grasa. "Aquí está un jubilado; un pobre tonto, que consiguió ser jefe de algún negociado y aun cree que hay que saludarle." Se dejó llevar de un impulso y tocó la visera de la gorra.

—Buenas tardes.

El hombre arqueó las cejas y respondió entre dientes, apartando la mirada.

—Buenas.

"Galdós. Sí, también Galdós. No sólo Velázquez y Goya." Quiso seguir importunando al vecino.

—Usted perdone. ¿Cómo se va de aquí a la plaza de las Ventas?

—Pregúntele a un guardia.

—¡Ah! Creí que era usted de Madrid.

—Soy de Madrid, pero no el Zaragozano.

A él mismo le hizo gracia la salida y sonrió, desarmando así su pose hurafña. Humanizado ya, pensó que se habían roto las distancias y que no importaba hablar con aquel palurdo.

—Mire, va usted allá —le indicó la plaza de España—, y al pie de ese edificio tan alto hay una boca del metro. Pregunte allí, y llegará en seguida.

Tosió, después movió la dentadura postiza, sacó un periódico del bolsillo y se puso a leer.

"La audiencia de su majestad ha terminado. Pobre hombre, con sus hijos perdidos a saber por donde, porque esa es la realidad." Seguramente aquel hombre también sabía de cartas de América, o de rincones del mapa de España, sin cruces ni nombres, donde estaría parte de su sangre: "Está en la edad."

Fué entonces cuando pasaron las dos mujeres. Venían de la izquierda y se encaminaban hacia la casa. Habían estado allí. ¿Desde cuándo? Pero ahora iban andando despacio, cogidas del brazo. Eran la madre y doña Petrita, la madrina, más vieja que ella, ayudándose con un bastón. La reconoció por la nariz, siempre gruesa, que ahora ocupaba la mayor parte del rostro. Su madre era una mujercita sumida, con los ojos casi cubiertos por el peso de los párpados.

Hablaban las dos, y la voz grave de Petrita sonaba más fuerte. Llegaban junto al banco. ¿Qué haría? ¿Qué diría para que se cruzaran sus miradas? ¿No sería mejor callar, evitar el riesgo?

Le latía recio el corazón, y su cuerpo iba encogiéndose débil, infantil, al borde del sollozo o el grito. "Esto es más fuerte que lo que tú pensabas" —se decía paralizado.

Y su nombre sonó en la voz grave de Petrita.

—¿Irse a América? ¡Cosas de Eugenio! Pues sí que es allá, en la esquina...

Como un lazo que amarrara aquel instante había saltado su nombre junto a ellas, junto a él, cortándole el aliento. Su madre alzó la voz —claro—. Petrita era algo sorda.

—¡Pues sí! El es capaz de arreglarlo todo, y ahora con los aeroplanos se llega en seguida.

—Buenas estamos ya para aeroplanos...

Jugaban a las evocaciones, a las fantasías sobre aquel hijo, o ahijado ausente. Se inventaban su mundo, como él mil veces había supuesto el de ellas. Quizá en los hombres de la edad que él tendrá habrán tratado de ver cómo sería él ahora, así como suele él hacerlo cuando vislumbra alguna anciana de la edad que podrá tener mi madre.

Ya iban de espaldas, curvadas las dos, más alta la madre, más firme en su andar, viéndosele unas medias gris oscuro sobre los tobillos torpes. Petrita, halduda como siempre, arrastrando por la arena el ruedo de su falda.

Y entonces sus manos se levantaron, insumisas, como en un grito mudo y desgarrado. Querían abarcar el horizonte y el tiempo, y encerrar para siempre aquel instante. No veía más que las dos siluetas y el minuto luminoso y azulado que se llevaba en su corriente implacable aquel fugaz encuentro. El cuerpo se desprendía tras las manos ansiando correr, palpar en el único posible último abrazo, pues "¡no la volveré a ver más!, ¡no la volveré a ver más!, ¡no la volveré a ver más!!!"

¿Lo decían sus labios? El corazón sí que golpeaba al ritmo de los acentos de esa frase.

Multiplicó sus energías para recoger aquellas manos delatoras y agarrarlas en los muslos, no sin un fuerte estremecimiento. Y atrevióse a respirar profundamente para no desfallecer.

El vecino del banco le observaba por encima de los anteojos con un gesto lleno de recelo y sobresalto. Sintió deseos de acercarse a él, contarle su secreto. Ya sus ojos lo decían en la ternura que irradiaban. Su rostro había perdido el brillo del sol y, pálido ahora, era mucho más joven, mucho más fino, como si todo su aspecto rural, tan preparado, se hubiera desprendido indicando su verdadero carácter de disfraz.

El jubilado miraba con espanto creciente. Una extraña inquietud le agitó y, recogiendo el periódico sin dejar de mirarle, se levantó con premura, balbuciendo con voz que el miedo apresuraba.

—¡Yo no le conozco a usted! ¡Yo no le he visto nunca!  
Y el tamborcillo de don Nicanor repicaba entre sus dientes...



Dibujos de ELVIRA GASCON

## “LAS ESPAÑAS”

AGRADECE LA AYUDA ECONOMICA (CUOTAS DE PROTECTOR Y DONATIVOS) QUE, DESDE LA PUBLICACION DEL NUMERO ANTERIOR, LE HAN PRESTADO LOS SIGUIENTES COMPATRIOTAS:

LUIS CANO Y VAZQUEZ - MARIANO GRANADOS - JOSE PUCHE ALVAREZ - EDUARDO ROBLES - MANUEL BONILLA BAGGETTO - LORENZO ALCARAZ - FERNAN CALDERON - MANUEL DIAZ-MARTA - ANSELMO CARRERERO - ARTURO SAENZ DE LA CALZADA - JOAQUIN ALMENDROS - CRISTOBAL RUIZ - NICOLAS CABRAL - PIO CHAOS MACAZAGA - MANUEL SANCHEZ SARTO - CARLOS SAENZ DE LA CALZADA - JUAN L. MARICHAL - VENTURA DEL RIO - JOSE GIMENEZ G. HERAS - RAFAEL LOPEZ MIARNAU - JESUS PRADOS ARRARTE - JOSE PUCHE PLANAS - AMERICO CASTRO - F. SANCHEZ Y ESCRIBANO - PEDRO PAREJA - FELIX HERRERA - ALFONSO DE VIVANCO - JOSE RAMON ARANA - JORGE M. FEDUCHY - NICETO ALCALA-ZAMORA - RAFAEL MENDEZ - JOSE GRAVALOS - A. FARRES - BLAS LOPEZ FANDOS - PURA LLORENTE - J. MILLER - J. REVAQUE - ROQUE NIETO PEÑA.

# EN EL CENTENARIO DE "CLARIN"

## "LA REGENTA"

# Y SU AUTOR EN LA PICOTA

Por Luis SANTULLANO

Como homenaje a Clarín y a nuestro desaparecido amigo y decano de LAS ESPAÑAS don Luis Santullano, publicamos el artículo que éste escribió para "Asomante" con ocasión del centenario de Leopoldo Alas.



PARA las letras españolas ha de señalarse este año como el del centenario de Leopoldo Alas. Los que, aficionados a nuestra literatura, no lo estimen así, es que ignoran el magisterio cultural que ejerció Alas durante más de veinticinco años y acaso no se encuentran en la mayoría de edad intelectual para gustar sus cuentos, no superados aún, muchos de ellos, en ingenio y trascendencia doctrinal.

Desde luego, el crítico Clarín hizo en vida más ruido que el novelista; pero, alejada la actualidad de los "paliques", de las polémicas y las revistas de libros, nos quedan los tesoros del creador de belleza imaginada. En esos tesoros algunos tratadistas destacan las dos obras grandes de Alas: *La Regenta* y *Su único hijo*, informada la segunda por la madurez del escritor, comparable la primera a la *Madame Bovary* de Flaubert, con la ventaja de ser más rica e interesante figura Ana de Ozores que la Emma Flaubertiana.

De *La Regenta* se ha publicado meses atrás un minucioso trabajo en Norteamérica, que invita a decir algo sobre Leopoldo Alas, glosando aquel prolijo examen. Sin duda en *La Regenta* está reflejado algún aspecto esencial de Alas, así su pre-



Don Luis Santullano (centro) contempla una actuación de las misiones pedagógicas.

ocupación en torno a lo religioso y la religiosidad; pero en las otras creaciones aludidas hay mayor y más sustancia lograda.

\*

Ahora estamos con *La Regenta* y con el bien documentado estudio (1) de un joven graduado norteamericano, estudio minucioso, capítulo a capítulo, página a página, llevado con afán amoroso de conocer al autor e interpretar su obra notable. Sin duda Albert Brent alcanza el propósito en cuanto al análisis de los personajes, del supuesto medio social, de los elementos varios que la novela ofrece al lector cuidadoso. En esos y otros sentidos el expositor circunstancial merece alabanza. No es culpa suya, ciertamente, que el examen no haya sido acompañado de un conocimiento suficiente de la persona y personalidad de Alas, de la *Vetusta* elevada por él a realidad señera de las letras hispanas. Acaso la biografía de Juan Antonio Cabezas: *Clarín, el provinciano universal* —excelente trabajo informativo, cuando el autor no se detiene en apreciaciones valorizantes— haya contribuido a orientar, desorientándole, al autor de la tesis doctoral que tengo sobre la mesa.

Abre el libro la noticia del nacimiento del gran escritor, de quien Azorín dijera en 1917: "Su fama irá creciendo con el tiempo, y mientras palidezcan y se esfumen muchas figuras coetáneas de Clarín, que pasaron por eminentes, los libros de Alas —singularmente sus cuentos y novelas— serán gustados y vueltos a gustar por los entendimientos selectos. (2). Como es sabido, Alas nació accidentalmente en Zamora —"Me nacieron", decía él— en abril de 1852: "Vivió allí —escribe Brent— y en la ciudad de León hasta la edad de siete años, cuando su familia regresó a Asturias, de donde era originaria. Desde entonces hay que identificar su vida con esta región" Todo esto es claro y, sin embargo, no le resulta del todo el hecho de que Clarín era un auténtico asturiano, pues lo fué por linaje y por temperamento. Al afirmarlo, no pretendo sólo recabar para Asturias una gloria legítima —don Ramón Menéndez Pidal, nacido en La Coruña también por una circunstancia análogamente pasajera, es otro asturiano en el mismo caso—, sino referirme a la solidaridad íntima que cabe establecer entre la carne y el espíritu de Alas con las modalidades fundamentales de su obra, donde los aspectos de la crítica, del humorismo, la ironía, la sátira, ofrecen matices particulares y connaturales al suelo asturiano, abundantes entre los "carbayones" o vecinos de Oviedo, la *Vetusta* de Clarín. El mismo escribe en *La Regenta*: "En *Vetusta* el buen humor consiste en soltarse pullas y frescas todo el año, como en perpetuo carnaval, y el que se enfada desentona y se tiene por mal educado" (3). Clarín era un perfecto "carbayón" (nombre derivado de un "carbayo" o roble soberbio echado a tierra un día del siglo XIX por la estúpida alineación municipal), y ello se trasluce constantemente en su labor de ficción y de crítica. ¿De dónde procede esta tendencia individual y social, generalizada en la tierra asturiana? Pérez de Ayala —también ovetense— le busca, refiriéndose a Clarín, un lejano origen celta: "En Asturias y Galicia se han preservado numerosos ejemplares, evidentemente típicos, de esta raza soñadora e irónica, dos tendencias hostiles entre sí, que engendran en su irreductible cuerpo a cuerpo, como de Jacob con el Ángel, una inestabilidad psíquica fascinadora y llena de sorpresas." (4). Tendría yo ahora, para demostrar la condición asturiana de Alas —nacido a orillas del Duero— que referirme a su árbol genealógico. Desde luego el padre, don Jenaro García Alas, era asturiano desde el principio de los tiempos. La madre, doña Leocadia Ureña, no lo era, sino leonesa; lo que, si no la hacía asturiana dos veces, pues habría exageración en afirmarlo, venía a confirmar de algún modo la raigambre astur del escritor. Histórica y lingüísticamente Asturias y León formaron en tiempos simpatizante unidad. Esto lo explica bien Menéndez Pidal, y hasta registra una localidad —Asturianos, en la vecindad del hermoso lago de Sanabria— poblada en la Reconquista por gentes del litoral cantábrico. Pero esta disquisición me llevaría demasiado lejos.

Un segundo reparo a la primera página del excelente trabajo de Albert Brent. Dice que Alas fué profesor de Derecho Romano en la Universidad ovetense, lo que es cierto; pero debe añadirse que, desde septiembre de 1888, pasó a explicar Derecho Natural en la misma Escuela y así terminó su carrera académica en 1901. La cosa no

tiene importancia. Lo que sí la tiene y grande es el enfoque... algo desenfocado con que Brent examina *La Regenta*. A pesar de las fundamentales salvedades que hace en cuanto al naturalismo relativo de Leopoldo Alas —sin duda muy influido por Flaubert y Zola cuando escribió *La Regenta*, entre los treinta y dos y treinta y tres años— Brent viene a considerar la novela como “un documento”, y toma al pie de la letra casi siempre lo que Alas escribe, desentendiéndose de que se trata de una obra perfectamente imaginativa. Podemos asegurarlo todos los “carbayones” de setenta años arriba, que pudimos alcanzar en edad consciente no sólo los últimos y fecundos años de la vida de *Clarín*, sino el mismo ambiente urbano —¡qué son diez o doce años en la vida de un pueblo!— en que él se movía mientras escribió la obra. No he de repetir lo que he publicado en otro lugar (5), y he de afirmar solamente que aquel medio social —que Palacio Valdés, poco después, y Pérez de Ayala algo más tarde habían de reflejar también— ofreció a la consideración del novelista motivos estimulantes a su creación en la forma, diríamos, del trampolín literario de que habla Georges Duhamel, desde donde el escritor bien dotado da el salto al cielo poético. Por eso Alas, en su carta (6) al Obispo Martínez Vigil —cuando el purpurado se deslizó a condenar *La Regenta*— solamente reconoce deber alguna inspiración al buen antecesor de aquel en el gobierno de la diócesis asturiana: “Las virtudes que yo me complazco en reconocer a V. S. I. serán superiores a las de mi don Fortunato, pero son otras. Mi Camoirán más se parece, por ejemplo, al inolvidable Sanz y Forés, arzobispo de Valladolid, digno antecesor de V. S. I.”, a quien —puedo añadir— se recordaba con alabanza en la ciudad cuando yo era muchacho. Continúa Alas: “Pues si bajamos algo más en jerarquía encuentro que mi don Fermín de Pas, canónigo y profesor, no se parece a ningún canónigo de Oviedo, pues yo atribuyo a mi héroe imaginado unos vicios que aquí nadie tiene, un talento que tendrán muchos prebendos de aquí, pero no en el grado superior, casi de genio, que yo me complazco en atribuir al hijo de mi fantasía.” Héroe imaginario, y también hijo de mi fantasía, dice exactamente Alas, sin que deba tomarse en cuenta algún parecido físico y la apostura que los ovetenses de mi tiempo querían hallar entre el Magistral de la novela y el canónigo dignatario don José María Gayón y Cos, sacerdote ejemplar que, eso sí, vestía bien y lucía una garbosa presencia... como el personaje de la novela. Y ahí termina el parecido. Está en lo justo Albert Brent otorgando el valor que reconoce a esta creación de Alas, más neta que la misma de Ana Ozores, cuyos anhelos espirituales debemos relacionar con análogos desasosiegos íntimos del autor. En lo religioso Alas vivió siempre en cierta angustiosa vacilación que, en los últimos años, hubo de acogerse a un espiritualismo deísta, no del todo satisfecho.

Quizás esas inquietudes mentales hayan inducido a Brent, en la acuciosa búsqueda, a no interpretar del todo derechamente lo que haya en el carácter autobiográfico de la novela: “Pocas obras demuestran con mayor fuerza la íntima relación existente entre el autor y su creación... Mostrar el carácter autobiográfico de la novela no es por supuesto explicar su valor y último interés artístico. Pero arroja luz sobre la intención del artista y revela en cierto grado las razones por que Alas fué capaz de crear y creó una obra como *La Regenta*”. (Pág. 29). ¿Cuáles fueron estas razones? Recorramos, brincando páginas, por la necesidad de abreviar, el estudio de Albert Brent que trata de darnoslas:

a) “El carácter crítico-satírico que hizo de Alas una persona de pocos amigos y muchos enemigos se manifiesta no sólo en el ejercicio de su actividad como crítico literario sino en su actitud rencorosa hacia las gentes y la vida en general, que se hizo más pronunciada con los años... complejo de inferioridad... frustración de su vida...” (pág. 45).

b) “Si no había de ocupar el lugar que deseaba en su sociedad, si no había de recibir de ella la clase de reconocimiento y estimación que más apetecía, encontraría compensación exterior satirizando y empujando a los hombres y mujeres que la componían” (pág. 60).

c) “En realidad, es un cuadro escandaloso y abrumadoramente reprobable el que Alas pinta de la corrupción moral de *Vetusta*” (Idem).

d) “La tónica moral de este trozo de la sociedad de *Vetusta* que constituye su clase selecta está representada por la noble casa de Vegallana y su escogido círculo de amigos y conocidos. El marqués de Vegallana es descrito como un hombre no muy escrupuloso en materia de moral privada...” (Idem.).

e) “Tras el censor de costumbres y moral, ¿había un individuo eróticamente frustrado que encontró en sus escritos una cierta satisfacción sucedánea a las insatisfechas apetencias de la carne? Si creemos a su biógrafo, esto no era cierto en el tiempo en que Alas escribió *La Regenta*, pues hay la evidencia de que era feliz en su matrimonio. Pero, ¿y en cuanto a los años de su juventud? (pág. 64).

f) “No es imposible... que en una época de su vida el joven y reservado autor, tímido y turbado en presencia de las mujeres e incómodo en una sociedad de gentes sofisticadas, particularmente de su misma edad, realmente envidiara el alegre grupo que describe en el pasaje recién citado. Pero excluido de tales círculos por su propio y peculiar carácter y probablemente también por su posición social y económica, permitió que su envidia se convirtiera en resentimiento” (pág. 65).

g) “Poco tiene de extraño que Alas viviera relativamente aislado en esta sociedad que el miraba con tan evidente malevolencia y desaprobación” (pág. 68).

h) “Cabe poca duda de que Alas no sentía gran amor por estas gentes a quienes hace los representantes novelescos de sus paisanos de Oviedo. Como acabamos de sugerir, puede decirse que la creación de *La Regenta* fué la manera de vengarse de ellas porque le excluían de su sociedad o porque un carácter tímido y amargado le impedía formar parte de ella” (pág. 80).

i) “Está claro para cualquier familiarizado con la vida de Alas que muchas de sus propias frustraciones, y aspiraciones, están reflejadas en las vidas de los personajes de su novela. ¿Cuál fué la gran frustración que existió en la vida de Alas en los años anteriores a la creación de *La Regenta*?... Cree quien esto escribe que fue la ausencia de amor... el constante anhelo de una profunda y genuina experiencia amorosa que no fué colmado hasta pasada su juventud, y quizás ni siquiera colmado entonces en la forma que el había soñado” (Idem).

j) “El vacío de la existencia de Alas puede estar reflejado en sus deseos insatisfechos y trágicos fracasos” (pág. 81).

No debo abusar del espacio que me concede la Revista para analizar, según quisiera, las apreciaciones de Brent, sugeridas aún más que por el estudio directo de la novela, excelentemente realizado en varios aspectos, por una información no suficiente y descarriada en algunas principales noticias. He de limitarme, pues, a una somera réplica.

a) ¿Pocos amigos? Los que Alas quiso y necesitaba para la relación y el afecto; Tuero, Palacio Valdés, Rubín, en los años escolares de la segunda enseñanza y de Madrid; después sus compañeros de la Universidad ovetense, Posada, Aramburu, Buylla, Altamira, Sela, Canella, Melquiades Alvarez, además de las relaciones familiares y otras relaciones. Desde luego, le molestaban los tontos... presumidos, como a Flaubert, como a Unamuno; no los tontos ingenuos por deficiencia natural; en su misma familia colateral Alas tuvo al simpatiquísimo “Pepín el de la Marcha Real”, que tanto nos divertía a los chicos.

¿Enemigos? Muchos fueron sus enemigos literarios y conocidos, destacadamente Luis Bonafoux, duro en su actitud amargada hasta la misma hora siguiente a la muerte de *Clarín*. Podría yo decir algo de esto, pues tuve ocasión de hablar y discutir con Bonafoux en el bar Criterion de París, allá en 1906.

¿Actitud rencorosa? ¡Por Dios! El terrible *Clarín* era hombre de extraordinaria bondad, a pesar de lo polémico.

¿Complejo de inferioridad, frustración de su vida? En lo literario alcanzó todas las satisfacciones desde que, mozo aún, comenzó a colaborar en *El Solfeo* y ser altamente considerado por Giner de los Ríos, Cossío, Galdós, Pereda, Pardo Bazán, a quienes hemos de poner también en el número de sus amigos. En lo personal la vida de don Leopoldo fué sencilla y normal.

b) Satiriza porque a eso le llevaba su temperamento, favorecido y desarrollado en el medio humorista y propicio asturiano de su *Vetusta*, según se ha indicado antes.

c) ¿Corrupción moral de los vetustenses? Excesivamente fuerte ese modo de calificar. Más bien una vida morigerada aquella, monótona, como la de todas las ciudades españolas de esos días. La publicación de *La Regenta* escandalizó algo en las sacristías y molestó al Obispo Martínez Vigil —a quien conocí personalmente— quizás... por lo mismo que nada de lo pecaminoso novelado era cierto, sino invención creadora. El Obispo y *Clarín* llegaron a ser tan buenos amigos —¡sólo por cartas y cambio de libros!— que Alas escribió al Ilustrísimo: “Debo advertirle que, no sé por qué, entre el clero (que yo llamaré bajo) se corre que

yo soy una buena recomendación para el obispo; se lo digo para que deshaga el error y nos libremos los dos de las molestias, pues así como siempre me será muy grato tratar con usted de cosas desinteresadas, me disgusta mucho que me obliguen a molestarle." ¿No indica esto que Oviedo distaba algo, mucho, de ser la ciudad levítica que pudieran deducir los lectores de *La Regenta* y también que Alas no era el apestado que se afirma con ligereza?

d) ¿La noble casa de Vegallana representativa de la tónica moral —mejor, inmoral— de la aristocracia vetustense? Algunos analizadores de *La Regenta* y muchos "carbayones" viven relacionando la supuesta casa del Marqués de Vegallana con la casa cierta de Canillejas, que todos hemos conocido en Oviedo. Pues bien, aquel buen marqués, jefe político conservador, su señora y sus hijas —Manolita, la más deliciosamente pizpireta— fueron personas de absoluta honorabilidad. Acaso don Leopoldo pensó, en su obra, más que en las personas, en la finca de recreo que los marqueses tenían y él necesitaba para varias de sus páginas. Análoga mención honorable cabría hacer de los otros aristócratas, con pergaminos antiguos o nuevecitos, de aquel Oviedo: Marqués de Santa Cruz de Marcenado, Marqués de Camposagrado, Conde de Peñalver, Marqués de Valero de Urría, Conde de la Vega del Sella, Marqués de la Vega de Anzo, Marqués de Aledo y Marqués de San Feliz, felicísimo poseedor este don José Sarri de una colección del Apostolado del Greco, que su hijo Pepe nos enseñaba con justificado orgullo posesorio. Créalo, Albert Brent: Vegallana y todo lo que sucede en su casa es pura invención.

e) ¿Individuo eróticamente frustrado Alas? Ya Brent hace la excepción de la edad madura, una vez casado el escritor; pero se decide a preguntar ¿qué pudo sucederle en la juventud? Inoportuna curiosidad. Hay motivos para creer que Alas no fué durante los años estudiantiles madrileños amigo obsesionado de las faldas, y, acaso de sus amigos y compañeros de hospadeje, Tuero solamente parece haber sido un tanto desordenado y bohemio. No es discreto preguntar ni responder cosa alguna fundamentada —tampoco sospechar nada, en uno u otro sentido— en lo que se refiere a ese período y al siguiente, cuando ya Alas se relacionaba con los colegas de *El Solfeo*, que es de suponer no fueran precisamente unos eremitas de la Tebaida. De lo que ha quedado alguna noticia es de sus amores de adolescente, cuando tenía 17 años, con una mozueta aldeana y avilesina, vecina de su casa veraniega de Guimarán; amores que, se dice, culminaron en la entrega gozosa de los enamorados. Téngase aquello y esto presente.

f) ¿Tímido ante las mujeres? Menos aventurado yo que Albert Brent, me limito a la información anterior. Respecto de otra clase de tímideces habrá de recordarse que, siendo alumno de bachillerato, en 1868, participó en las revueltas escolares contra Isabel II, revueltas que llegaron hasta arrastrar el busto de la reina por las calles de la ciudad. Después, estudiante universitario, fué de los ruidosos en la Cervecería Inglesa madrileña, mereciendo de Ortega y Munilla —padre de Ortega y Gasset— Leopoldo Alas y sus tres amigos carbayones el mote de "Bilis Club". Las burlas de palabras llegaban en ocasiones a las veras, así en el pateado estreno de un drama de Sellés, donde Palacio Valdés pudo observar esto: "En medio de aquel tumulto vi a un conocido actor hacer de yunque, y a nuestro paisano *Clarín* de martillo". Ya escribía Alas en *El Solfeo*, semanario de batalla. Se bate entonces con "Fray Gerundio"; más tarde es desafiado por Novo y Colson, y en otra ocasión por los marinos del barco "Reina Regente". Uno y otro lance terminaron, gracias a la entereza de *Clarín* y de sus amigos, con sendas actas en las que el polemista, lejos de ceder, salió aventajado. No en vano había escrito, cuando la segunda cuestión de honor, un "Palique" con el soberbio título: "Ni me retracto, ni me bato".

Leopoldo Alas, acaso por influencia de su hermano Genaro, militar, tenía afición a las armas —manejaba la pistola y la espada, ésta con su mano zurda— y gustaba de conversar sobre temas bélicos, así, en mis años mozos, su hijo Leopoldo, nuestro fraternal Polin. Ahora bien, esa grave cuestión de la timidez —que en Enrique Federico Amiel fué compatible con abundantes relaciones amorosas— es demasiado compleja para que se preten-

da encerrarla en el marco de la amena Literatura, calificarlo y sacar de ella, si la hay, deducciones excesivas.

f) ¿Embarazado en una sociedad de gentes sofisticadas? ¿Envidioso de ellas y resentido? Puede afirmarse que Alas vivió despreocupado de tal sociedad, entregado lo más y mejor de su tiempo a la cátedra y a la pluma. Cuando en los años últimos frecuentó el Casino de Oviedo —tan vivamente pintado en *La Regenta*— fué ello en busca de distraer el ánimo, quizás en baja ya por obra de las sordas roeduras de la dolencia que había de acabarle pronto.

¿Su posición social y pecuniaria? De limpia modestia, sin aprietos económicos recién casado. El sueldo de profesor y los ingresos de escritor, que llegaron a darle en el año hasta quince mil pesetas, de las sanas, le consintieron mantener holgadamente a los suyos y hasta permitirle el lujo de un coche y un cochero, en la finca rural de Carreño, para ir a las playas de Gijón, Candás y Avilés.

g) ¿Vivió relativamente solo? Hacía, desde luego, una vida algo solitaria; solía trabajar por la noche, hasta la madrugada, y se levantaba a mediodía para ir a su clase, a la una de la tarde; pero al oscurecer le veíamos mezclarse en el paseo de Cimadevilla —la Encimada de *La Regenta*— con el pueblo y la clase media; frecuentaba la relación con los amigos universitarios, también, en los últimos años, con el fino novelista Juan Ochoa, tan cercano a su espíritu. Todo esto de acuerdo con lo que Brent señala: "sus amigos y admiradores hablan de... un individuo de gran sensibilidad, nobleza de espíritu e ideales, y simpática comprensión". Así era.

h) ¿La creación de la novela una venganza, al verse excluido de la sociedad allí retratada por no congeniar con la gente o por su personal timidez? No, no, Brent. *La Regenta* es la creación imaginativa y reflexiva de un gran novelista, creación nada amargada, sino gozosa, como el mismo autor manifestó complacido, escribiendo a su amigo Pepín Quevedo —a quien también conocí personalmente, autor de intencionados epigramas en bable, como éste: "¡Ay, si les fueyes del maíz falasen, — cuantes non se casaren... que se casen!" — al dar Alas remate a la obra: "Tengo la satisfacción de haber terminado a los treinta y tres años una obra de arte".

i) y j). ¿Frustraciones... ante las experiencias amorosas... vacío de una existencia? Basta, para responder, lo apuntado en pasajes anteriores. Alas fué hombre de vida llana en lo personal y en lo familiar, enamorado de su mujer —tan inteligente que "contaba las estrellas"—, rodeado de satisfacciones como escritor, si descontamos el fracaso del drama *Teresa*, al que no concedió mayor importancia.

¿Cuántas otras cosas sugiere la lectura del riguroso estudio de Albert Brent! Pero es hora de terminar esta larga nota, dejando en el tintero algunos otros comentarios. Sea lo escrito un leve homenaje, inspirado en devotos recuerdos, a la memoria de don Leopoldo Alas en el primer centenario de su llegada a este mundo, cuando "le nacieron" en Zamora.

*Nota de la Redacción.*—La traducción castellana de los pasajes entrecuadrados del trabajo de A. Brent es nuestra. Don Luis los cita textualmente en inglés.

1.—*The University of Missouri Studies.*—Leopoldo Alas and "La Regenta". A study in Nineteenth Century Spanish Prose Fiction, by Albert Brent. Columbia, Missouri. 1951.

2.—"*Clarín*" (Leopoldo Alas). Páginas escogidas. Selección, prólogo y comentarios de Azorín. MCMXVII. Casa Ed. Calleja, Madrid.

3.—*La Regenta*, pág. 307, I (Biblioteca Emecé de obras universales).

4.—*Ramón Pérez de Ayala: Prólogo a Doña Berta*, Cuervo y Superchería.

5.—*Cuadernos Americanos. Septiembre-October de 1951.*

6.—*11 de mayo de 1885.*





## Pelegrinatge

ES el vent amb son neguit de cada dia  
qui porta cells enllà les àlbies túniques dels  
[déus,  
i quan la pau abandona el clos de les terres fidels  
la pols dels camins fa aspra la llum dels èxodes.

Jo he cercat pel món la veu dels núvols!

El bosc ha posat l'ombra dels pins ben nodrits  
sobre el respirar dels gegants que tenen els ulls  
[del sol,  
i quan la joia ha destapat els pous del fred  
les fulles han esponjat el coixí del millor descans.

Jo he cercat pel món la veu dels arbres!

Els plomatges més bells s'encenen als colors del  
[matí

i es fonen els estels en l'oblit de la febre diürna,  
i quan la fe es projecta pels espais que no són  
[de ningú  
volcans exciten amb llur foc la feblesa dels homes.

Jo he cercat pel món la veu dels ocells!

Els sediments dels rius no gosien entrar a la mar,  
barrera de blaus davant del secret dels abismes,  
i quan el coratge necessita les forces verges  
les ones esborren dels sorralis la vella empremta.

Jo he cercat pel món la veu de les aigües!

Els cors no troben bàlsams per a les ferides de  
[l'odi,  
sang que s'ha pres a la gelor dels glavis nus,  
i quan de la batalla s'aixeca l'espectre del fàstic  
la fatiga i el dol són fonts d'un amarg silenci.

He trobat pel món la veu dels homes!

J. Amat-Piniella



## Elegies d'Atzingo

II

ENLLA de la nit nahuatl, el record ve dels astres.  
No puc cantar-los: antiga és ma veu  
en la pàtria d'un vent on eterns són els rastres  
de l'alcíó i l'hel·lènica deu.  
Oh efímeres estrelles, mortals a ma mirada,  
tan estrangeres a les valls del cor  
com el gest d'aquesta aura en l'ombra al·lucinada!  
De sota puja el gran sol que no mort.

Rescabalo les hores de la talaia encesa  
dalt de l'illot voltat de temporals,  
visions de la pàtria, solsticis de certesa,  
torxes i temps, oh seqüències cabdals  
que reprehen el ritme fèrtil de les centúries  
en imatges que allunyen la nit:  
la nau del cant fidel, amb ses veles purpúries,  
ja ancora dintre els ports de l'esperit.

Hi ha, en la terra que espera, un herald que rutila,  
àngel de sang a un gran arbre lligat,  
i veig damunt la mar l'oreneta d'Adila  
que porta al món la nova claredat...  
Oh ametller de silenci, puixança d'olivera  
i joia d'ona d'irisats ruixims!  
Oh ànima, puja el foc a la total bandera  
i baixarà la llum filla dels cims!

Agustí Bartra



## Una precisió

PERO jo visc, jo visc, jo sóc un home,  
formatus de spurcissimo spermate,  
un home com els altres i amb més braços.  
Tinc tres virtuts, tres vicis, tres misteris,  
segons opinions autoritzades.

Doncs sóc com tots, i quan la primavera  
cou en els angonals i en les acàcies  
acostume resar als déus cadàvers,  
devaste l'aire amb llavis consirosos,  
m'incorpore al desig i a la farina,  
car això escau en temps de primavera.

Pero hi ha alguna cosa més: ser lliure.  
Jo visc, jo visc, i açò immunitza els cànfers.  
Jo visc i açò és una balada antiga.  
Jo visc i alhora una bandera s'obri.  
Jo visc i una bandera s'encomana.

I viure per a mi és tot el contrari  
del que creieu vosaltres, els infames.

Cal ser lliure, amics, cal ser-ho a costa  
de tiges i sabates i compares.

La llibertat comença rera el vòmit.

Joan Fuster

## Santa compañía dos castiñeiros

(O Souto Morto)

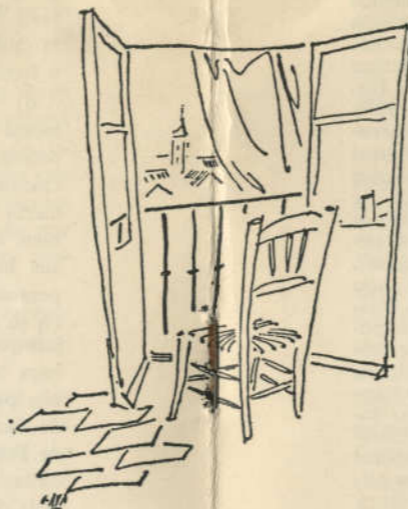
SANTA Compañía  
dos castiñeiros.  
Do mal cativo  
todos morreron:  
corpos retortos  
mudos xemendo  
—tácitos laios  
dos estiñeiros—;  
verde gafura  
de brións e fentos  
no cerne podre  
dos toros vellos;  
pranto de follas  
e quizos secos;  
ponlas espidas,  
infindo inverno...  
¡Santa Compañía  
dos castiñeiros!

A gris mortalla das ouricelas,  
que ten piedade das caracochas,  
con agarimo cobre as parizas  
pra cobexalas da fria choiva.

Dos suicidas  
semella o inferno.  
¡Tráxico fado  
dos castiñeiros!  
¡Fera pauliña  
dun bruxo antergo!  
Estordegados  
no derradeiro  
pulo da morte,  
erguen ao celo  
as irtas gallas  
con desespoiro.  
Mecos sinistros  
a poñer medo,  
vistindo panos  
de neboeiro,  
nas arepiantes  
seráns do inverno,  
de cote erqueitos  
na agarda inútil  
do seu enterro,  
coa muda arela  
dos cadaleitos.  
¡Dos suicidas  
semella o inferno!

¡Santa Compañía dos castiñeiros  
que prega, inmóvil, a natureza,  
trocar-se inteira en humus fecundo,  
voltar axiña ao seio da terra!

## BALCON



A

LA

POESIA  
ACTUAL

EN

ESPAÑA

## Pandeirada

NENAS, vide á pandeirada,  
que sinto, no peito, o adufe  
do meu desexo, rapazas.

Os ollares churrusqueiros  
son mans a bater no adufe  
que anda a soar no meu peito.

Nenas, vide á pandeirada,  
a pór acordes co adufe  
as ferreñas das risadas.

—¡Estoupe, que estoupe, estoupe o pandeiro,  
nas bocas froridas que estoupen os beixos,  
estoupen os risos e os salaios ledos,  
estoupe o xustillo, gaiola dos peitos!

Ledicia da pandeirada:  
arcos, peitos, branco, adufe,  
frechas, tentacións, o rachan.

Eléctrico de desexos  
vai a estoupar meu adufe  
co bater dos vosos beizos.

Ledicia da pandeirada:  
acordes co meu adufe  
vosas ferreñas, rapa-as.

—¡Tanxe, que tanxe, nena rabuldeira,  
coas mans que buligan coma volvoetas;  
tanxe, que tanxe, tamén eu tanxera  
a bicos o adufe da boca vermella!—

## Lo demás es silencio

(Fragmento)

PROTAGONISTA

MIS palabras son tristes, aunque yo no lo  
y el mundo, cuando escucho, sólo exhala un  
[quiera,  
(gemido.  
Mas si es verdad que aun quedan seres esperan-  
[zados,  
y hay madres que sonrien con un niño en los  
[brazos,  
y hay obreros heroicos, y hay hombres que  
[planean  
seriamente inocentes un mañana de gloria,  
negaré la evidencia, callaré lo que pienso,  
dejaré si es preciso de ser quien soy por ellos.

CORO

He visto a la muchacha temblorosa de lluvia  
y he visto al campesino de fibra retorcida.  
He visto al escribiente —¡tan triste aunque él lo  
[ignore!—  
y he visto al viejo loco que les habla a sus  
[muertos.

He visto en unos ojos de niño qué es el hambre,  
y he visto en unos ojos de madre qué es el miedo.  
He visto la vileza del dolor y el espanto.  
He visto y tú me has visto maltratado e indefenso.  
Mas he aquí que me anuncian la nueva edad del

[hombre,  
y una alegre noticia, y un sencillo evangelio  
congrega sin fronteras a todos los que sufren,  
articula en palabras el informe quejido,  
dispone en batallones las selváticas fuerzas,  
conduce a los dolidos, bendice sus demandas,  
dignifica el trabajo del grande y del pequeño,  
nos rescata del limo, nos despeja el futuro.

PROTAGONISTA

No diré mi secreto. No diré lo que pienso.  
No enturbiaré el espejo de los esperanzados,  
ni el sueño de los niños que aspiran a ser hombres.  
Retendré entre mis dientes apretado mi grito,  
y acaso de ese modo vuelva a setirme puro,  
y a fuerza de negarme, me perdone a mi mismo.  
No sé qué culpa antigua me exige un sacrificio.  
No sé qué me avergüenza cuando un niño me  
[mira,

y un obrero se ríe, y una pobre criada  
pavonea dichosa su traje de domingo.  
Una inmensa ternura me arrasa y me deslie.  
Quiero ser en los otros. Quiero morir por algo,  
perderme con provecho, descansar del que he sido,  
pensar que mis problemas personales son nada  
junto a esos tan pequeños, tan terribles, vulgares,  
del pan, de los zapatos o de las medicinas  
que a otros hombres les falta mientras yo filosofo.  
Mentiré santamente que aun les queda esperanza,  
callaré lo que sufro porque sólo es miseria,  
y en la paz de la muerte luminosa y flotante  
quizá alguien se incline sobre mí y me dé un beso.

Gabriel Celaya

## Lo que yo pienso sobre ello

Como suele decirse: El incidente ha  
terminado".  
La canoa del amor se ha roto  
contra los escollos de la vida corriente

Vladimir Mayakowsky

¡CIRCULEN! ¡Nadie mire!  
Los pitidos caían  
sobre la indócil plebe, y el chasquido, el mandato,  
la arrastraban al orden con nudos corredizos,  
como en las pampas los caballos.

¡Paso!  
Una sirena huyó, silbante,  
corriendo con un muerto camino de la muerte.

¡Ya no vive, ya queda, ya es morada, la sangre!

¡Circulen!

Van tacones, llantas veloces, trajes,  
sobre el suelo piadoso. Las ventanas, en fila,  
no se abren.

II

Pero manos prudentes, con anillos de perla,  
levantaban jardines de papel sobre el mundo.  
Y se oyó en su asamblea:  
"¡Oh, la luna, poetas, quién dirá su hermosura?  
¡Circulad, pues, con ella  
al país de la rosa sin duda  
donde ¡oh, Celia  
yo adoro la luna!"

Esto decían dientes con insignias de plata,  
mascando, en las butacas del lugar del suceso.  
Lo decían, sentados.

Pero todos pensaban  
en la sangre del muerto.

Aquel hombre venía revisando las manos,  
libertando sortijas que aumentaban el cielo,  
disparando relojes hacia un gran mediodía.  
¿Solo? ¿Entre multitudes? Todavía es misterio.  
Aquel hombre venía.

Y se supo qué dedo  
señaló: cuántas manos hicieron fuego a un  
[tiempo;  
a quién correspondía cada mancha sangrienta,  
(¡Pero, entretanto, rosas, más luna, tropos hechos,  
y que todos circulen!

Los poetas  
no dirán lo que vieron.)  
Yo, con los ojos fijos en el suelo piadoso,  
iba ascendiendo escalas por la sangre sin dueño.

III

Seguí calles y calles. Paseaba  
la muerte y sus vestigios.  
Salían gentes del trabajo. Era de noche.  
Encontré a dos viejos amigos.

—¡Celebremos  
la amistad, compañeros!  
Largamente bebimos  
vino y tiempo de infancia.  
Y del brazo, en la plaza,  
nos enteramos de lo sucedido.

IV

Con un solo disparo se eliminan los muertos.  
Pasa todos los días, y no en secreto.

Pero esta sangre es de un hombre vivo  
que luchó con la muerte, y fué vencido.

Y es por amor, poetas, que hizo eso,  
por un amor sin figura ni cuerpo.

Sabía que morir no es mejorar de sitio,  
pero aceptó ser puente en un camino.  
Así, soltando las anclas del Tiempo  
hacia el futuro, ha sido muerto.

Si; la canoa del amor se ha roto.  
¿Qué edificar con astillas de odio?

V

Pero aquel incidente nunca habrá concluido.  
¡Sabedlo bien, hombres de los anillos!  
¡Nadie está libre de la sangre que ha vertido!  
Podemos todos circular, podemos  
escupir, o callar, o remedar suspiros.  
¡Podeis clavar las puertas, las ventanas del cielo,  
cuando pidiendo un rifle pase descalzo un niño!  
¡Todo ha de ser inútil!

¡Aspiraréis la muerte  
del fondo de la tierra; subirá como un ruido  
tiñendo las paredes y los libros!  
¡No hay escape!

(En verdad,  
todo está escrito.)  
¡Bienaventurados los puros de corazón, que cum-  
[plen el mandato:

pero ay de los malditos,  
de los que están en deuda con cuerpos enterrados,  
de los que desnivelan la muerte con la muerte,  
y creen que el incidente ha terminado!

Eugenio de Nora



(Viene de la pág. 1)

autor y por sus inmediatos sucesores, ha cumplido concienzudamente su cerril misión de ignorarle y, si a mano viene, de combatirle, suele aparecer un espíritu avisado, generalmente un extranjero, que da la voz de alerta: "Atención ciudadanos, que aquí hay un genio!..." Este hombre, cuyas obras se apolillaban en los desvanes o se leían distraídamente, por pasatiempo, ha dejado escritas cosas magníficas y extraordinarias. Murió pobre, dudoso e inseguro de sí mismo, superficialmente apreciado por unos, menospreciado por otros, desconocido de casi todos; este hombre que llegó a la vejez tenazmente empeñado en avisarnos de que había escrito "La Galatea" —fábula pastoril, artificial y empalagosa, imitada, por añadidura de otras "arcadias" más felices—; este hombre, que con el último suspiro de su vida trabajosísima, nos encomendaba su ilusión lastimosa por esa película de aventuras titulada "Trabajos de Persiles y Segismunda", digna de un cine suburbano; este hombre, que en el espléndido nacimiento del teatro español y en una época en que florecían los más altos númenes líricos, se extenuó de fatiga para escribir unos dramas medianos (donde lo único verdaderamente dramático es el inútil esfuerzo del autor), y trabajó como un ganapán para perjeñar unos versos premiosos y desabridos... este hombre ha dejado, sin embargo, unos cuantos "entremeses", modelos de gracia cáustica, y de surgente lozanía; ha dejado ese collarito de acabadas piedras preciosas, ensartadas en el insinuante título de "Novelas ejemplares", y finalmente —tan finalmente que, con la obra, se le fué la vida— esa creación, ante la que retroceden, desorientados, todos los adjetivos: "El Ingenioso Hidalgo, Don Quijote de la Mancha".

Apenas, al cabo de años y aun de siglos, algunos hombres de buen ingenio y de gusto despierto, van descubriendo los tesoros que encierran el Quijote y las Novelas Ejemplares, los "entremeses" y tales o cuales pasajes de otras obras menos afortunadas de Cervantes, se abalanzan sobre ellos los consabidos explotadores de toda laya y de las más variadas categorías: los plagiarios, los imitadores, los traductores, los comentaristas, los anotadores, los intérpretes, los falsarios, los remendones, los revendedores y toda la ralea de beneficiarios que cae ávidamente sobre el botín indefenso, para nutrir en el mismo su erudición, su fama, su petulancia o su bolsillo.

Este expolio en gran escala y practicado a veces con los más perfeccionados medios técnicos suele sufrir, o mejor dicho, nos hace sufrir los efectos de una terrible recrudescencia precisamente en las fechas que rodean los grandes centenarios. Cúbrese literalmente —y literariamente, con literatura más o menos feliz— los textos del autor de comentarios, explicaciones, confusiones y críticas. Vienen luego las críticas de las críticas. Así sucedió por ejemplo hacia 1916, centenario de la muerte de Cervantes, en que se publicó la edición monumental de Rodríguez Marín (personaje conspicuo, de quien diremos algo más adelante), la cual edición dió pretexto a un opúsculo titulado "Algunos juicios acerca de la edición crítica del Quijote, anotada por Rodríguez Marín. —Madrid, 1919". Y con esas críticas, y las que ellas provocan, y los comentarios y apreciaciones de primera, de segunda y de tercera mano, se crea una fronda casi impenetrable, que nos cierra el paso a la propia obra cervantina. Y así nos vemos invitados y casi obligados a enterarnos de mil cosas, muchas de ellas impertinentes, que se dicen acerca de Cervantes, o acerca de lo que se ha dicho de Cervantes, con lo cual apenas nos queda resquicio ni manera de ponernos en íntimo contacto con lo que Cervantes dijo, que es precisamente lo único que verdaderamente importa, tratándose de Don Miguel. ¿No sería preferible que nos dejásemos un poco en paz, y que todo el esfuerzo se concentrara en facilitarnos el acceso más directo a la prosa cervantina?

★

En esta obra fúnebre y funesta se suelen



## La Lectura de Cervantes

distinguir los eruditos, que llegan presurosos armados de todas sus terribles armas. No hay frase, ni hecho, ni dicho, ni fecha que no miren al trasluz, que no fatiguen y torturen, sometiéndoles a los terribles instrumentos de su famosa crítica. "No hay voz, giro, partícula, frase o construcción dudosa que no salga de la pluma de Rodríguez Marín, diáfana y clara, asistida y vigorizada (sic) con dos o más ejemplos", decía el Sr. G. de Amezua en una crítica de la edición crítica anotada por el ilustre académico. Y menos mal que en este caso se trataba del Sr. Rodríguez Marín, cuyo formidable aparato crítico, si tiene, por su innegable y agotadora erudición el inconveniente de distraernos y retenernos con su positivo interés, tiene, en cambio, la ventaja de procurar conducirnos a una más certera y mejor inteligencia del texto anotado. Pero vosotros sabéis los alambicados y descoyuntados esfuerzos de los eruditos (??) para precisar, por ejemplo, el contenido comestible de aquel plato de "duelos y quebrantos" que, una vez por semana, ingería el Hidalgo manchego. En una edición anotada, de Gaspar y Roig, hecha en Madrid por los años de 1879, se nos suministra, a este propósito, la siguiente concienzuda explicación que me limito a reproducir, "porque tiene todavía menos desperdicio que el condumio a que se refiere: "Era costumbre en algunos lugares de la Mancha traer los pastores a casa de sus amos las reses que entre semana se morían, o que de cualquier otro modo se desgraciaban... de estos huesos quebrantados (los de las reses) y de los extremos de las mismas reses se componía la olla en tiempos en que no se permitía en los reinos de Castilla comer los sábados de las demás partes de ellas; esta comida se llamó "duelos y quebrantos" con alusión al sentimiento y duelo que causaba a los dueños el menoscabo de su ganado, y el quebrantamiento de los huesos (!!!)..." ¿De qué huesos? ¡Lástima no se les moliesen a quienes nos atosigan con esa bazofia!

Pensad en todo caso, la importancia que tiene, para una inteligente lectura del Quijote, saber con precisión si lo que el héroe de la Mancha comía, entre otras cosas, eran huesos con torreznos o revueltos con tomate... Que en estas delicadas precisiones se desviven los eruditos.

(Volviendo al Sr. Rodríguez Marín creo un deber de justicia recordar una anécdota personal, que vivifica y rescata toda la máquina de su implacable erudición. Hace treinta años de esto —así la vida pasa— y por motivos que no hacen al caso, yo me encontré en una cena bastante protocolaria, al lado del ilustre cervantista. Me sentía yo, naturalmente, muy cohibido junto a la vene-

rable figura de mi vecino de mesa, y para buscar una salida decorosa y cortés al embarazo del desigual encuentro, hice tímidamente lo necesario para que la conversación recayese en el tema de su predilección. Se habló de Cervantes, y de unos documentos que —siempre los señores eruditos— habían descubierto por aquel entonces y que no estaban precisamente destinados a rehabilitar el prestigio de aquella vida miserable y turbia que estuvo forzado a llevar el oscuro y entrampado cobrador de impuestos, y discutible padre de familia, que fué Don Miguel

Y Rodríguez Marín, con una gran sonrisa bondadosa y comprensiva, recuerdo que me dijo textualmente: "El único documento que puede perjudicar a Cervantes es el que demuestra que no es el autor del Quijote". Hermosa profesión del más genuino y puro cervantismo, rayo amoroso que se filtra, desnudo de eruditos pertrechos, entre el imponente edificio crítico, donde encierra el insaciable académico la obra maestra de su autor preferido. Aquí está la verdad; tratándose de Cervantes, ¿qué puede importar todo, mientras el Quijote exista, y no demuestre nadie que no es el quien le ha escrito? ¿Qué importan los datos meticulosos, las críticas sabihondas, las capciosas exégesis y —con los debidos respetos— hasta las torres ingentes de anotaciones, levantadas por la erudición consuntiva del Sr. Rodríguez Marín?..)

Pero, si hasta ahora no han probado los eruditos que Cervantes sea ajeno a la redacción del Quijote, no será porque no hayan hecho todo lo posible para poner en tela de juicio, apurando búsquedas, distingos y reticencias, lo más esencial del autor y de su obra hasta el punto de que, si de ellos dependiese, no habría modo de probar la existencia de Cervantes ni que el Quijote se ha escrito alguna vez. Gracias a los esfuerzos de los eruditos, siete ciudades, como los días de la semana, los pecados capitales y las *Cabrillas* que visitara Clavileño, se disputan encarnizadamente el honor de haber sido la cuna de Cervantes; y aunque hay una que parece llevarse la palma, la controversia erudita y enconada conduciría a la imposibilidad de afirmar que haya nacido en ninguna parte. Esto se complica porque todavía resulta más difícil señalar el día en que nació. Pero, si para existir, hay que haber nacido en algún sitio y algún día, y los eruditos nos convencen con sus trifulcas de que no hay para Cervantes fecha ni lugar de nacimiento, podríamos concluir que, eruditamente, no hay modo de afirmar su existencia. Acaso tengamos que contentarnos con la flemática explicación de un inglés ante un pleito parecido que se desarrolló en torno a la existencia de Shakespeare, puesta seriamente en duda: "Quizá se trate de una confusión con otro literato de la misma época, que escribió las mismas obras y que tenía el mismo nombre y apellido."

No sale el *Quijote* mejor parado: para que exista un libro, por inmortal que sea, tiene que haber sido escrito; para esto, tiene que haber sido escrito en alguna parte. Se habló del trabajo de Cervantes en la cárcel de Argamasilla; pero el señor Cortejón salió denodadamente al foro a demostrar la *coartada* (título de su engendro) y avanzó la prueba de que Cervantes no podía haber escrito el *Quijote* en Argamasilla porque en aquel tiempo se encontraba en Sevilla, si mal no recuerdo. Pero no está excluido que venga un nuevo voluntario de la investigación a demostrarnos que donde realmente estaba Cervantes y escribió el manuscrito de su obra era en Alcázar de San Juan. O en Vitigudino... A lo mejor resulta que el *Quijote* no se ha escrito en ninguna parte. A lo mejor resulta que ni siquiera se ha escrito.

★

Los eruditos se desdoblán a veces en sagaces intérpretes o se mezclan con ellos. Los intérpretes se afanan por descubrir los sentados recónditos del *Quijote*. No se contenten (Sigue en la pág. 50)

ESCRIBIR sobre don Luis Santullano ahora a pocos días de habernos abandonado, cuando creemos que sólo se alejó momentáneamente, cuando su imagen perdura en la retina con toda nitidez y nos parece escuchar todavía su voz, es peligroso; podría el eco de nuestro dolor malpreciar sus hechos, deformar sus virtudes, y si nos lanzáramos a una alabanza desmedida de su vida, le haríamos traición; porque Santullano fué, ante todo, la imagen de la modestia, de una modestia sincera, que le acompaña toda su vida ayudándole a elaborar grandes obras sin darles importancia, sin vanidad y casi siempre amparado por la pantalla de otros hombres que recibían los plácemes, mientras él trabajaba en silencio, y satisfecho únicamente con la propia estimación de su labor. Por eso nos limitaremos a repasar su vida pues con ella surgirá su obra.

Fué en Asturias, entre robles y pomares donde nació Santullano al morir el setenta del siglo pasado. Infancia y juventud transcurren en aquel Oviedo rodeado de colinas, presidido por la espiritualidad maciza del Naranco y casi siempre envuelto en la tenue humedad del orvayo. Familia humilde, de raigambre asturiana, regida por un padre que ejerció cincuenta años de maestría primaria sin salir de la misma escuela. Así era el hogar donde Santullano se formó en esos primeros años. La imposición paterna le lleva al camino de la pedagogía que él abandona más tarde para pasar a la universidad. Son las letras quienes le atraen y buscándolas tropieza con los maestros que le orientarán toda la vida y para quienes guardará una gratitud eterna; Clarín, Aramburu, Buylla el viejo. El grupo de estudiantes donde militara Santullano se destaca pronto en la monotonía provinciana, las muchachas notan como están ausentes de la Alameda y utilizan el paseo para discutir y hablar sin acordarse de prodigar los chicoleos y requiebros que, tradicionalmente, debieran dedicar a las recatadas bellezas ovetenses. Con Santullano son Alvaro de Albornoz, Pérez de Ayala, los Buyllas jóvenes, los hermanos Torner, Díaz Estébanez, Leopoldo Alas el hijo, y otros más, quienes forman este grupo desviado de la ortodoxia dominguera tradicional. Pronto son conocidos con el sobrenombre común de "los republicanos", nombre de significación inconcreta que justifica su actitud y explica su desvío ante los mojigatos ovetenses. Allí Santullano rompe lanzas literarias por primera vez en competencia con sus amigos, pero Oviedo es estrecho, Santullano sueña con volar más alto y más lejos. La incompreensión paterna le impide salir hasta que bajo un pretexto fútil, una oposición magisterial, Santullano corre a Madrid. Estamos en los principios de siglo. La universidad madrileña no resultaba tan atractiva de cerca como la veían desde la lejanía los ansiosos ojos del provinciano, era anacrónica y pedante, pero en cambio encuentra una verdadera universidad en otro grupo, en el grupo de Cossio y Giner, en la Institución y en el Museo pedagógico. Decididamente se une a las enseñanzas de estos maestros y comienza a elaborar su vida.

Lo que viene después ya es más conocido. Santullano viaja por casi toda Europa, se casa y al volver a Madrid entra a colaborar en otra de las obras hijas del grupo



## EL RELOJ de DON LUIS

Por

Germán SOMOLINOS



renovador de la enseñanza en España, en la Junta para Ampliación de Estudios. No podría precisar yo ahora cuál era la función específica de Santullano en aquella labor. Alguien ha dicho que era la mano derecha, pero esto no es completamente verdad. Santullano podía ser la mano derecha que aparentemente actuaba en la Junta, pero por detrás de esa mano había un espíritu y un alma que era quien la movía, y esto sí lo era Santullano, alma y espíritu de toda obra en que ponía sus manos. Oculto, retraído, ignorado del espectador, laboraba en silencio, como laboran las almas que nadie conoce en la materia pero que se nos representan en sus hechos. Santullano fué el alma de la Junta como, años después, fué el alma de las Misiones. Un alma de tal manera compenetrada con aquella otra que se llamó Castillejos, que puede decirse que en su humilde despacho de la Junta se resolvieron muchos problemas de verdadera trascendencia y se hicieron patentes milagros alargando un exiguo presupuesto hasta alcanzar a beneficiar a muchos de los que ansiaban y necesitaban salir a perfeccionarse. ¡Cuántos pensionados ignoran que su beca la deben a los equilibrios económicos

que como malabaristas consumados hacían Castillejos y Santullano sobre el presupuesto de la Junta!

D. Luis, lector impenitente y contumaz, sabía encontrar tiempo para su gran afición, la literatura. No podemos decir que fuese un escritor profesional, escribía por gusto, porque le placía, satisfaciendo con ello las viejas ilusiones de juventud. Sin embargo en el campo de la literatura era un buen conocedor a quien la historia literaria debe profundos estudios sobre sus temas preferidos, el romancero, Santa Teresa y sobre todo el Quijote. Literato ocasional, maestro del artículo corto, utiliza sus pasatiempos en dejarnos algunas novelas breves. En ellas recuerda su Asturias y pinta con fino humorismo, buena prosa y sus ribetes de tragedia algunos tipos de su tierra añorada. Así nacen Patalín, Paxarón el marino varado, Telva la lagarera del puro amor, D. Felipe, cándido catedrático de provincia metido a labrador, y otros muchos personajes sacados de la vida real y descritos de una manera muy clariniana que recuerda el modo de hacer de los grandes escritores costumbristas de España.

Pero hasta ahora no hemos tocado la verdadera obra de Santullano. Por encima de todo, su obra son las Misiones pedagógicas. En otra ocasión ya me he ocupado de lo que representaron estas Misiones y su influencia en muchos aspectos de la vida cultural española. Allí recordé a Santullano, entonces todavía vivo, y por no herir su modestia no quise hacer hincapié en todo lo que a él le debieron. Ahora es necesario decirlo. Santullano recogió una idea. La idea que el señor Cossio venía elaborando lentamente desde cincuenta años antes y con ella realizó plásticamente una obra. Obra grande, corta, muerta en flor como mueren los elegidos, pero suficiente para demostrar su enorme importancia y su absoluta necesidad en el pueblo español. No puedo explicar aquí de qué se trataba, ni creo a ningún lector tan alejado de los problemas culturales que no tenga noticia de ellas. Hay varios libros que las describen con detalle. Pero aquí quiero decir que si las Misiones llegaron a tener la importancia y el auge que adquirieron, es necesario saber que fué Santullano quien las organizó, quien las modeló hasta hacerlas cuerpo vivo, y también quien les puso un alma; su propia alma tan impregnada de fe en la obra que contagiaba el entusiasmo a todos los que intervinimos en ellas. Si algún día se escribe la historia interna de las Misiones pedagógicas de España, entonces se descubrirá lo mucho que Santullano hizo desde su discreta penumbra en bien de la educación del pueblo español.

Una tarde de la primavera madrileña del 1936 la llamada angustiosa de Doña María hizo que corriéramos a su casa Calandre y yo. Santullano acababa de sentir el primer arponazo de la terrible enfermedad que acabó por quitárnoslo. En su cama, sin darse cuenta del peligro, nos recibió jovial y excusándose por la molestia que nos ocasionaba. La conversación de los dos Luises resultó cómica. D. Luis médico recomendaba una vida metódica, prohibió fumar y beber, mandó acostarse temprano, ningún exceso; D. Luis paciente le miraba con socarronería y exclamó: "Esa prescripción la lleva a cabo

hace cincuenta años y a pesar de ella me he enfermado ¿qué cree usted que puedo hacer ahora?". Se le mandó a convalescer a Asturias, a su tierra y allí se encontraba cuando la villanía y la bajaza rompieron en dos la floreciente España del 36.

Partida España en dos, Santullano tuvo ocasión de defender sus ideales. Sin haberse asomado nunca a la política pertenecía a ese tipo de hombre liberal español tan arriagado y tan íntimamente convencido del amor a la libertad que es capaz de dejarse matar antes de ceder un átomo de lo que cree de justicia. Su edad ya no le permitía la lucha activa pero sin embargo siempre supo encontrar el lugar donde su labor fuese necesaria y fructífera para el bien de la República atacada. Cuando caímos aplastados comenzó la última etapa de su vida, llegó al destierro en el que había de pasar sus últimos años, pero para él estos últimos años fueron duros. Después de un breve recorrido, Francia, Nueva York, Puerto Rico, vino a unirse al grupo de la gran familia española que reside en México, Aquí reorganizó su vida, trabajaba y escribía en la pequeña mesa de su cuarto rebosante de notas y libros. Asistió al Colegio de México requerido por su fraterno amigo Alfonso Reyes y aquí encontró un refugio espiritual tan parecido a aquel otro de la Junta española que casi puede decirse que era una continuación de sus trabajos madrileños. Jovial, alegre, con la sonrisa perenne en los labios, Santullano laboraba en México. Su sonrisa, imagen externa de la alegría interior con que recibía a los amigos, era una

## EL RELOJ DE DON LUIS

de las formas más atrayentes de su generosidad. Generosidad alegre, de la más fina escuela española y de la que fueran maestros inimitables Cossío y Giner. Y sin embargo, esta alegría de D. Luis rebotaba de un alma reciamente forjada en el dolor. En el dolor del emigrante forzado que deja su patria partida y con los pedazos separados por el abismo de una guerra civil. En su propio dolor, el verdadero dolor de corazón, el físico, aquel que no puede evitarse con el propósito de enmienda y finalmente por un dolor más íntimo, más profundo, un dolor que casi nadie conoció en sus labios y que mordía por dentro con toda la antinatural tragedia de la pérdida de los hijos queridos. Pocos le habrán oído quejarse de esta profunda herida. Una carta que me escribió a raíz de la segunda pérdida lo describe con toda la sencillez de su alma pero también con todo su profundo dramatismo, dice así: "Es mucho el desgarrón este para nosotros, cuando a pesar del tiempo transcurrido, seguía abierta la herida de la pér-

dida de nuestra pequeña Alina, toda promesa en sus doce años. Ahora se nos ha ido también nuestra Marilyn del alma, después de la tremenda lucha que usted conoce". Estos eran los dolores que ocultaba aquella sonrisa perenne, aquella risa franca con que obsequiaba a sus amigos ocultando la amargura de su corazón.

La muerte sorprendió a Santullano en plena actividad, escribía y trabajaba sin cesar. Pocas horas antes aún intervino en un homenaje a Cajal con todo el brio y entusiasmo que ponía en sus cosas; los que le acompañamos esa noche recibimos la penosa impresión de ver cómo la fatiga le frenaba la palabra. En su casa seguía escribiendo. Tal vez presagiando un fin próximo comenzó lo que tituló "Historia de mi reloj". Es un caso extraordinario este del reloj de D. Luis: regalado por su padre al terminar los estudios fué compañero inseparable de toda su vida y de todos sus hechos. Pocos días antes del momento en que Santullano acabara, el reloj se paró; no pudo encontrar relojero que lo supiese componer y él entonces comenzó la historia de su reloj que era la historia de su propia vida. El reloj sigue parado, la historia quedó inconclusa y su autor tuvo el obsequio divino de una muerte plácida y súbita con la pluma y el papel en la mano; una muerte como aquella que deseara Cajal cuando escribía: "Si eres labrador pide a Dios que te sorprenda la muerte plantando un árbol; si escritor, ruégale que te fulmine con la pluma vibrante, reclinado sobre las albas cuartillas, el más bello de los sudarios."



### DON LUIS SANTULLANO

Porque se usa muy gratuitamente, olvidando el alto valor que posee, la palabra "ejemplar" está bordeando ya los linderos del lugar común. Como otros vocablos del idioma, sólo debiera emplearse con la precisión debida, para temblar sirviéndonos de ella, como temblamos ahora al calificar al gran hombre que fué nuestro estrañable don Luis.

Su vida entera fué una lección espléndida, así en las aulas como en el hacer y convivir de cada día; un ejemplo singular de laboriosidad, de sencillez, de hombría y de bondad extraordinarias.

Discípulo y colaborador de don Francisco Giner y de don Bartolomé Cossío, era, por la nobleza de su espíritu, el continuador de la obra iniciada por ellos en la Institución Libre de Enseñanza.

Salió de España por incompatibilidad con el régimen usurpador, y enseguida reanudó sus clases —conferencias, libros, colaboraciones en diarios y revistas—, sin un acento de amargura ni un instante de pesimismo, lleno de fe en los destinos de su pueblo y en un próximo renacer de España.

Los años no consiguieron borrar aquella su sonrisa cordial, alegre, siempre a flor de labios para todos, ni aminorar un ápice el entusiasmo que le llevó a formar en las filas de los que luchan por una vida mejor.

Le encontró la muerte trabajando, mientras trataba, como cada día, de expandir la nobleza de su pensamiento, su joven optimismo, su amor por la verdad y la belleza.

"LAS ESPAÑAS" ha perdido con él a uno de sus más valiosos colaboradores, a un maestro ejemplar y a un entrañable amigo.

SI VE USTED CON SIMPATIA LA LABOR DE "LAS ESPAÑAS". PRESTENOS AYUDA ECONOMICA



# LOS LIBROS



## UNA ANTOLOGIA DE LA LIRICA NORD-AMERICANA

Por Agustí Bartra.  
Ed. Lletres.  
México, D. F., 1951

A la ayuda que la "Fundación Guggenheim" prestó al poeta Agustín Bartra para estudiar en Estados Unidos, ha correspondido éste con un libro de interés extraordinario: "Una Antología de la Lirica Nord-Americana".

Comienza con la voz enorme de Walt Whitman para acabar con los poetas americanos de los tiempos actuales, es decir, de los más jóvenes. Da así toda una historia de la poesía norteamericana: casi todo el siglo XIX y la mitad del XX. Además, para quienes ignoran la verdadera poesía del vecino país, es una llamada de atención a fin de que se enteren cómo en Estados Unidos se produce una poesía de primer orden y para el paladar de los más exigentes.

La traducción al catalán está hecha con un gran celo, con el cuidado casi religioso de que es capaz la sensibilidad poética bien demostrada de Agustín Bartra.

Antes de la selección de versos de cada poeta, Bartra ofrece una nota crítico-biográfica que no por breve es menos sustanciosa y acertada. La de Whitman, por ejemplo, pasa ya de nota para revestir caracteres de verdadero ensayo, pues no se detiene en los datos que pudiesen desembocar en el lugar común, sino que con pincelada certera traza el auténtico matiz y la enjundia cierta de los poetas presentados en su antología espléndida.

Creemos que este libro de Agustín Bartra es una valiosa aportación a la crítica más exigente y al más exacto conocimiento de la poesía norteamericana.—I. E. CALLEJA.

## LA MORT EN FACE

Por Emmanuel Roblès.  
Editions du Seuil  
Paris.

LA personalidad literaria de Emmanuel Roblès es de las que merecen realmente el prominente lugar que ocupa en las letras francesas contemporáneas.

Escritor inquieto y profundo, preocupado siempre por los grandes y eternos temas, logra comunicar a los lectores —con un arte literario de primer orden— las hondas inquietudes que a él le asaltan por causa de una sensibilidad en carne viva.

Nacido en Orán el 4 de mayo de 1914, fué destinado por sus padres a la carrera del magisterio, pero pronto abandonó la enseñanza para dedicarse al periodismo, tentado especialmente por el reportaje.

Ha viajado por la Europa central, el Extremo Oriente y la América del Sur. Su primer libro, titulado *l'Action*, apareció en 1937. Más tarde dió a la estampa otras dos novelas importantes: *La Vallée du Paradise* y *Travail d'Homme*. Animado por el éxito lisonjero de estas obras —y también, sin duda, obedeciendo a su irresistible vocación literaria— lanzó un sensacional volumen de cuentos —*Nuits sur le Monde*— y un nuevo relato de gran aliento y vigoroso estilo: *Les Hauteurs de la Ville*, que obtuvo el codiciado *Premio Fémina* del año 1948.

Su ensayo sobre García Lorca es un modelo de claridad y aguda penetración del fenómeno lorquiano, que revela además el ardiente y sincero hispanismo de Roblès, uno de los escritores que ha mostrado mayor simpatía y comprensión por la causa republicana española.

Su apasionado amor por España y por las cosas españolas se expresa paladinamente en la obra *La mort en face*, de la que hablaremos someramente a continuación, y también en el impulso que le ha movido a ofrecer, en impecables versiones francesas, obras de autores hispanos, clásicos y modernos, como Cervantes, García Lorca y Arturo Serrano Pla. Estimable por todos conceptos es su traducción de *El celoso extremeño* cervantino.

Escritor perfectamente dotado para el cultivo de diversos géneros literarios, Emmanuel Roblès es también un dramaturgo distinguido, cuyas obras enjundiosas gozan del privilegio de gustar e interesar a los grandes públicos y a las que hemos venido llamando "minorías selectas". Su drama *Montserrat* se estrenó con rotundo éxito en el Théâtre Montparnasse. Ha sido traducido y representado en varias ciudades, entre ellas, México. Otras dos piezas teatrales de Roblès llevan los sugestivos títulos de *La vérité est morte* y *l'Age d'Or*.

El volumen *La mort en face* se compone de tres relatos, en los cuales no se sabe qué admirar más, si la fuerza y agilidad de la acción o el impresionante retrato psicológico de los respectivos protagonistas: Macías en *La forteresse*, Miguel en *l'Attentat de la Banque Levasseur*, y Sacal en *l'Hiver est doux à Barcelone*.

Son tres personajes novelescos —pero extraídos de la más dura y lancinante realidad— que se graban con una huella indeleble en la mente del lector. He aquí una muestra del estilo de Roblès —como ésta podría citar muchas más— en el final del relato que se titula *La forteresse*: "El sol venía a su encuentro, enorme y fulgurante, como un tren lanzado a toda máquina, tragándose el espacio, cubriendo todo el cielo, saltando por encima de los muros. Macías lo esperaba con los ojos abiertos, el alma ya abrasada, como esos olivos que se inflaman antes de que el incendio los alcance y los consuma".

Alguien ha dicho —con toda razón— que a cada uno de los tres

protagonistas de este libro se les podría aplicar la frase de Unamuno: "Nada menos que todo un hombre."

Son relatos de amor, de fraternidad combatiente, de honor y de hombría muda y heroica. Porque, según se dice en la solapa de este libro, "lo que cuenta para los españoles, no es perderse o salvarse sino, ante todo, no tratar de burlar a lo Absoluto".

A través de los rostros españoles de Macías, de Miguel, de Sacal y de sus compañeros, se adivina el alma de un pueblo que permanece fiel a esos valores morales, que el mundo actual tiende cada vez más a despreciar o tracionar.—F. P.

## QUATRE CONTES A MUNTANYA

Por Abelard Tona.  
México, D. F., 1952.

"EDICIONS Catalans de Méxic" —Autors Associats— da a la estampa estos cuentos de Abelardo Tona, que fueron laureados con el "Premi Narcís Oller als Jocs Florals de Nova York, 1951".

Como género literario, el cuento ha sido muy explotado por los escritores de todas las latitudes literarias. Algunos lo cultivaron a guisa de ejercicio para emprender posteriormente la novela. Y creemos que eso es un error, puesto que el cuento es una de las más difíciles manifestaciones del escritor, ya que exige, en compensación a sus reducidas dimensiones, gusto artístico y amenidad, amén de una gran precisión narrativa. Abelardo Tona, que conoce tales exigencias ha logrado unos cuentos excelentes partiendo de un motivo esencial: la intimidad.

Cuatro amigos reunidos en el campo cuentan escenas de su vida, aprovechando para ello la gran belleza del paisaje catalán. En sus páginas destacan las grandes añoranzas que de la tierra lejana obsesionan al autor de este libro, al cual felicitamos muy sinceramente.—CEI.

## EL FIN DE LA ESPERANZA.

Juan Hermanos,  
Ediciones Espartacus.  
México, 1953.

A CABA de publicarse en México un libro que hace dos años causó una conmoción en Francia. Desde el interior de España y bajo el seudónimo de Juan Hermanos llegó a Jean Paul Sartre un manuscrito de un joven español que había estado luchando, en la clandestinidad, contra el régimen de Franco. En este manuscrito se pone de manifiesto cómo la gesta silenciosa y angustiosa de miles de españoles que luchaban en el interior contra la más dura opresión, no tuvo en el mundo ni un eco de simpatía, ni la más leve ayuda de los que estaban obligados a prestarla.

El pueblo español, abandonado a su suerte desde el comienzo de la sublevación fascista, se ha quedado solo. Para nada han valido un millón de cadáveres y la destrucción de miles de ciudades y aldeas españolas. Nuestros muertos no han pesado en la balanza a la hora de las compensaciones.

La farsa de la "no intervención" continuó en las grotescas asambleas de la O.N.U. y Franco es el único de los dictadores fascistas que puede jactarse de haber sobrevivido a la última guerra. Nadie en España dudaba que la suerte del "caudillo" estaba ligada a la de sus viejos compadres, sin embargo, todos los españoles hemos visto defraudada nuestra esperanza, cuando el tiempo y las mentiras de una política abyecta y sin moral, que niega su propia esencia, nos han convencido de que esperar de ellos es inútil. Los chalanes de la diplomacia y de la alta política sacrifican a nuestro pueblo. Siendo España el primer país que se alza contra el fascismo es el único que no tiene derecho a la libertad. Quizás los historiadores de mañana no sepan cómo interpretar esta contradicción tremenda y absurda.

El testimonio de Juan Hermanos es el alegato más fuerte, el salivazo más tremendo que ha tirado un español al rostro del hipócrita que decía luchar por los principios más sagrados. El dice: "Y pienso en los jóvenes de otros países. Han estado en la guerra. Pero cuando han vuelto han encontrado flores bajo sus pasos y alrededor sonrisas de muchachas. Les han dado condecoraciones. Los nuestros caen en silencio. No hay para ellos ni monumentos ni banderas. Yo os digo a todos: si os hacéis cómplices de vuestros gobiernos, no merecéis ni las medallas ni las flores, ni las sonrisas de las muchachas. No habéis ganado la guerra si la habéis hecho en nombre de un mundo mejor y permitís lo que pasa en España. Habéis ido como los soldados de otras guerras a recoger flores y condecoraciones. Es peligroso. De acuerdo. Pero es un deporte. No es cierto que os hayáis batido por ideales. Habéis mentido al partir. Habéis mentido en el frente. Mentís todavía en la retaguardia. Hay que preguntaros si vuestros muertos sirven para algo".

Cuando se lee "El Fin de la Esperanza" se comprende bien el porqué de esas voces doloridas que brotan de la nueva literatura española. En un mundo atormentado y lleno de peligros, donde la esperanza es una luz cada vez más distante, la angustia existencial es una realidad positiva y está justificada.

Ahogados en un mundo hueró y sórdido, rodeados de soledad, ajenos a todo eco que levante su propia voz. ¿cómo no perder la fe?, ¿cómo no abandonarse al desespero?, ¿cómo no dejar los últimos arrestos de coraje y valentía? "He aquí —dice al final de su libro

Juan Hermanos— lo que han hecho con todos nosotros, todos esos cochinos unidos: los demócratas de todos los colores y los camisas azules. He aquí lo que han hecho de nosotros: ¡Unos cobardes!"

Si en la lucha por la libertad alguna vez la cobardía estuviese justificada, sólo habría de estarlo en este caso. Cuando después de diez años de constante "poner la vida al tablero", se llega a la conclusión de que es inútil el esfuerzo y la esperanza ha muerto.

No les culpemos desde aquí, en el cómodo exilio, de que sus fuerzas decaigan. Tendríamos primero que hacer examen de conciencia. Y al hacerlo, veríamos que somos nosotros los culpables de que su fe vacile, porque no hicimos nada por mantener enhiesta la bandera de esperanza que desde allí, a gritos, nos estaban pidiendo.

Quisiéramos en estas líneas enviar un mensaje de aliento para todos aquellos que, pese a tanta traición, pese al riesgo que no cesa, pese a los desalentados y pese a la indolencia nuestra y al desamparo en que los hemos dejado, se encuentran en España sin abdicar y continúan todavía la lucha. A ellos les decimos: la vida sigue, la esperanza no ha muerto.—M. B. B.

NUEVO RETABLO. *Por Mariano Granados.*  
Colección "Aquelarre"  
México, D. F.

**D**ON Mariano Granados ha dejado por un momento los libros serios para desenfadarse un poco en las páginas de este *Nuevo Retablo*, que es una serie de aforismos, paradojas, epifonemas y greguerías.

Don Mariano es hombre que parece muy serio por dentro y por fuera. Pero resulta que no tanto. Que también sabe soltarse el pelo humorístico para jugar con los aros de las palabras y buscar el sitio donde se esconde el secreto de la gracia. Así da gusto.

Este libro parece que lo ha escrito casi jugando, o en un momento de decir: ¡Bueno, pues ahí va!

Por lo visto, la cosa fué así: don Mariano se puso a escribir. No le importaba qué. Lo que saliera, ¡caracoles! Y lo que empezó a salirle fué un horrendo libro de leyes. Se asustó. ¿Es que su mano no estaba destinada a más? Arrojó con desesperación la pluma y se fué a dormir. Entonces ocurrió el milagro: la pluma se puso a escribir. Ella solita, sin ayuda de nadie, pian pianito. Y nació *Nuevo Retablo*.

De esto hace algún tiempo. "Este es un pequeño parto de juventud —nos dice don Mariano en unas líneas manuscritas sobre la primera página del libro— y a mí, después del tiempo transcurrido, se me ha olvidado todo, pero todo lo que me ocurrió en el otro mundo. Al resucitar en éste me he encontrado encarnado en un pobre industrial que se gana la vida desnudando al borrego para vestir al lobo".

Este libro tiene cosas para nosotros de chipén. Como por ejemplo: "Aquella chambra sucia fué lo que aquella noche guardó mejor el pudor de ella".

"Como era tan glotona, se comía los besos sin mondarlos y no le aprovechaban".

"La vida es un montón de minutos".

"La flauta entra y sale en la orquesta como una culebra".

A veces flota sobre ciertas líneas una ironía tierna:

"Esos niños pobres que las mamás de los niños ricos alquilan simuladamente para que jueguen con sus hijos; esos niños del sota-banco, esos niños de la portera, ya no podrán ser en lo futuro más que mozos de almacén o porteros o ayudas de cámara. No podrán ser más que eso, o... anarquistas".

Yo sé que don Mariano es de los que no niegan la fuente y que me permitirá poner aquí el nombre cuyo maestrazgo se advierte en este libro: Ramón Gómez de la Serna. Eso no quita que se trate de unas páginas originales y llenas de personalidad. De unas páginas que son como una función de magia literaria.

*Nuevo Retablo* va precedido de un prólogo de Otaola, prologuista a cadena perpetua del *Aquelarre*, y que es como un documental colorido y humorístico de este grupo tan complejo y bullicioso que tanto está dando de qué hablar.—Nobel ANILOC.

LAS TRES CELDAS DE SOR JUANA. *Por Isidoro Enríquez Calleja*  
Colección "Aquelarre"  
México, D. F., 1953.

**C**on motivo del pasado tercer centenario del nacimiento de Sor Juana Inés de la Cruz, Isidoro Enríquez Calleja, nuestro querido compañero de LAS ESPAÑAS y del "Aquelarre" ha publicado el libro, que, desde tiempo, venía meditando sobre la interesante figura de la primer poetisa de América. Sus labores docentes le han dejado espacio para ofrecernos este ensayo bien elaborado y escrito con primor envidiable. Con "Las tres celdas de Sor Juana" pone en evidencia el autor las dotes que posee para divulgar los encantos que encierra la literatura. Reúne para ello dos condiciones esenciales: amenidad y limpieza en la expresión.

Divide Calleja su interesante ensayo en tres partes; las tres celdas, como él las llama de Sor Juana. En su primera parte conduce al lector al paisaje que rodeó la infancia de la monja y de donde surge, inevitablemente, su temperamento. En su segunda celda sitúa el sentimiento: el "amor perdurable que si no se realiza totalmente, es, al menos, la fuente de inspiración de su poesía más acendrada". Y en la celda tercera coloca el conocimiento. De esta forma nos expone con claridad y estilo amenísimo la figura de Sor Juana Inés de la Cruz. Más que un estudio sobre la obra literaria es un acertado análisis de la personalidad. El mismo nos confiesa su predilección: "La poetisa —dice— es más interesante que sus mejores poemas, y su personalidad creadora como tal, nos atrae y la creemos más alta que sus creaciones".

Estudia con mucho detenimiento y claridad el motivo amoroso en la obra de Juana de Asbaje y comenta muy acertadamente: "Si en ocasiones se cohibe débese a los llamados de atención de los clérigos que osaban dirigirla. Eran los suyos arrebatos sentidos manando de lo más íntimo de su ser; y ella sabía bien que iba a provocar los palmetazos epistolares de sus censores".

Critica Calleja —y nosotros pensamos que con razón— a los que llevados por una exaltación sorjuanista tratan de hacérsola aparecer como una mujer de ciencia. Para I. E. C. Sor Juana es un espíritu inquieto que no se conforma con la pura vida contemplativa. Su temperamento y su sentimiento la tienen en constante zozobra espiritual y en continua búsqueda.

Hace una apreciación interesante y sutil sobre su estilo, cuando se refiere al gongorismo de la Décima Musa. Quizás con el rodeo elegante del tropo velaba la monja su temperamento y si así, sus jergas le estaban constantemente reconviendo, ¿qué no hubieran hecho —se pregunta I. E. C.— al escribir con la llaneza de la santa de Avila?

En algo discrepamos de Calleja y es en la defensa abierta que hace del gongorismo. La perfección de la poesía —según nuestro criterio— no estriba necesariamente en conseguir lo complicado partiendo de lo sencillo, como él supone. A veces el camino se recorre a la inversa; se parte de lo confuso y se llega a la claridad, y, sin duda alguna, se consigue una perfección. Precisamente en poesía lo más difícil de lograr es la sencillez; esa difícil facilidad de "las coplas" de D. Jorge Manrique, por ejemplo. Precisamente lo sencillo llega más porque llega a todos. El gongorismo, como cualquier otro estilo complicado y difícil, tiene siempre un radio de comprensión muy limitado. Y eso que hablamos de comprensión, no ya de sentimiento.

Una estética que supedita la idea y el sentimiento a la forma puede tener una belleza técnica innegable, pero nunca podrá conmovernos —por lo menos a nosotros— como la sinceridad de un sentimiento bien templado, que sólo toma de la retórica lo estrictamente necesario. Si partimos de la base que en poesía, como en cualquier otro arte, lo que importa es el fondo, difícilmente podremos aceptar que éste se supedita a la forma, ya que ella es ropaje, lo accesorio, y por tanto debe estar al servicio de lo fundamental: del sentimiento. Cuando la forma es tan complicada y rebuscada como en el gongorismo, el sentimiento queda apagado o eclipsado por ella. Desde ese momento el poema deja de interesarnos como tal poema. Podrá cautivarnos como juego de adivinanzas, como pasatiempo de erudito "amateur", como riqueza de lenguaje, como "bosque tupido de metóforas", pero no precisamente como poema. Para nosotros lo perfecto y lo clásico estriba en el equilibrio de fondo y forma. Ahora bien, si alguno de estos dos elementos debe dominar, nuestra preferencia está en el sentimiento y en la idea poética que indica el espíritu, mientras que la forma sólo señala el oficio, de difícil aprendizaje y de categoría si se quiere, pero tan sólo oficio.

Aunque si bien se mira, esta discrepancia desprende tufillo bizantino. La verdad es inasible y escurridiza y, en esto de la poesía, cada uno tiene derecho a opinar de acuerdo con su propio temperamento. Los valores se miden empíricamente, ya que cada quien tiene los suyos para su uso particular. Pretender limitar o encauzar la poesía dentro de una estética única, sería tanto como tratar de uniformar las voces de todos los poetas para que cantaran a coro. En realidad cada poeta, si lo es de verdad, crea su propia estética.

El libro de I. E. C. está bellamente editado. Lo acompañan tres viñetas deliciosas de Elvira Gascón, en donde lo perfecto de la línea se une a su inimitable gracia.

Lleva un prólogo de Luis Ríos, donde se destaca la personalidad del autor, en un estilo clásico, exento de efectación y lleno de elegancia.

En resumen: una obra de interés extraordinario para los bibliófilos de Sor Juana Inés de la Cruz en particular, y para los amantes de la literatura en general.—M. B. B.

LA LIBRERÍA DE ARANA. *Por Otaola*  
Colección "Aquelarre"  
México, D. F. 1953.

**O**s acordáis de "Unos Hombres"? ¿Recordáis las palabras que Otaola pone en ese libro como advertencia?

¡Nada de meterse en honduras —dice—, de meter la pata en interiores prohibidos! No intento llegar al conocimiento del hombre que está más allá de los huesos, de su cañada. Más allá de sus tripas. Más dentro de su alma.

Después de leer ésto, yo pienso que Otaola ha sobrepasado en mucho esa intención que dice no tener. Porque para mí, y para muchos, Otaola sí se mete en honduras, aunque logra salir a la superficie con el cogollo humeante de aquello de que escribe. Por si hay por las cercanías algún lector de crítica de periódico, diré una de esas frases que les hace caer de espaldas de puro gusto: *Otaola cala fondo*.

Con *unos Hombres* demostró que tenía lo que hay que tener además de saber menear la pluma. Y eso, señores, es duende. Duende y unas cuantas palabras —no hacen falta muchas— bien administradas. Y ya. Lo demás no se sabe.

Ese género del retrato literario, o lírico humorístico, le vuelve loco, y se puede decir que no intenta otro. Aunque de vez en cuando le concede un domingo a la pluma y lanza un prólogo de hechizante lectura. Tiene más prólogos que libros y hasta libros, como él diría, sin prólogo que ponerse. Así va viviendo, también como él diría, por los prólogos de los prólogos, amén.

Otaola, al retratar a *sus hombres* no busca la ficha, la seria y bestial biografía documentada, sino que levanta su teatrillo de suposiciones, un poco con el gesto pícaro del niño que al dibujar tapa

con una mano su inocente obra para hacerla más intrigante. No se trata de hacer trampa, sino de jugar un poco. Otaola dibuja *esos hombres* sin caricaturizar, sin alargar cabezotas o narices. Con un gesto perdido, o un guiño pescado en un momento fugaz. Con cualquier cosa. Pura magia. El dice: *Descarto el rigor biográfico porque de eso no entiendo una palabra. No sé dónde se vende, se alquila o se regala el método.*

Este personalísimo escritor deja, pues, que se pudra la vieja solterona Doña Razón y se va a retozar por los prados ovejeros, del brazo de la pizpireta señorita Fantasía.

Ahora, en *La librería de Arana*, se trata también de unos hombres. De unos hombres y unos lugares. De unos hombres y unas situaciones. De unos hombres y otros hombres.

Y estos hombres son los que vinieron de España después de que callaran los enjambres de balas para dar lugar a un devorador silencio, que también el silencio mata. Los que entraron al túnel del exilio para salir a otros suelos y otros cielos y allí ofrecer las manos. Ofrecer las manos para amasar el pan, manejar una máquina, usar la pluma o el pincel, o vender libros por esas calles de Dios, y hasta por esas calles del Diablo.

Esta es la novela de los españoles después del viaje.

El episodio o la anécdota sólo valen aquí para aumentar el poder evocador. El autor dice que en ocasiones la Librería de Arana es para él —y para sus lectores— una tartana en poético viaje ideal por apartados pueblos de España.

Una nostalgia grata perfuma este libro. Una nostalgia que es como un generoso vino que sube con dulzura a la cabeza y la florece de escenas de niñez y juventud.

El recuerdo de Madrid... De Burgos... De Segovia (¡Qué humana, qué bellamente profunda es esa carta a Anselmo Carretero!)... De Alicante... De... de todo el nervio vivo de España...

Pero no sólo de nostalgia vive el hombre y los que nos cuenta este libro podría muy bien titularse: *Las mil y una aventuras de los refugiados españoles en México.*

Si Azorín y Ortega siguieron las rutas de unos personajes, Otaola sigue en realidad la ruta de una librería, la Librería de José Ramón Arana, afincada en todas partes y de techo viajero.

Otaola pasa, al ir tras esa librería, por muchas partes: calles, Cafés, el Ateneo Español de México o cualquier casa particular.

En esa romántica trotamundia va recogiendo los múltiples ángulos de la emigración republicana española en estas tierras.

A veces es la sombra, la lenta sombra fecundadora de poemas melancólicos, que arrastra el poeta Pedro Garfías. O los caninos zapaticos de Carlos Pittaluga. O el vegetalismo heroico del chapliniano Francisco Pina. O el ventarrón poético y profético de León Felipe. O la cabalgata a lomos de Clavileño de los jóvenes escritores españoles. O esos seres dramáticos, serios o graciosos que pueblan el Ateneo Español. O esas peñas de Café en las que el arte de los toros y el futbol se mezclan a esa tan zarandeada vida privada ajena.

Una pequeña Comedia Humana que a veces es la Tragedia Humana.

El libro ya ha armado su revuelo. No han faltado agrios comentarios sobre una inocente broma que va como caramelo de regalo con cada ejemplar. Se reprocha también a Otaola haber hecho un libro *demasiado íntimo*. ¡Dios mío! ¿Así andamos a estas alturas? Lo que el buen lector exige siempre del escritor, ¿qué es sino la sinceridad, la intimidad, la verdad, aunque sea una verdad pequeñita?

¡Claro! *La librería de Arana* es una especie de maravilloso retablo de Maese Pedro, y no falta algún desafortunado que creyéndose un Quijote quiere destruirlo a mandobles de la lengua.

Que gaste sus energías en otra cosa, y así tal vez logre tener coche y casa propia. Porque este libro humorístico y humano tiene ya su lugar en la biblioteca del tiempo.—*Alfredo LUNA.*

LA BOMBA INCREIBLE. *Por Pedro Salinas.*  
Editorial Sudamericana.  
Buenos Aires, 1950

PEDRO Salinas fué, y a mucha honra, un profesor. Rara manera de comenzar una nota de libros; mas parece ser que entre algunos "críticos a la violeta" se hizo manía el ataque velado hacia el escritor que también dedica sus afanes a la nobilísima tarea de la enseñanza. Como si el ser maestro constituyese alguna impedimenta para manejar la pluma como los ángeles. Sería igual que obstinarse en regatear calidades a un poeta porque se ganase la vida haciendo zapatos, o apacentando cabras como Miguel Hernández. Lo malo, amiguitos los pontificadores, no está en ser maestro de escuela —España no pagará nunca ese desdén—; lo peor es que el escritor petulante no pase de ser lo que él llama un "maestro de escuela". ESO lo serán el limitado pintor, el incapaz ensayista, el etcétera, etcétera, tan miopes, tan miopes, que en lugar de atraerse al público ávido de curiosidades, lo rechazan con una disimulada exigencia; rechazo que es miedo a la crítica, y cuquería para pescar en el río revuelto de la mediocridad... Obtienen un generoso y lamentable perdón los de la consigna, pero se hundirán —por su plomo— todos los demás.

Pedro Salinas escribió una NOVELA: "La Bomba Increíble". Y precisamente por haber tenido el rigor y la gran exigencia del "profesor", la llamó modestamente "fabulación". Marcado contraste con la ligereza de quienes emplean la palabra sacramental de la literatura para denominar pequeños desahogos narrativos.

"La Bomba Increíble" es nada más, y nada menos, que toda una profecía del porvenir en un "Estado Técnico Científico", del corte alegórico del "Mundo Feliz" de Huxley. La "fabulación" de Salinas, a nuestro parecer y salvando las distancias convenientes, supera en algunos matices a la novela de Huxley. En éste soplan vientos de sátira y de polémica político-social, puesto que es una ligera burla

del marxismo; mientras que en Pedro Salinas hay un profundo sentido del humor y un lirismo torrencial.

La dominante está en que la bomba venga a significar el corazón de una Virgen traspasado por todas las espadas del dolor humano. Los ayes angustiosos que a borbotones se escapan del artefacto terrible son como las protestas duras de todos los caídos en los campos de batalla por defender unos intereses que nunca entendieron bien. Y las quejas de esos muertos innumerables se van clavando en las conciencias del "Estado Técnico Científico" y hasta en los cerebros de los sordos del mundo entero. Es un terrible dolor que llega a enloquecer a los ciudadanos que huyen en busca de otros países menos avanzados, menos técnicos, pero más humanos y en pleno y libre dominio de la sensibilidad.

Y cuando todo es caos y terror, una mujer, salvada para el amor, se abraza valiente y decidida a la bomba increíble y acalla "las siete vocas surtidoras del plañir". Quiere decir Salinas que precisamente del lado cordial, lograrán los humanos su salvación, creando "una humanidad donde morir jamás le viniese al hombre de mano del hombre: sólo de la voluntad de la Muerte. Hacia un mundo sin el ¡¡ay!! del Abel".

El fino humor de esta maravillosa "fabulación", radica en ese hallazgo feliz, afortunado, de la "paz dinámica", —que se apliquen el cuento UNOS y OTROS— tremenda y maquiavélica evasiva para "hacerse migas" todos los imperios que luchan por una hegemonía política o económica. Así como de refilón, presenta el libro sesiones de Cortes, hueros discursos de jefes de Estado, que hablan de una paz de engaño para desvanecer la inquietud de los inocentes que, de verdad, sueñan con una vida mejor, lograda por el amor y la fe.

Qué lástima que la muerte prematura haya segado una existencia que, desde el ángulo de la producción literaria, hallábase en ubérrima madurez. Había encontrado Pedro Salinas, en su última época, el estilo natural, sin menoscabar en nada su poético decir y tampoco su inefable expresión de catedrático. Porque el gran escritor que se nos ha ido para siempre, fué un poeta en las aulas y un indiscutible maestro en las páginas de sus libros...

Y todo sin envidias, rencores ni complejos de clase alguna, sino con una fuerza creadora inagotable y dominando siempre el misterio de la palabra hablada y de la expresión escrita.—*Isidoro ENRIQUEZ CALLEJA.*

MOSEN MILLAN. *Por Ramón Sender.*  
Colección "Aquelarre"  
México, 1953.

HUBO un tiempo en que se dijo repetidamente que Ramón Sender era el valor más positivo de la juventud literaria española. Ningún otro escritor de su promoción tenía, en efecto, un acento tan personal y sincero como el suyo, ni ese vigor de estilo y de pensamiento que imprimían a sus obras un sello inconfundible.

Surgido al mundo de las letras en un momento en que imperaban en España la chabacanería, por una parte, y la frivolidad, por otra —cultivada esta última por unos cuantos mixtificadores que no tenían nada propio que decir— Sender dió desde el primer momento la sensación de ser un escritor auténtico y extraordinariamente bien dotado. Y no sólo esto —con ser mucho— sino también un hombre de temperamento rectilíneo, incapaz de halagar a todos los Segismundos, para salir así de esa vida estrecha y miserable —en el aspecto económico— que ha sido siempre en España, y suponemos que ahora lo será más todavía, el calvario de todos los escritores de cierta envergadura.

Un talento fuerte y original, una sinceridad insobornable y una pasión decidida por la justicia fueron los tres rasgos más acusados en la obra primeriza de este novelista. Cualidades que se hallaban presentes en todas las obras de su primera época, pero muy especialmente en *Imán*, que, como es sabido, fué la revelación de Sender como un novelista de primera fila. Novela inolvidable, verdaderamente excepcional, cuyo vigor descriptivo y cuya sobriedad preñada de sustancia cautivaron a miles de lectores de diversas nacionalidades. Hay que decir sin embarazo que este relato es de lo mejor que se ha escrito sobre la guerra. Porque *Imán* no es solamente un buen reportaje como *Sin novedad en el frente*, ni una obra recargada de retórica —aunque retórica buena— como *Hombres en guerra*, de Andreas Laztko, ni un relato adornado con hondas bellezas humanas y literarias como *El fuego*, de Barbusse. Es un poco de todo eso y algo más: la visión penetrante y estremecedora de un hombre sencillo ante la locura colectiva y la barbarie desatada. La reacción más viril y la protesta más robusta que se produjo en aquel tiempo contra esa estúpida matanza que supone siempre una guerra, ya sea grande o chica. Y ello sin un grito desgarrado, sin una frase enfática o ampulosa, con esa severidad entrañable con que se produce el hombre español en los momentos decisivos de la vida.

Sender nos ofrece ahora en *Mosén Millán*, su última obra, un relato de gran hondura dramática, en el que se ponen de relieve las mejores cualidades de este celebrado y discutido escritor. Dentro de su relativa brevedad, *Mosén Millán* es una obra de madurez, escrita en un estilo que apasiona por su fuerte sobriedad y con un pleno dominio de la técnica novelística. Y no solamente eso, naturalmente, ya que en estas páginas puede apreciarse algo mucho más importante que el simple oficio de narrador, por muy depurado y hábil que sea. Me refiero al estupendo trazado psicológico de los personajes y a la vigorosa recreación de un ambiente rural lleno de encanto en su elemental y poética simplicidad.

A través de los amargos —y más que amargos, dolorosos— recuerdos de mosén Millán, va surgiendo y tomando forma la noble y enteriza figura de Paco, el protagonista de este conmovedor relato

escrito con una pasión contenida, pero que no por eso deja de sacudirnos el alma con la violencia de un vendaval.

La tremenda evocación del sacerdote que se convierte en delator por debilidad de carácter, ensamblada a los fragmentos de romance que canturrea el monaguillo, nos va dando a lo largo del relato la vida entera de "Paco el del Molino", un hombre honesto y cabal, de corazón generoso, sacrificado prematuramente por la sevicia franquista.

Sender se nos aparece una vez más en esta obra como un representante genuino del humanismo de nuestros días. Y después de algunas incursiones por campos novelescos un tanto ajenos a sus apremiantes exigencias temperamentales, vuelve ahora —con este patético *Mosén Millán*— al tipo de novela que lleva en sus entrañas y que le ha proporcionado los aciertos más rotundos y perdurables.

Podría decirse que *Mosén Millán* es una novela de la más vieja, noble y pura cepa española. Tanto, que a fuerza de serlo, puede llegar a tener un claro valor de universalidad.—F. PINA.

ROMANCES DE LA VOZ SOLA. Por Nuria Parés  
Gráfica Panamericana  
México.

**A**PARECIÓ una muestra de la callada labor de Nuria Parés. Pero no por silenciosa esta labor menos interesante. "Hay unos seres callados que buscan poder decir de alguna manera lo que ocurre, lo que sucede en la sombra". Así le dice León Felipe, prologuista del libro que nos ocupa, a la autora. Y así, calladamente, en soledad, Nuria Parés teje sus poemas y nos da a conocer su voz atormentada, porque le parece que no encuentra el ritmo justo y el acento a su canción. En el desespero sosegado, en la búsqueda constante de su tono más íntimo, logra Nuria Parés poemas de una delicadeza admirable.

*"Esta voz, que no es mi voz,  
con la que hablo y me río,  
que habrá de seguir en mí  
y habrá de acabar conmigo,  
esta voz que no es mi voz  
que está robándole el sitio  
a esa voz que yo me sé..."*

El desespero casi místico de Nuria Parés de no hallar el tono propio para lo que nos quiere expresar, la lucha constante por decirnos su mundo, es la característica esencial de sus romances. Y es injusta consigo misma, por el anhelo de perfección, cuando se reprocha:

*"Faltas de luz mis palabras  
van anegándose en ritmo  
con un jadear penoso  
que sabe de su vacío  
y el momento está esperando  
no sé que matices tibios  
que hagan abundar mi palabra  
por senderos de infitos..."*

De tener que reprocharle algo, no sería precisamente esa falta de claridad —de luz— en sus poemas de que ella, injustificadamente, se acusa. Precisamente lo que de su poesía más nos cautiva es su limpieza; esa nitidez luminosa que desprenden sus versos. Si tuviéramos que buscarle peros a este libro, no sería por el camino de su claridad por donde habríamos de buscarlos, sino por otras veredas. Tal vez porque en algunos de sus últimos poemas se escuchan ecos de otras voces, mezcladas a la suya, y nos la empañan. Si Nuria Parés dejara de escuchar estos ecos para concentrarse en la voz que nos muestra en el comienzo de su libro, lograría entonarla clara y luminosa, sin necesidad de contracanto, para decirnos mucho de lo que lleva en sí.

En resumen: con un prólogo poético de León Felipe y varios dibujos de Héctor Xavier, Nuria Parés presenta veintiséis poemas en los que da fe de una sensibilidad tierna y entrañable.—M. B. B.

RAIZ DE LAS HORAS. Ramón González-Alegre Bálgora.  
Ediciones Espadaña  
León, 1952.

**N**os llega este libro de poemas desde la "humilde soledad de la provincia" de España. Parece como si esta soledad, hoy más intensa como Victoriano Cremer en su estupendo prólogo nos dice, hiciese necesario en los hombres balbucir su angustia y gritar tanta desesperanza. Porque esto: angustia, desesperanza y grito es lo que reflejan la casi totalidad de libros que desde allí nos llegan.

Quizás nunca —ya lo dijimos en otra ocasión— se ha dado en España una floración tan extensa de poetas como en esta época. Y es que el dolor de la vida, de la durísima vida diaria, es tal vez la mejor semilla para acrecer la sensibilidad, para entonar cánticos y quejas; dolorosas elegías al tiempo ido o al tiempo presente. Este tiempo que se nos antoja —cada vez más— como un gran fracaso. En este clima especial que hay en España las sensibilidades más despiertas han de recoger hasta el eco del viento. De ese viento que nuestro poeta de hoy respira cargado de enemistad y de odio y que le llega de cerca, de allí mismo. Nos dice:

*"El aire tiene una voz de enemistad,  
y nos envía un mensaje interminable,  
un mensaje que no recogerán estrofas rítmicas..."*

Tal vez por esto González-Alegre ha procurado quitarle musicalidad y ritmo a sus poemas, dejándonos sólo lo desgarrado y angustioso. Sus versos están desnudos y el dolor se muestra en toda su aspereza. Con esa acritud dura y tremenda del fuerte dolor sin esperanza. Porque el dolor, el auténtico dolor, no se canta, se grita y "Raíz de las Horas" es un grito; un grito más en ese coro desgarrado, donde la vida no tiene más que un sabor amargo que se sorbe, a veces lentamente como las horas; o a veces muy aprisa, como las horas también.—M. B. B.

LOS HIJOS DE MAXIMO JUDAS. Por Luis Landínez,  
Barcelona. Sin fecha.

**Q**UE la lectura de una novela distraiga y no pese; he ahí el gran secreto de un buen novelista. Por encima de las preocupaciones estilísticas ha de estar la de mantener vivo el interés de los lectores. Y la novela de Luis Landínez logra cautivarnos desde sus primeras páginas.

Campean en "Los Hijos de Máximo Judas", dos cosas fundamentales: una elegante sencillez al narrar y un acierto nada común en el trazo de sus personajes. A ninguna de éstos se le pierde nunca la pista del carácter por cómo tiene de bien agarrados el autor los hilos de la trama novelesca.

El drama rural que en los últimos lustros ha inquietado a los literatos españoles de todas las latitudes peninsulares, obsesiona también a este joven novelista: esa leyenda amasada de cainismo, tan maravillosamente estudiada por Unamuno en "Abel Sánchez"; por don Antonio Machado en "La Tierra de Alvar González" y por Camilo José Cela en "La Familia de Pascual Duarte"...

La fatalidad en cada personaje de Luis Landínez, es respetada por él de modo atento, y hay pasajes de su novela en que podemos evocar claramente hechos bien sabidos por cada uno de nosotros. Se desencadena la tragedia por la desmedida ambición de una mujer que, presa de un fuerte atavismo secular, no repara en pelos para lograr sus fines siniestros, aunque para ello tenga que morir la mitad de su pueblo. Esta Hilaria, de carácter sombrío, lleva a los demás, en el torrente de su morbosidad incontenible, a la desolación y a la muerte.

No es ni más ni menos que el clásico ambiente caciquil español que todo intenta resolverlo por medio del dinero sobornador. Y a lo largo de esta dramática novela no existe un amor puro que pueda salvarse, hasta acabar ardiendo en las llamas de la choza de un pastor de virilidad extraordinaria, luego de haber sido asesinado a golpes de hacha mientras dormía y en presencia de un niño que lo admira y que también muere abrasado cuando

*"las cabrillas altas iban  
y la luna rebajada".*

La novela de Landínez tiene aire de romance antiguo y de realidad moderna española, porque el crimen se halla a la orden del día.

Con el amable permiso de ciertos demagogos que involucran la verdad literaria con el prejuicio político, queremos afirmar que en España, entre los treinta millones de españoles, están surgiendo escritores de todas clases y tendencias —incluso de verdadera talla—, y que algunas de estas novelas desgarradas, aunque sea por excepción —pero ya es algo—, constituyen el más terrible alegato en contra del actual régimen que la oprime y la esclaviza.—CEI de LARA.

HEROE DE PAZ. Por Juan Antonio Cabezas  
Colección "El Elefante Blanco"  
Madrid.

**Q**UIÉN no recuerda la agradable lectura de "Clarín, un provinciano universal", de Juan Antonio Cabezas? Ya entonces —1936— paladeábamos la prosa limpia de un escritor con la justa conciencia de lo que es escribir.

Hoy se nos presenta como novelista. Y aunque prefiriésemos al excelente crítico y biógrafo, estamos forzados a aceptar abiertamente que "Héroe de la Paz" es una novela de arriba abajo. Verdad es que está sujeta a los cánones de una novelística que para nuestro tiempo carece de garra; pero es una aportación directa, en el tema, a la historia de nuestras luchas actuales.

Se entretiene excesivamente Juan Antonio Cabezas en la descripción del paisaje, hasta hacer monótona la narración. Mas, ¿qué remedio, si el escritor es un asturiano y, sobre todo, si la descrita es Asturias?...

La última guerra civil española ha sido pródiga en tipos de extraordinaria autenticidad. Así y todo, esos tipos tan recios no han encontrado sus verdaderos cantores, de ningún lado. Han quedado por ahora desaprovechadas unas ricas sugerencias que hubieran logrado la novela universal. Nosotros exceptuamos del lado del republicanismo peregrino, el libro espléndido y definitivo de Arturo Barea, que a estas fechas parece ser la sensación mundial.

Juan Antonio Cabezas, no obstante su manifiesta timidez, ha dado con uno de esos tipos: Damián, que vuelve de la lucha cainita para rehacer su vida en la tierra de sus mayores, sin la solución del emigrante. Vuelve con el alma anegada en presentimientos y cuajada de congojas. Al llegar a su caserío de Pidroba lo halla todo piedra sobre piedra, y en lugar de abandonarse a un pesimismo improductivo, saca el pecho hacia adelante y se plantea un problema más heroico que el de la guerra: sembrar otra vez el campo para obligarlo a dar nuevos frutos, aunque la tierra esté abonada de cadáveres cuyos huesos él ve asomar apenas se hunde su arado. La tarea es dura, pero pronto se topa con el estímulo de un gran amor que hace menos penoso sus trabajos de campesino ejemplar.

La peripecia esforzada de Damián se va bordando en la urdimbre de leyenda de un herrero con implacable espíritu de venganza, que es la pesadilla del héroe. El herrero se acaba y el paisaje sonríe sin temores. Al desvanecerse todos los presagios, el grito de felicidad de Damián y Sara, resuena en los valles asturianos, para que el autor, con un admirable tono bucólico, pueda acabar: En todos los valles del Sella, desde los Picos de Europa hasta el mar, las abuelas contarán a sus nietos la nueva conseja, folklórica y ejemplar, del viejo Chili, el herrero, cuya alma purgaba sus crímenes hecha luz errante y sin paz. El hilo de oro de la fantasía se devanará en torno al molino. El herrero y la molinera serán personajes de una leyenda perdurable, destinada a vivir tanto como los ríos y las montañas.—Ceí DE LARA.

CON UNA MANO EN EL ANCLA. *Poemas. Por César Rodríguez Chicharro. México, 1952.*

ESTE libro de poemas de César Rodríguez, aunque tiene por característica una destilada tristeza y, en ocasiones, ciertas gotas de cordialidad, no escapa a ese sentido de la angustia que acongoja a todos los jóvenes de nuestro tiempo. Hay momentos, demasiados, en que el poeta no le ve la salida a este mundo y todo se le antoja soledad, una soledad desesperante y nihilista poco en consonancia con el audaz ímpetu de la sangre moza. Pero ello no quiere decir que sus problemas no estén poéticamente bien resueltos. Tiene poemas logradísimos que engolosinan el paladar exigente, como el "Monólogo":

"Hemos tocado en la puerta del corazón del hombre y el hombre no ha querido escuchar nuestra llamada."

Se presiente un poeta pulcro al que nosotros aconsejaríamos que dirigiese los tiros de su lírica hacia una alegría humana y una mejor comprensión entre todos, pues si los poetas no nos dan la pauta de un mundo mejor, ya podemos tumbarnos en la gran modorra de la degeneración espiritual reinante.—Ceí DE LARA.

CHARLES CHAPLIN, GENIO DE LA DESVENTURA Y LA IRONIA. *Por Francisco Pina. Colección Aquelarre. México, 1953.*

NUESTRA manguada humanidad, cada día más mediocre y más vil, se ve de pronto salvada de su bajeza por un hombre. Un siglo es Buda y otro Sócrates. Una ocasión es Miguel Ángel y otra Goya. Un día es un Dante, y al siguiente un Cervantes. Puede llamarse Shakespeare o Charles Chaplin.

La figura grotesca del hombrecillo del hongo y el bastón crece a medida que se la estudia, más conmueve y atrae mientras más se le ve, mejor se comprende su ejemplo al analizar más detenidamente su obra. Frente a él vemos sometida a prueba la resistencia de nuestra máquina de sentir. Seguir con éxito a Chaplin por todo su enrevesado itinerario es tanto como haber acreditado dotes sobresalientes de agilidad de espíritu. Porque en cualquier trance recorre tan enormes distancias —del supremo patetismo a la extrema comicidad— que sólo un espíritu de su misma calidad puede seguirle cabalmente en sus magníficas piruetas.

Francisco Pina se acercó a su tema con amor y nos dió un libro digno de su tema. Es su primer acierto el despreciar los lances cotidianos, la vida diaria parecida a la de un varón cualquiera, y no hacer de su trabajo una estricta biografía. Casi podría decirse que no nos importa lo que le ocurre a Chaplin, cuando tenemos ochenta y tantas geniales muestras de lo que se le ocurre. Nada nos interesa la vida exterior de quien tan generosamente ha compartido con nosotros su espiritual intimidad. Pina comenta, glosa, analiza, no la anécdota chapliniana, sino su significado y trascendencia.

Si criticar se llama destroz con feroz escalpelo un organismo —o una vida— para encontrar, por fin, que no encontramos el espíritu en ningún órgano, Pina no hace crítica en su libro. La crítica se encuentra impotente ante la gracia. La razón lo explica todo, excepto la esencial y más precioso: el salto a la vida aparte, la diferencia por la cual una obra resulta una y única. Y aquí encontramos la gracia de Pina y su acierto: dar forma a ese salto, enlazar la razón con esas nebulosas regiones en las que danzan gnomos y genios. No criticar, sino comentar con profundidad, analizar con pasión la obra y la conducta de su hombre-tema.

Pina organiza en teoría —en graciosa teoría de danzarinas griegas— la obra de Chaplin, que es como una cadena de momentos atrapados al vuelo, salvados de la vulgaridad de la vida diaria, para exprimir de cada uno su magnífico contenido de belleza. El autor de *Chaplin, genio de la desventura y la ironía* nos hace palpar en sus páginas el talento de Chaplin para hacer cristalizar esas silenciosas corrientes del espíritu que afloran de pronto a la superficie con una mueca de risa, antifaz de un dolor lento, que se fué acumulando en su larga peregrinación por la entraña oscura.

Se ve en el libro de Pina cómo es Chaplin, el hombre dramático, que mejor sabe sentir el rubor de su tristeza. Cómo, para ocultarla, se pasa la vida inventando deliciosos trucos. Nos dice que su vida es un penoso alambre tendido que debe cruzar sobre un mar de ojos atónitos. Se nos hace más patente la lección del hombre de los terribles zapatos: la ignorancia del odio. Cuando pierde en la lucha, se limita a cubrir de luminoso confetti a los felices, mientras, sin odio, sin otro bagaje que su propia derrota, se vuelve a su mundo aparte, a su implacable soledad por un momento interrumpida.

Del cómico admirable, del mimo genial, hace Francisco Pina el hombre de nuestro tiempo, el varón en su perfecta y ascética so-

dad, lección perenne de una vida ensimismada; exaltación del hombre generoso hasta la sublime ridiculez, que en cualquier trance se lanza a ofrecer su ternura a cuantos cree miserables, a fundir su amorosa humanidad con todo aquel falto de amor. En un maestro de la vida, en fin.

Con amor fué escrito el libro de Pina y con talento y con gracia. Iluminada cada una de sus páginas con la viva llama de una generosa admiración, que es —entre otros— su más grande y humano valor.—M. D. M.

LOS NIÑOS, LAS NIÑAS Y MI PERRA. *Por Alvaro de Albornoz y Salas. Colección "Aquelarre" México, 1951.*

CON el signo de la Colección Aquelarre asoma sus narices de color caramelo esta nueva obra *alvarística*.

—Anda, sácame un retrato, ¿sí?

¡Click!

Trescientas y pico páginas de humorismo ágil y volatinero. Humorismo de paradoja, punzante, de *in vitro* e *in vivo*. De esos humorismos que calan, más que en la carne de los personajes, en la del lector, atrapado en esta trampa con envoltura de golosina. En *Los niños, las niñas y mi perra*, Alvarito se agazapa en el fondo de cada página para clavar el estoque en el morrillo del lector sesudo y pe-rgrullesco. Menos mal que esa herida va acompañada del consolador murmullo de una canción infantil:

—¡Lero, lero, aquí te espero,  
comiendo buevo,  
con la cuchara  
del cocinero!

Humorismo cruel, tal vez un poco demasiado cruel, pero de buena madre, de esos humorismos que nacen y se fecundan a la sombra del árbol de los melones (o sea donde nace y se fecunda el disparate). Humorismo *cruelito* —como diría el autor—, pero suavizado con la presencia de buena poesía...

—¿Algún día dijo poesía? ¿Quién?

Yo. Y lo digo basándome en las siguientes palabras de Ramón Gómez de la Serna:

Yo me disfrazo de humorista para que no me coman los hombres serios.

Tal vez Ramón quiere decir con esto que él es un poeta disfrazado de humorista. Alvarito parece pertenecer a este grupo de humoristas poetas y lo demuestra en párrafos como éste:

Por esa misma época, Trinidad tuvo grande afición y fina habilidad para modelar en bajorrelieve, sobre las húmedas, saladas y tenues arenillas de la playa cantábrica de sus vacaciones estivales, las formas suavemente delicadas de piernas expresivas de mujer; piernas que siempre terminaban allá donde las medias se terminan cuando son bien llevadas: en la mitad del muslo.

Desde entonces él tiene esta preocupación: que cuando una de sus piernas se le duerme, se le queda becha de arena de mar, y que al despertarse —el despertar de una pierna dormida tiene para Trinidad unos desperezos que son como vibraciones de cuerda de guitarra— se le va a ir desmoronando, desmoronando, hasta desbacarse del todo y quedarse sin ella.

Párrafos como éste abundan en el libro de que hablamos. Son pinceladas emotivas, sutiles y sugerentes, con ese *duende* del humorismo, tan difícil de atrapar, que se llama *matiz*.

Los niños que por aquí pasan están descritos con una agudeza que da miedo. Aquí se ve cómo son en realidad los niños. No olvidéis que el niño es el boceto del hombre, la yema de un árbol espantoso llamado *humanidad*. Que el niño es *ese* que dentro de unos años os llenará el campo de letreros u os partirá el cráneo de un bombazo.

Tal vez esa advertencia y ciertas malicias demasiado repetidas sean, a nuestro ver, la única falla del libro. Menos mal que estos pasajes un tanto duros se hacen más tragables gracias al humorismo poético de Alvarito.

En suma, un libro para irlo leyendo con calma y para sonreír de verdad, para levantar de vez en cuando la vista y decir:

—¡Qué bien está esto!

Y de la perra, ¿qué?—José de la COLINA.

ECONOMIA Y FINANZAS DE ESPAÑA (1939-1951). *Por Félix Gordón Ordás. México, D. F., 1952.*

ENCONTRAMOS en esta obra —que tiene por base las conferencias pronunciadas por el autor en el Ateneo Español de México— un estudio de conjunto —el más completo que conocemos— de la economía española desde la terminación de la guerra hasta el principio de 1952.

Gordón Ordás ha reunido en este volumen resúmenes estadísticos del más alto valor informativo. Los aspectos económicos y financieros más importantes de la vida española aparecen registrados en cifras obtenidas por el autor de un abundante material informativo, que comprende publicaciones oficiales u oficinas, memorias de bancos y sociedades, estudios y datos de revistas técnicas y otros informes.

Basándose en estos datos y comentarios, el autor nos muestra con gran claridad un panorama completo del proceso económico de España en estos años de dominación franquista. Las cifras, traducción de hechos, revelan al lector la triste verdad de una producción agrícola inferior a la de 1936, que ha de alimentar a una población mayor

que la de entonces, la elevación del costo de la vida muy superior a la de los salarios, la disminución del rendimiento de los trabajadores que, además de a los factores psicológicos y a las deficiencias de alimentación, se debe a los anticuados métodos de trabajo y al equipo viejo y en malas condiciones. Se registran también en cifras el estado de los transportes, la producción industrial, el movimiento comercial y el problema de la escasez de viviendas, además de otros aspectos de importancia.

La comparación de los presupuestos de la nación en los diferentes años hace ver cómo se han orientado más al mantenimiento del tinglado de dominio y represión que al fomento de las actividades económicas y culturales.

El autor analiza las actividades bancarias con datos que revelan la situación de los bancos en medio del panorama general de pobreza. Estudia también el problema de la inflación, los cambios, el déficit entre retribuciones y costo de la vida y la corrupción que viene aparejada con este estado de cosas.

No faltan en este libro comentarios favorables para algunos esfuerzos que al autor le parecen bien orientados, ni deja de consignar, a fuer de imparcial, las cifras que en algunos, aunque pocos, renglones muestran un mejoramiento con respecto a situaciones anteriores.

Con gran acierto señala el autor los enormes gastos dedicados a la creación de industrias de muy gran volumen, cuya finalidad parece más bien política o de propaganda, que estrictamente económica, y los ensueños de "los proyectistas impenitentes que no piensan más que en paraísos artificiales"; como también llama la atención sobre los públicos desahogos de los personajes del régimen que siguen el estribillo de acusar a la República del mal estado de tal o cual rama de la economía, tras de lo cual pasan un velo ocultando la realidad actual para acabar citando los grandes proyectos del régimen.

Al estudiar, al final del trabajo, el panorama de la juventud actual de España, destaca en ella el "hambre de libertad y las posibilidades de llegar a una reconciliación nacional", al hablar de los hombres nuevos que, "hostiles al régimen en que crecieron y a sus vergüenzas", y "ansiosos de vivir una vida de libertad que apenas entrevieron en la infancia, constituyen el núcleo más vigoroso y esperanzador para el porvenir de la patria. Tal vez ellos son ahora el fermento espiritual que está creando una nueva posición ante la vida y sus problemas".

Este libro, por su gran acopio de datos, su clara ordenación y su objetividad, es un documento de valor inestimable para el conocimiento de la realidad económica de estos tiempos en España. Cuantos fuera de ella vivimos sus problemas, con intensidad y cariño que la distancia aumenta, tenemos en el libro de Gordón la información real que necesitábamos. Y los que viviendo en España estas realidades económicas, tienen una visión incompleta por falta de informes, o tendenciosa y deformada por la propaganda o falta de crítica, pueden lograr con la lectura de estas páginas la información amplia y veraz que, con desprecio de sus derechos ciudadanos, les fué negada. De aquí que los ejemplares llegados a nuestro país hayan alcanzado un éxito tan grande.

Presta este libro un servicio señaladísimo. El gran esfuerzo requerido para su elaboración no ha sido en balde y ha servido para hacer más claro y provechoso el conocimiento de nuestros problemas económicos.—Manuel DIAZ-MARTA.

ARAÑAS EN LA CABEZA (VISIONES DE UN BICHO). Por Manuel Pomares Monleón. Editorial "Pomber". Veracruz.

MUY errado anduvo ese que creyó que el humorismo es para reír. El humorismo no es para reír ni para llorar. Es una manera de ver.

El humorista tiene que aprender a ver las cosas sin que las cosas le vean a él, sorprenderlas en su gesto íntimo, dejarlas en calzoncillos y abrirlas en canal sin ninguna conmiseración.

A desengañarse: no llegaremos nunca al misterio de nada. Lo más que lograremos es despeñarnos contra su pared. Pero hay que estrellarse con gracia, procurando que haya el mayor desflecamiento en la caída.

*Arañas en la cabeza*, de Manuel Pomares Monleón, está escrito así: llegando con valentía ante los riscos del disparate y dándose de cabeza contra él. Sólo así, con la cabeza abierta como un melón, se puede llegar a la mayor humanidad descubridora de segundas verdades. Sólo así se salva uno de estos lobos con traje sastre que nos van mordiéndolo poco a poco. (¿Que quiénes son? ¡Cualquiera sabe!)

Este libro ha sido escrito como una venganza contra esas *naderías* que consumen nuestra vida. Se llora la muerte de una amigable y cotidiana mosca, se critica con una burla a esos tipos —ayer nuestros amigos— que nos miran por encima del hombro porque no tenemos refrigerador, o se desahoga la rabia de tener que dar un ojo de la cara por unas cuantas sardinas.

Pomares Monleón tiene muchos hallazgos de calidad y se ve que en la metáfora puede alcanzar cielos de verdadera adivinación. Así se ve en temas como *La tristeza de la pecera vacía* y en *La muerte de mi calle*. En esos capítulos y otros se rebela como un humorista verdaderamente nuevo, capaz de convertir un grano de mostaza en un castillo. (¡Hermosos castillos en el aire los del humorismo!)

Se nota que el autor de este libro es fecundo, muy fecundo. Y, además, dueño de una imaginación de potentes resortes. No se trata aquí de ese escritor que tarda una semana en escribir una cuartilla y luego un mes en pulirla y retocarla. No. Pomares Monleón posee el incontenible chorro del escritor de sangre, del artista auténtico que si no tiene cuartillas escribirá hasta en el revés del aire.

Pero nosotros —es decir, yo— creemos que le nubla un poqui-

tín una cierta cosa que aquí apuntamos: A veces, no se sabe de dónde, vienen unos derrames de prosa exuberante, que tapa ciertos matices de mucho valor. Unos trozos de prosa engañosa que en momentos parece dominar al autor. Es que también las palabras esclavizan.

Para mi sentir, habría que ceñir más esa prosa, hacerla más reposada, menos *tropical*, para dar mayor iluminación a los temas bien buscados.

De todos modos, el libro de Pomares Monleón se lee con gusto y sus páginas se dejan con rapidez atrás, como estela de las sonrisas provocadas. Se lee este libro, que nos atrapa en telarañas de un bicho filósofo, con verdadera ilusión.

Aunque debemos advertir, al autor, como personas de buena voluntad que somos, que se cuide de los impresores malvados, capaces de venir por la espalda y matarnos con una errata o un libro pésimamente editado, como el suyo. Un libro que, sin culpa del autor, puede inspirar un ensayo titulado *El asesinato considerado como una de las bellas artes... gráficas*.—José de la COLINA.

DEMOCRACIA SIN PARTIDOS. Por Manuel Estrada Impresora Juan Pablos México, 1952.

PERTENECE el coronel Manuel Estrada a ese grupo de militares de carrera que, por su limpia conducta, profesional y ciudadana, se han conquistado un lugar digno en la historia de nuestra guerra. Refugiado en México, donde se ha ganado el sustento en diversas labores civiles, no ha encontrado en el destierro motivo de olvido ni de desaliento para el ejercicio de actividades patrióticas de elevado tono intelectual.

Inteligencia alerta y conciencia viva, el autor de este trabajo ha meditado larga y hondamente sobre la gran tragedia de nuestra España contemporánea, sufrida por él en su carne y en su alma, y sobre la crisis mundial de la democracia; se ha esforzado con inquietud moral y juicio sereno en analizar sus causas y sacar enseñanzas positivas para el establecimiento de un régimen democrático, sólidamente cimentado, que, respetando los derechos fundamentales del ciudadano —base de la doctrina liberal— sea capaz de satisfacer las necesidades colectivas y las aspiraciones de justicia social. Fruto de esas meditaciones es este bien escrito libro que comienza con una breve *confesión autobiográfica*.

¿Es la democracia un sistema adecuado para la vida de las naciones modernas y capaz de afrontar los graves problemas que hoy tiene planteados el género humano? Tal cuestión de trascendente actualidad mundial, a la que el autor —demócrata de elevadas miras— da una respuesta afirmativa, constituye el meollo de este volumen de 251 páginas, repartidas en quince capítulos. En él acomete ordenadamente dos tareas: primero, un análisis metódico y profundo del régimen parlamentario y de partidos, cuyas graves fallas y debilidades señala dura y certeramente; teniendo en cuenta, sin duda, las enseñanzas de la historia contemporánea y de manera especial las de nuestras dos repúblicas, con sus torpes, estériles y suicidas luchas intestinas de partidos, grupos y capillas que ni siquiera han cesado en el exilio. Después, la exposición del sistema político preconizado por el autor, la *democracia liberal integradora*, como él la llama; parte ésta en donde Estrada desarrolla muchas ideas originales que se prestan a fecunda discusión.

Obra de reflexión, de pasión creadora, de lealtad a un pueblo que con valor y generosidad ejemplares ha luchado por una patria mejor, el libro de Estrada es producto de la inquietud que hoy atormenta a los mejores españoles: la busca del camino que nos lleve a una nueva y verdadera España. Frente a los escépticos, que no creen en ningún esfuerzo, frente a los que esperan que todo —orientaciones y energías— nos llegue de fuera, por uno u otro rumbo, y a los que se aferran fosilizados a un pasado definitivamente caduco, Estrada es de los que luchan con ánimo por abrir vía.—A. de S.

LA ESPAÑA DE MI EXPERIENCIA. Por José Antonio Balbontín. Colección Aquelarre. México, 1952.

José Antonio Balbontín, el inquieto abogado, político y escritor exiliado en Inglaterra, da a la publicidad en la Colección Aquelarre un grueso volumen de memorias maduras y ordenadas en las largas horas de niebla de su destierro londinense. Nacido en los últimos años del siglo XIX, Balbontín escribe ahora su propia biografía en relación con la historia de su patria: la historia de España, que el autor ha vivido en lo que va de siglo, la *España de su experiencia*, que tal es, en efecto, este libro de Balbontín. En él nos relata con calor las andanzas, las actuaciones y los pensamientos de un español preocupado por la suerte de su patria y de la humanidad entera, desde las primeras inquietudes religiosas y sociales en su adolescencia —narradas en buenas páginas— hasta los trágicos acontecimientos de nuestra guerra y las amarguras del exilio tras injusta derrota, que la victoria de las potencias antifascistas, con la subsiguiente *consolidación* de Franco, convirtió en escarnio internacional a España. Desfilan por sus capítulos los sucesos más importantes de nuestra historia contemporánea, en los que, más o menos directamente, tomó el autor parte activa. (El relato de los más recientes en un epílogo, añadido a última hora es, a nuestro juicio, lo más endable de la obra.)

Se ha calificado a Balbontín, con aparente razón, de hombre ligero y veleidoso, que ha cambiado con harta frecuencia de postura política y de partido. A través de su libro, se ve, por el contrario, a un hombre inquieto, en continua busca de la verdad y de la justicia,

que no encuentra en ninguna parte plena satisfacción a su perenne anhelo. Por razones filosóficas y desengañado al ver en la Iglesia española no el amparo de los pobres y los oprimidos, sino un sostén de los ricos y los poderosos, pierde la fe católica, sin encontrar otra religión positiva que satisfaga a su espíritu. Desengañado también de las falsas glorias de la monarquía tradicional, pasa en su mocedad al campo republicano. El deseo de ver establecida la justicia social, le impulsa a ingresar en el comunismo moscovita; que abandona luego, en busca de la libertad intelectual, incompatible con todo rígido dogmatismo.

Después de echar en cara al planeta entero el crimen que se comete con el pueblo español, "termina este libro en plena crisis del autor y del mundo". Crisis del mundo, que "no se sabe si estallará esta misma noche, como globo de niño, por un pinchazo electrónico de la nueva técnica del aniquilamiento", y crisis de indignación del autor, cuya moral española se mantiene firme, a pesar de todo: "Me doy cuenta de que me he pasado lo mejor de mi vida formulando protestas, más o menos líricas, contra la injusticia imperante. Procuraré mantenerme fiel en esta línea de conducta. Seguiré protestando, hasta que la muerte me haga enmudecer, contra las injusticias de los hombres (y aun de los falsos dioses), en compañía del que quiera seguirme, o solo, como el Caballero de la Triste Figura, si también el buen Sancho me abandonara."

El libro está escrito, fechado y firmado en Londres, y es de notar, en esta época en que la voz del hombre es ahogada por inquisiciones —más o menos santas— de todos los colores, el hecho de que en Inglaterra un asilado político se atreva a proclamar su indigna-

ción contra todas las injusticias —incluso de las que acusa al gobierno inglés— sin temor a ser acogotado por algún tenebroso servicio de policía. - A. de la SIERRA.

HOMENAJE A CAJAL EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO. *Sobretiro de "Cuadernos Americanos". México, D. F. 1952.*

**B**AJO este título se publican las páginas leídas en el homenaje que un grupo de discípulos del sabio aragonés, miembros de la Sección de Medicina y Biología *Ramón y Cajal*, del Ateneo Español de México, organizó en memoria de su gran maestro; al que se unieron la Universidad Nacional de México, representada por su rector, y los médicos mexicanos, cuya voz llevaron los doctores Martínez Báez y Rosenblueth.

Recoge este folleto los siguientes trabajos:

*Ofrecimiento del Homenaje*, por Joaquín D'Harcourt. *Presencia de la Universidad de México*, por Luis Garrido. *El ejemplo de Cajal*, por I. Costero. *Cajal y la Neuropsiquiatría Moderna*, por Dionisio Nieto. *Cajal y la Ciencia en España y en Hispanoamérica*, por Manuel Martínez Báez. *Cajal y la Neurooftalmología*, por Manuel Márquez. *La última cuartilla de Cajal*, por Tomás G. Petrin. *La influencia de Cajal en la Fisiología*, por Arturo Rosenblueth. *Aspectos fisiológicos de la doctrina de la neurona*, por J. Puche. *Cajal, ciudadano*, por Julio Bejarano. *Cajal visto a los ochenta años*, por Germán Somolinos. A. de S.





risa. Pero no podían. Quién sabe qué misteriosa fuerza la tenía encendida siempre en la cara del vagabundo.

Charlot nos reconciliaba con todo. Hacía que las cosas fueran más buenas. Sabía limar, con su arlequinesca gracia, las duras aristas de la realidad. Hacer más buena, más amiga de todos, a la monstruosa calle, a esa misma calle que le rodeaba con una terca y oscura conspiración, metiéndole zancadillas continuamente.

La gran ternura de Chaplin fué crear ese Charlot que venía a reivindicar a otros *Charlots*, a muchos *Charlots* que nunca habíamos reconocido porque iban vestidos de anonimato.

Hasta los perros hambrientos del mundo sabían quien era Charlot, ese vagabundo que nunca les pegaba patadas y que solía darles parte de la única salchicha que tenía para comer él.

Con esa gracia y esa ternura quería este hombrecito desmentir las doctrinas del odio y la incomprensión.

Caminaba solo en la multitud, enredándose con todos, sin saber que los edificios querían caer sobre él y aplastarlo.

Al final quedaba el camino. Sus viejas botas y el camino, el eterno camino, su mejor amigo...

Por ese mismo camino Charlot ha vuelto. Ha metido en su viejo hongo recuerdos y piruetas, humorismo, filosofía y luz de candilejas. Con todo ello ha hecho esta película, arlequinesca y profunda.

Esta película pudo muy bien titularse "La bailarina y el viejo clown", pues tiene el encanto suave e inefable de un cuento infantil. Un cuento infantil con algunas arrugas en la frente, con las arenillas de una melancolía eterna.

¡Cuántas veces habíamos oído decir por ahí que Chaplin estaba en decadencia artística! Claro está que no habíamos hecho caso a esas opiniones —algunas erradas y otras producidas por una verdadera mala voluntad—, pues el genial cómico es un ejemplo auténtico de constante superación, de admirable inventiva, de amor a su arte, de respeto por el espectador.

DECÍA Juan de Mairena, a propósito de la crítica literaria, que "las enfermedades del hígado y del estómago han colaborado también con el ingenio literario. Pero no han producido nada importante". Y esto viene a cuento cuando se habla de la joven poesía española, porque se da el caso, por desgracia demasiado frecuente, que al comentar lo que se produce en España en estos tiempos, surge necesariamente la frase despectiva, nacida del hígado adolorido o de la úlcera de estómago a las que aludía Mairena. O cuando no, de la ignorancia más supina de lo que allí se escribe. Existe el prejuicio en muchos de los que viven en exilio de poner en cuarentena todo lo que desde España nos llega. Pretenden con ello afirmar unas ideas políticas que, en los más de los casos, o han olvidado o se les presentan bien confusas. De este modo y por ese camino del razonar se llega a identificar a todo el pueblo español con el mundo oficial; y nada más inexacto.

No afirmamos que todo lo que se produce en España sea bueno. Esta aclaración es necesaria para los que se dedican a hilar delgado. Lo que intentamos es que se preste una mejor atención a lo que desde allí nos llega y que nos acostumbremos a juzgarlo prescindiendo de ese prejuicio que bien pudiéramos llamar geográfico.

Algunos que siguen de cerca el desarrollo literario español de estos tiempos, pero que no ven más allá de sus cortas narices, afirman que la actual producción literaria española es decadente. Y esto es verdad para algunos casos; precisamente para aquellos escritores que están unidos de alguna forma a la vida oficial. Hacer tabla rasa con todos, por interés de demostrar que nada queda sano ni de valor, puede ser conveniencia política, pero nunca auténtica crítica literaria. En España, se quiera o no, a pesar de Franco, con las cortapisas y limitaciones que impone su dictadura, hay un movimiento literario interesante. Prueba de ello es esta antología de poetas jóvenes que tenemos ante nosotros y de la que pasamos a ocuparnos, una vez sentado lo precedente.

★

La "Antología Consultada de la Joven Poesía Española" presenta la modalidad de no estar escogida por una sola persona. De ahí su título. El editor ha querido que la elección de los poetas que figuran en el libro no sea privilegio exclusivo de un solo antologista, sino que para tal fin ha consultado a más de cincuenta poetas, críticos y directores de revistas y de la suma de coincidencias en las opiniones ha destacado los nombres que figuran en ella. De tal forma, la elección se hizo de acuerdo con un gusto colectivo o coincidente.

Son nueve los poetas que figuran en esta antología; aquellos que fueron más favorecidos con la opinión de los consultados. Se ha prescindido deliberadamente de dos poetas muertos que merecían, sin lugar a dudas, figurar entre los mejores: José Luis Hidalgo y Miguel Hernández. Así como también de algunos otros jóvenes que tienen merecimientos suficientes para figurar al lado de los escogidos. Por lo tanto la visión que nos ofrece del movimiento poético español es parcial y limitado pero, con todo esto en su contra, no se puede negar que da al lector una medida para valorar la innegable calidad de la poesía que se está produciendo en España. Los nueve poetas que figuran en esta selección son: Carlos Bousoño, Gabriel Celaya, Victoriano Crémer, Vicente Gaos, José Hierro, Rafael Morales, Eugenio de Nora, Blas de Otero y José María Valverde. Los citamos por orden alfabético de apellidos en que los ha colocado el editor. Antecediendo a la selección de poemas hay una breve referencia del modo de sentir la poesía por cada uno de ellos. Opiniones de un interés extraordinario, tanto por la claridad con que están expuestas como por la sinceridad de que se encuentran saturadas. Si este libro no tuviera otros valores, sólo por lo que en las opiniones se dice, se justificaría de sobra la edición. Aunque no disponemos de espacio suficiente para dedicar un comentario particular a cada uno, queremos hacer notar una idea que es común a casi todas las opiniones expuestas y que viene a desvirtuar ese prejuicio,



# LA JOVEN GENERACION POETICA ESPAÑOLA

- Comentario a una Antología -

tan de moda entre nosotros, sobre el "decadentismo" de los jóvenes poetas españoles. Hay por el contrario en todos ellos un innegable afán humano, una ternura y un deseo de comunicación entrañable que no puede ser decadencia sino más bien un gesto de rebeldía contra el medio. No se puede hablar de "decadentismo" cuando se lee por ejemplo esto: "El hombre que hay en el poeta, cantará lo que tiene de común con los demás hombres, lo que los hombres todos cantarían si tuviesen un poeta dentro". ¿Esta afirmación de José Hierro no viene a ser la misma que otra de Gabriel Celaya con estilo y palabras distintas?: "Nada de lo que es humano debe quedar fuera de nuestra obra. En el poema debe haber barro, con perdón de los poetas poéticos. Debe haber ideas, aunque otra cosa crean los cantores acéfalos. Debe haber calor animal. Y debe haber retórica, descripciones y argumento y hasta política. Un poema es una integración y no ese residuo que queda cuando en nombre de "lo puro", "lo externo" o "lo bello" se practica un sistema de exclusiones.

La poesía no es neutral. Ningún hombre puede ser hoy neutral. Y un poeta es por de pronto un hombre". O esta otra de Eugenio de Nora: "Se discute mucho ahora sobre la "poesía social". Es ridículo. Toda poesía es social. La produce, o mejor dicho la escribe un hombre —que cuando es un gran poeta se apoya y alimenta en todo un pueblo—, y va destinada a otros hombres —si el poeta es grande a todo su pueblo, y aun a toda la humanidad—".

Nadie que no quiera desfigurar la realidad puede ver en estas afirmaciones "decadentismo" o gazmoñería.

Entre los antecedentes poéticos de esta generación dos son claros y comunes a casi todos ellos. El uno influye en la forma y el otro en el fondo. Quizás el tono entrañable, la ternura, la claridad, la sencillez y el alto sentido humano les viene por línea directa de don Antonio Machado. En la forma se hace visible, casi tangible a veces, la presencia de Vicente Aleixandre. Influencia beneficiosa por la amplitud de léxico poético que trajo este poe-

ta renovador y por esa concepción cósmica de la vida que posee. Se observa también su huella en el modo de construir y en la adjetivación, así como en el empleo de adverbios que son típicos en su manera de hacer y que vinieron a dar al lenguaje poético una mayor flexibilidad.

Carlos Bousoño es un poeta sereno. Fondo y forma mantienen un perfecto equilibrio. Hay una leve influencia de Aleixandre en la adjetivación y en la clásica manera de enumerar objetos poéticos que inicia la poesía aleixandrina:

*cerros, violetas suaves, llanura, campo triste, pobreza, ardor, cariño: todo era un soplo bueno.*

Su claridad y su mesurado tono nos dan la certeza de una gran sensibilidad.

En los primeros poemas de Gabriel Celaya también se hace notar la influencia de Vicente Aleixandre, especialmente en ese "Primer Día del Mundo" que nos trae a la memoria por el tema y por su realización "La Sombra del Paraíso" del gran poeta sevillano:

*Unos labios ausentes en la orilla invocaban los nombres de los dioses, los nombres de las y ya casi sonaban, (cosas, soñaban contra el mundo, toro que estrangulan largas melodías.*

Sus poemas últimos son ya de madurez. No se vislumbra la huella aleixandrina. Se ha despojado de elementos ajenos y canta con una sencillez emotiva. No utiliza apenas la metáfora ni el adjetivo y su fuerza estriba en la ternura del vocablo desnudo:

*"Andrés, aunque te quitas la boina cuando paso y me llamas "señor", distanciándote un poco, reprobándome —veo— que no lleve corbata, que trate falsamente de ser un tú cualquiera..."*

Si comparamos sus tres primeros poemas con los tres últimos, apenas si vemos puntos de conexión entre unos y otros. Parecen escritos por manos distintas y sentidos por dos poetas ajenos uno al otro. Esto indica que Celaya sufrió una tremenda evolución, que se encontró a sí mismo al desprenderse de mucho léxico prestado y se halló con una concepción más propia, más personal y más humana de la poesía. A nosotros nos llega de verdad el Celaya de la última época. Sin conocerle nos parece que sus últimos poemas tienen acento propio y muchas cosas por decirnos en ese tono íntimo y de salmodia que tan dentro nos llega.

Victoriano Crémer, como él exige, dispone de un repertorio de ideas claras y de un gran corazón. Se nos revela como un poeta de cuerpo entero en el "Madrigal de Paz":

*"No es posible dar más de lo que he dado para llenar el pozo a que me asomo. El pan que yo te traigo; el pan que como tiene sabor de trigo macerado."*

Cuánta ternura y cuánta verdad en estos versos. Cuánto dolor escondido por todo lo que sufre, en éstos otros:

*"Sólo sabéis decir, con roncadas voces, que tenéis hambre o frío, y, entre cánticos de ritmo bárbaro, meceros, acunaros, hasta olvidar, dormidos, que sois bombres."*

O en ese dramático grito llamando a la unidad ideológica de España:

*"Te necesito, España, unánime y entera, como el clamor del viento sobre la mar inmensa."*

*No España tuya o mía ¡España nuestra!"*

Es Vicente Gaos de todos los poetas que presenta esta antología el que tiene un mayor dominio técnico. Sus sonetos son de una perfección extraordinaria. Pero quizás esta maestría, este virtuosismo le perjudique ya que se deja llevar, a veces, por el gusto de lo

Por

Manuel BONILLA BAGGETTO

meramente formal. Nos resulta en ocasiones frío, intelectualizado. Es un poeta cuyo cerebro manda sobre el corazón. En las dos estrofas finales de un precioso soneto que él titula "Revelación de la Vida" se nos retrata de forma inequívoca:

"Esto es la vida —dije—, esto es la muerte, ésta la tersa luz, la honda luz suave, la cósmica pasión, el sueño inerte."

Esto eres sólo, sí. Y con paso grave me adelanté hasta el fondo para verte, llegué a la puerta y di vuelta a la llave."

Por contraste con Vicente Gaos, a quien, pese a su juventud, puede considerársele ya como un poeta clásico —tal es el rigor y la perfección de su forma—, nos encontramos con José Hierro de técnica más imperfecta pero con el acento rebelde que le hace aparecer a nuestra vista como uno de los poetas de la joven generación más interesante y digno de tenerse en cuenta.

"Serenidad, tú para el muerto, que yo estoy vivo y pido lucha."

Es interesante destacar en la poesía de José Hierro este tono esperanzado. Siente dentro de sí como se agita su propia sangre; cómo la esperanza y la alegría son, aun dentro de un mundo hostil, personajes vivos en donde depositar esa tremenda fe que lleva dentro como un iluminado, como un poseo. La conciencia de su vitalidad extraordinaria es su respuesta a los que, cegatos por conveniencia, niegan todo aliento de rebeldía y esperanza a esta generación. El sabe que ha de labrarse sus caminos en un mundo de odios que le está cercando y sin embargo se rebela.

"Pero yo me rebelo, Yo llevo en mí la vida. Yo estoy con el olvido cara a cara luchando."

Y en otra ocasión:

"Pero es maravilloso en el dolor sentirse vivos."

La forma es en José Hierro lo de menos. Ya nos lo dice él en las palabras que anteceden a la selección de sus poemas: "Soy honrado cuando escribo, y presumo pertenecer al grupo de los que no saben decir". Luego nos lo repite en uno de los poemas más bellos de esta antología, que dedica a un esteta y que comienza:

"Tú, que hueles la flor de la palabra bella acaso no comprendas las mías, sin aroma. Tú, que buscas el agua transparente, no has de beber mis aguas rojas"

Su poderosa sangre no se humilla y de ella están impregnados sus versos, rudos en ocasiones, pero transmutados en una sinceridad poética pocas veces lograda.

Para nosotros Rafael Morales corresponde poéticamente a la generación anterior: a la de Rosales, Vivanco, Bleiberg, Panero y García Niéto ya que su poesía está más acorde con el creacionismo de este grupo, con el retorno a Garcilaso y a las formas clásicas. No encaja en esta nueva generación menos formalista y mucho más trascendente.

"Aquí el pecho sutil dió su naciente gracia de flor incierta y venturosa, y aquí surgió la mano, deliciosa primicia de este brazo inexistente."

Aquí el cuello de garza sostenía la alada soledad de la cabeza, y aquí el cabello undoso se vertía..."

En sus pequeñas canciones suena el eco de la poesía andaluza de la época de Lorca y Alberti:

"Qué pena ser dos, quererse y estar llenos de delirio."

Qué pena ser dos, qué pena pensar que son dos caminos..."

Sólo por sus temas se aproxima a veces a lo humanístico, especialmente en la última parte de la selección que nos presenta el editor.

Otro de los poetas de este grupo que merece una atención especial es Eugenio de Nora que, como en el caso de José Hierro, se rebela contra el medio. Para Nora el poema es una válvula de escape por donde lanza su grito arrebatado. En ocasiones su voz más que grito o lamento es amenaza:

"pero ay de los malditos, de los que están en deuda con cuerpos enterrados, de los que desnivelan la muerte con la muerte, y creen que el incidente ha terminado!"

Para esos, ya lo dice, "¡No hay escape!" aunque "claven las puertas, las ventanas del cielo. En verdad todo está escrito"

"España, España, España, dos mil años de historia no acabaron de hacerte ¡Cómo no amar, sufriendo, tu perdido pasado, y amar, con ira y odio, el perdido presente!"

Y luego, con acento más esperanzado:

"¡España está en nosotros! Y su estrella sonora en la dura oleada de la vida que viene."

Leyendo a Nora y a José Hierro se ve como en España los poetas se juegan la vida y dicen mucho más —donde es difícil y peligroso decirlo—, que otros que desde aquí, en su cómodo refugio, creen hacer poesía revolucionaria por el solo hecho de lanzar panegíricos.

Blas de Otero es "fieramente humano". El da gustoso todos sus versos por encontrar un calor de vida.

"Aquí tenéis, en canto y alma al hombre aquel que amó, vivió, murió por dentro y un buen día bajo a la calle: entonces comprendió: y rompió todos sus versos"

Constantemente invoca a Dios sin embargo sus poemas son una imprecación a la divinidad

...mudo soy, pero mis brazos me alzan, vivo, hacia Dios. Y si no entiende mi voz, tendrá que oír mis manotazos."

Y en otra ocasión:

"Yo, pecador, en fin, desesperado de Dios y de mí mismo, me confieso que soy un hombre en situación de hablaros de la vida. Pequé. No me arrepiento."

Se ha dicho también por aquí en ocasiones que la poesía joven española era de una beatería inaguantable. Los que así decían, no se dieron cuenta de la necesidad de esa invocación divina para la dura imprecación y la blasfemia. El dolor llega a veces a tan altos grados que hace falta la existencia de la divinidad para que nos desahogemos negándola. Ese es el caso de José Luis Hidalgo y de Blas de Otero. A este último su heterodoxia le costó hace unos años perder el Premio Adonáis de poesía. Si los mojigatos de la "extrema izquierda" —que también los hay— en vez de santiguarse a su manera leyeran con más atención y menos fobia, se darían cuenta de estas verdades sencillas.

José María Valverde es el último de los poetas que figuran en esta antología. De todo este grupo es el único de verdad católico. Su personalidad poética es de un gran interés. Está lleno de gravedad, de metafísica y su expresión es original. Su ritmo poético es como una oración fluida que parece monótona, pero que tiene a lo largo de los versos una emoción en constante ascenso:

"Y hoy que vamos creyendo en otros días, pintando más amor para mañana, y ponemos despacio en una bucha los besos aborradados, le decimos a Cristo que es la hora de que llegue, hoy que empieza a ser todo verdadero, para que lo conviva y lo recoja, que ya puede venir a compartir nuestro pan de esperanza, y a sentarse con nosotros, ahora que tenemos un rincón, entre dos almas sin viento."

Hemos llegado al final de esta lectura y una vez más aconsejamos que se preste oídos a las voces que desde España vienen. Porque entre el griterío y el escándalo de los falsos valores de los "tenores huecos que cantan a la luna", nos llegan, de modo menos estentóreo pero más firme, voces de dolor, de rabia, de angustia y esperanza que son muy dignas de ser escuchadas.



Acaba de aparecer

## EL FIN DE LA ESPERANZA

por Juan Hermanos

Prólogo de JEAN PAUL SARTRE

Un libro veraz, desgarrador, apasionante, sobre la resistencia española

Pedidos contra reembolso a J. R. Arana. Bucareli, 12-101, México, D. F.

**F**OU un avenç de l'estiu en un dia de maig. La sorra era calenta, el mar d'un blau violent i el cel tan lluminós que feia aclucar els ulls.

Arnau havia anat a la platja, fugint de la xardor de la ciutat, per a poder treure's la roba i jeure a ple aire, com tota aquella gent escampada que també jeia, o que a trenc d'onades es deixava esquitxar la pell nua, o que saltava i corria.

Estava sol altra vegada. Olívia se n'anà perquè havia vist que ell no trobava cap interès en la convivència. A l'últim l'havia definida i qui sap si fins li ho havia dit; tenia tan poc encert a triar paraules!

"Ets com una màquina de fer companyia."

Havia cregut, en veure-la intel·ligent i maternal, que podria superar la seva lletgesa. Quan un home es troba amargat de solitud perquè sent tot-hora una presència inabastable, potser es bo adquirir una màquina de fer companyia. Però la lletgesa era allí, evident sempre: Olívia no posseïa la gràcia de fer-la oblidar.

Abans d'Olívia, Rosa, absent, fou presència obsessionant i dolorós fracàs. Rosa era més que bella; estava per damunt de la bellesa. Què importava el contorn? Era tot el que desbordava d'ella, el que la feia excelsa. Però Arnau no havia sabut acorriolar els sentiments novells d'aquella joventut, i la possible vibració única es perdé en el confús aiguabarreig. La noia tingué por i fugí d'ell, que quedà amb l'anhel punyent.

Després Olívia li esmortuí la sensació desesperant de la pèrdua. Ara, que estava sol altra vegada, l'amor a Rosa ja només era el record d'un record que féu sofrir. Aquesta era una solitud buida, la d'ara.

A la platja assolellada un grup s'agitava, prop d'ell, jugant a pilota. Eren joves, homes i dones com els altres. Només una era diferent, una figura bella com poques n'havia vist; tan perfectes, tan gràcils, eren les seves línies; tan atraïent la suau ufanor de les seves formes.

No en tingué prou amb mirar-la. Calia aprofitar aquella visió extraordinària. On trobaria tan superb model? Obrí el bloc damunt la sorra i es posà a prendre apunts.

La mà lliscava com si posseís una altra vida en traçar aquelles corbes. Fragments d'un flanc d'harmonios descens, d'unes cames en moviment, d'una sina alçada damunt la línia fina del tors, o d'una espatlla i la carnositat d'un braç.

Els ulls seguien la figura movent i quan la impressió era prou forta s'abaixaven cap al paper on el llapiç fixava el detall copsat.

Ella s'aturà un moment, mig d'esquena, mirant el mar. I aleshores ell s'afanyà a deixar traçats els contorns del tors gairebé enter.

No sabia l'artista que aquella instantània immobilitat era intencionada, que la dona del bell cos s'havia adonat d'ell i del que feia. Vanitosa, volgué donar-li temps de copiar.

Després s'apropà a poc a poc, s'aturà al seu costat.

—Amb quin permís dibuixeu la meva figura?

Ell aixecà el cap i la mirà en ple rostre per primera vegada. Un rostre jove quelcom maliciós, unes galtes arrodonides, uns ulls petits, excitats, uns llavis de delicada forma.

—Es un dret —digué, sense deixar de mirar-la.

Hauria volgut saber explicar-li que el que és bell sota el cel pertany a qui sap copsar-ho.

—Un dret! —exclamà la dona—. Són audaç, tanmateix.

S'apropà més i ell tancà el bloc.

—Deixeu-m'ho veure.

—No.

I posà el bloc sota la seva cama plegada. Ella somrigué, submissa. S'assegué i agafà un grapat de sorra, somrient encara.



## LA MURALLA BLANCA

Por Anna MURIA.

—Veni a la platja a dibuixar?

—No.

—I doncs?

—Doncs, que us he vist i no podia deixar que es perdés el que veia.

El somriure d'ella es féu una mica triomfal i una mica avergonyit.

—Stella! —crià un del grup.

—Stella... —repetí Arnau, amb complaença.

—Estic cansada —s'excusà ella, contestant al seu company.

Així el diàleg entre Arnau i Stella es perllongà fins que quedaren sols.

L'endemà tornaren junts a la platja.

—No dibuixes, avui?

—No.

—Ho acabares, ja?

—Acabar? —preguntà ell, mirant-la, sorprès. Però tot seguit comprenqué la seva ignorància i explicà—: Eren apunts.

—Per a un quadre?

Ell romangué perplex, vacil·là abans de respondre.

—Crec que no —mormorà a la fi.

I quedà mirant-la intensament, de cap a peus, mirant tota la seva figura, fins al punt que ella enrogí i es contragué inquieta, però ell no se n'adonà. Només mirava, i els seus llavis es movien sense so.

"Es com si l'art fes un miracle per a mi i se m'ofereís encarnat en aquesta dona, en el prodigi que ets tu, Stella, cos de llum, línia viva, poesia de volums, música de moviments."

—Què penses?

—Que ets molt bonica.

No copià més cap línia del seu cos, perquè el que volia era besar-la i les seves mans sentien d'aler sols d'anar cap a ella.

—Qui és Olívia? —preguntà Stella.

—Fou la meva muller.

—Com era?

—Magre. I el teu marit?

—Gras, greixós.

Tenir-la, oh, tenir-la! Fer-se voler per ella!

—Stella tu em faries la vida meravellosa.

Ella decantà el cap i escoltà amb els ulls mig closos.

Anirien als boscos a viure aquella passió. Ell tenia una cabana a les muntanyes, vora un llac. Hi anirien.

\*

Sota les frondes, la cabana. Tot era verd i entre el verd s'albirava la resplendor de l'aigua.

I Stella al centre de tot.

Passar les hores ajagut, mirant les altes branques que entrellaçaven els seus diversos verds... Incorporar-se només per a trobar la bellesa de Stella.

Els dies corrien com una brisa.

—No pintes?

Hi havia un deix de decepció en la pregunta d'ella. Arnau se n'adonava. Sí, Stella s'havia unit a un pintor. Era amb un cert respecte mesclat d'il·lusió que havia vist el cavallet i les capsas de colors entre l'equipatge. L'havia imaginat a la vora del llac, pintant, i potser ella posant damunt l'aigua. I ara el cavallet restava plegat en un recó de la cambra, les capsas tancades, els blocs dins de la maleta.

Però Arnau ho sentí des del primer moment que mai no intentaria portar al llenç tota aquella viva bellesa. L'absorvia massa intensament amb tot el seu ésser, tot ell sencer, per a ésser capaç de condensar-la al cervell i a la mà.

"Mai no podré captar amb els meus pobres mitjans el teu complet prodigi. I està bé que sigui així, respirar-lo ja és suficient."

—No, Stella, no tinc ganes de treballar.

L'abraçava i l'ajeia a terra, al seu costat, per a contemplar-la més a pler.

—Anem a nedar, Arnau.

—Fa massa calor.

—Per això mateix!

—Caldria caminar fins a l'aigua.

—Dos-cents metres!

—I remar fins al mig del llac.

—No t'agrada remar?

—Em plau més sota els arbres, amb tu.

Stella es tornava a ajeure, resignada. I al cap d'una estona feia un badall.

En altres casetes aparegueren durant l'estiu grups de gent renouera. Stella acabà per ajuntar-se a vegades amb alguns d'ells. Uns dies se la veié amb un jove atlètic, recurrent el llac dalt d'un esquif o xipollejant a l'aigua.

A Arnau li plaïa a posta de sol remar lentament, Stella asseguda a la popa; aturar la barca entre els vímets i les flors aquàtiques, lluny del renou.

En finir l'estiu desaparegué el brogit a la ribera. Stella tingué un gest de contrarietat.

Vingué la tardor que portà la calma i encengué el món de roig i de groc.

Ell ara ja treballava. Es posava a dibuixar coses estranyes a tot allò que vivia. Després s'alçava i sortia als camps encesos de tardor. Passejava per sota el fullam vermell i or. S'asseia a la riba.

—M'agrada veure els valors reflectits a l'aigua. Aquells dos arbres... l'un groc, l'altre roig. I la taca verd fosc del cedre. I el fons groc, allà, a l'altra riba, amb clapes vermelles, i un fistó verd.

—Per què no ho pintes, si t'agrada?

En el to de Stella hi havia un lleu ressentiment. Ell l'endevinava decebuda, però no podia fer-hi res.

—Jo no pinto el que m'agrada.

—No t'entenc.

—Ja ho sé —afirmà ell, amb una ampla tristesa.

El darrer foc dels arbres s'anava apagant. Cada matí apareixien més branques nues i el gruix de fulles seques del sòl era més profund. Venien pluges fines i vents gèlids. Dins de la cabana cremaven els troncs de cedre. Stella digué que s'avorria i ell la mirà silenciosament, amb aquella nova tristesa ampla.

El dia més rúfol Arnau el passà dibuixant. Tenia un paquet de dibuixos preparat per al correu. Stella estava neguitosa.

—Quan tornarem a la ciutat, Arnau?

—No vull tornar-hi.

—Què dius? Penses passar l'hivern aquí?

—Sí. L'hivern serà bell.

—Voltats de neu! Aïllats! Sols! —exclamà ella, estremint-se.

—La neu ens separarà del món aliè i tindrem aquí dins tot el que sigui nostre.

—No! No ho podria suportar. Em sentiria enterrada! El món no m'és aliè!

—Jo passaré l'hivern aquí —afirmà ell, amb la tossuderia de la desesperança irremeiable que, no obstant, s'aferra a un bri d'esperança.

Stella no contestà, però l'impossible es féu ja evident. Tots dos admetien, sense paraules, l'imminència de la partida.

I un dia que el cel era baix i gris, ella digué:

—Ja és aquí la neu. Jo me'n vaig. Véns?

—No.

Un veí la portà fins a l'estació.

Dret sota els arbres nus, ell la veié allunyar-se carretera enllà.

Darrera d'ella començà a caure en berralls petits la cortina de la nevada.

Nevà tot el dia, tota la nit...

L'endemà hi havia una gran muralla blanca entre la cabana i el món.

Arnau s'arronçà d'espatlles. Afegí uns troncs al foc, plantà el cavallet i obrí la capsa de colors.



Dibujos de ELVIRA GASGON

## LA FI DEL CAP

DE fet, entre el meu cap i el meu cor havia existit un divorci des del principi. El cor denotava una vocació per a conservar la petitesa i especular-hi, fent que tots els moviments tendissin amb una mena d'avidesa cap a l'arrauliment. El cap no. El cap era gros, audaç, i pensava coses realment engrescadores.

Un dia, trobant-me al llit amb una estimada meva, vaig sentir que el cap emmalaltia seriosament, mentre el cor mantenia l'equilibri, repartint la salut amb normalitat per tots els llocs que estaven sota la seva vigilància.

—Amiga —vaig dir— em sembla que el cap se'm morirà.

Ella es va esverar tant que vaig sentir, imperiosa, la necessitat de tranquil·litzar-la:

—Mira: no passarà res. Enterrarem el cap dins d'un barret, i veuràs com la placidesa del món es mantindrà plana, quieta com és del nostre gust. Cap país no alterarà la seva hora oficial, ni cap invasió no sera detinguda. Demà, milers d'ombrelles s'acararan al poder del sol, i cada ú podrà dir-hi la seva.

Es va adormir sota la protecció dels meus braços, segura que tot aniria tal com ha estat dit.

Pere Calders

EL PENSAMIENTO DE "LAS ESPAÑAS" VIENE EXPUESTO UNICAMENTE EN LOS ARTICULOS EDITORIALES Y EN LAS NOTAS DE LA REDACCION.

EL día 1º de mayo se han cumplido cien años del nacimiento del genio científico más universal que, a nuestro juicio, ha dado España. Podríamos decir también, sin exageraciones atribuibles a la exaltación del momento conmemorativo, que ha sido uno de los genios más esplendorosos de la Medicina. Y quizá esto no haya sido reconocido todavía de una manera general ni en los términos a que, en nuestro sentir, es acreedor. En efecto, se conoce a Cajal por sus estudios sobre el sistema nervioso, por ser autor de una doctrina, la de la neurona, sobre cuya base se ha construido la neurofisiología, y por haber sido distinguido con el Premio Nóbel de Medicina en 1906. En muchas ocasiones hemos afirmado, y esto sólo puede hacerse con imparcialidad a más de cuarenta años de distancia, que la obra de Cajal no tiene paralelo, por su magnitud y por su trascendencia, con otras muchas que han sido recompensadas con el mismo premio. Veamos en qué se apoya esta afirmación.

El conocimiento de la estructura y función del sistema nervioso es la tarea más difícil de la Medicina. Ningún otro terreno de la investigación biológica ha ofrecido, y sigue ofreciendo, tantas incógnitas. Y, por otra parte, las técnicas para el estudio del sistema nervioso, histológicas y fisiológicas, son de una complicación extraordinaria y de difícil aplicación. Si se tienen en cuenta estos dos factores —complejidad del problema en sí y dificultad de la técnica— y aceptamos, como es forzoso hacerlo, que la mayor parte de todo lo que sabemos actualmente del sistema nervioso se lo debemos a Cajal directamente, o se apoya en los extensos estudios que él realizó, habrá que convenir en que su obra difícilmente encuentra paralelo en otras esferas de la Medicina. Porque no se trata de descubrimientos aislados, más o menos felices o importantes. Se trata de una obra ininterrumpida y sistemática que analiza la estructura y conexiones de todo el sistema nervioso, explicando su complejísimo funcionamiento en forma asombrosamente coordinada. Y lo más extraordinario es que, a medida que pasa el tiempo, sus descubrimientos van adquiriendo más importancia, pues la neurofisiología moderna, con sus grandes progresos de los últimos años, va revelando hechos que ya habían sido certeramente perfilados por Cajal en las interpretaciones que hacía de las redes y circuitos neuronales, que tan magistralmente describió en la complicadísima textura del sistema nervioso.

Aparte de este su valor universal, para España tiene Cajal una significación de trascendencia incalculable. Como es sabido, la aportación hispánica a las ciencias puras y aplicadas ha sido tan pequeña, en general, que esto ha constituido un tema de preocupación para muchos pensadores. El propio Cajal, en su libro *Reglas y consejos sobre investigación científica*, analiza este problema extensamente, repasando las distintas teorías que se han ideado para explicarlo, y rechaza la posibilidad, señalada por algunos, de que el español esté desprovisto de aptitudes para la ciencia. La sola presencia de Cajal basta para desmentir categóricamente esta explicación. Pero el hecho es cierto, y si el caso de Cajal demuestra que el español puede hacer ciencia, tiene que haber otras causas que impidan el desarrollo de estas aptitudes. Desde hace mucho tiempo, una de las explicaciones más extendidas en el extranjero, y defendida en España por muchos pensadores, fué la de que el fanatismo religioso bloqueaba el florecimiento científico. Sobre este punto, Cajal se pronunció en los siguientes términos: "No negaremos nosotros que la exaltación del sentimiento religioso, que ya Cánovas, Valera y otros consideraron como uno de tantos motivos de nuestra decadencia y, sobre todo, las crueldades del Santo Oficio, hayan contribuido bastante a marchitar la flor de nuestra originalidad científica y filosófica. Dejamos apuntado ya que el sabio, por religioso que sea, gana mucho en el ambiente de libre expansión espiritual. Creemos más: que en la actualidad los hombres más ocupados en el problema del mundo suelen ser los menos preocupados de las beatitudes celestiales." Y más adelante, al recordar la célebre polémica entre los krausistas y los tradicionalistas, encabezados aquéllos por Sanz del Río y Revilla, y apoyados éstos por Menéndez y Pelayo, Cajal adopta la opinión de un escritor francés imparcial, Dusolier, que siguió con interés la controversia, y que afirmó: "Contrariamente a los asertos, demasiado modestos o demasiado desdeñosos, de la escuela krausista, creemos que ha existido, en efecto, una ciencia y una filosofía española; pero pensamos también que todo el talento de Menéndez y Pelayo no basta para probar que esta filosofía y esta ciencia hayan sido muy importantes."

Después expone Cajal su propia teoría que llama de la *segregación intelectual* de España, y dice: "La causa culminante de nuestro retardo cultural no es otra que el enquistamiento espiritual de la Península. A la manera de un tumor, el talento hispano desarrollóse, viciosa y unilateralmente, nutriéndose casi exclusivamente de la pobre savia nacional. La frase *Santiago cierra España* no fué sólo el grito de combate de nuestros guerreros, sino la divisa de nuestros sabios." "Como consecuencia de esta segregación intelectual, no prendió en España la semilla del Renacimiento. Los inyectores de esta savia nueva, tales como Lébrija, Pedro Ciruelo y otros, fueron perseguidos. Y no digamos nada de Servet y de Francisco Sánchez, el precursor del cartesianismo y del agnosticismo moderno, porque ambos tuvieron que expatriarse para escribir."

En realidad, lo que Cajal llama enquistamiento espiritual no puede diferenciarse del fanatismo en su más amplio sentido. Y esa es la verdadera causa de la



## CAJAL

## EL MARQUESADO

## Y

## SU ESCUELA

Por

DIONISIO NIETO

esterilidad científica de España. ¿Qué diría Cajal si contemplase los estragos que ese gigantesco fanatismo, que tiene amor-dazada a España, está causando sobre la obra que él había trazado? El Estado fanático español ha dispuesto, para honrar la memoria de Cajal, en el centenario de su nacimiento, que se cree el *Marquesado de Ramón y Cajal* y que el título lo ostente una de sus nietas. Hay que confesar que esta medida no ha podido ser más acertada, pues viene a llenar un deseo más o menos oculto que seguramente abrigó Cajal a través de todos sus esfuerzos por crear una ciencia española. ¿Quién se atrevería a poner en duda que el anhelo más recóndito de Cajal cuando escudriñaba las estructuras del

# IRONIA Y SUSCEPTIBILIDAD

Por Francisco PINA

La ironía, especialmente entre los latinos, tiene su contrapartida inevitable en la susceptibilidad excesiva que despierta en aquellos a quienes va enderezada. Un temperamento vidrioso, irritable, en el que predomina la vanidad y una idea desmedida de sí mismo, soporta las bromas a duras penas, por inofensivas que sean. Por otra parte, la exagerada preocupación por el "qué dirán", la sumisión servil hacia los juicios del prójimo, casi siempre malignos o erróneos, contribuyen a exacerbar esa torpe actitud de vidriosidad antipática consistente en tomar por la tremenda ciertas cosas que, examinadas serenamente, no pasan de ser bromas a flor de piel, sin malicia ni deseo de molestar.

Los anglosajones adoptan una actitud más tolerante y comprensiva ante los dardos de la ironía: se regocijan con ellos, aunque vayan dirigidos contra su propio tejado, y sólo exigen al lanzador de los dardos que lo haga ingeniosamente, con mano certera y oportuna. Esta sensata actitud obedece, sin duda, al deseo de justipreciar con generosa largueza los frutos sazonados del buen humor, las legítimas expansiones del espíritu crítico, las observaciones agudas y felices del hombre que posee un sentido caricaturesco de sus semejantes y que, con mucha frecuencia, suele empezar por burlarse de sí mismo. Decimos que esta actitud es sensata porque, en la justa estimación de todo eso, existe tal vez la idea —a todas luces correcta— de que el empleo de la ironía en proporciones debidas es un acto lógico y necesario en el hombre civilizado. Hay que suponer que los hotentotes no conocen todavía esa refinada actitud espiritual y, por desgracia para ellos, están privados del placer de ejercerla y saborearla.

Infelizmente, los latinos, y muy especialmente los españoles, nos obstinamos en poner cara *feroche* ante el menor rasgo de ingenio capaz de evidenciar nuestras flaquezas; tenemos "poca correa" y nos esforzamos en dar pábulo a la creencia, muy generalizada en el mundo, de que somos gente de "malas pulgas". La observación ingeniosa y aguda, la frase incisiva y veraz, la libertad del pensamiento que se atreve a decir "lo que otros callan", el golpe bien dirigido contra lo que parece intocable, son cosas que nos molestan y enfadan, actitudes que no entendemos, o mejor dicho, que no queremos entender. Tal vez por ser así, y teniendo en cuenta aquello de "Tú que no quieres caldo, dos tazas llenas", somos el pueblo que ha dado hombres como Quevedo, como Gracián, como Goya, como Larra, como Unamuno, como Baroja... Hombres de genio que no se caracterizan por "tener pelos en la lengua" y que posiblemente no los tuvieron —en ocasiones con demasía— como reacción contra un ambiente pazguato que se asusta ante la verdad necesaria.

Hasta la ironía balsámica de Cervantes, tan henchida de humanidad y ternura, debió parecer a muchos de sus contemporáneos algo así como la explosión de un grosero resentimiento, el escape de un soterrado y agresivo instinto burlón. "Con la Iglesia hemos topado, Sancho". De ahí proviene también, entre nosotros, el hecho de mostrarnos tan reacios a tomar en serio algo que es indispensable tomar muy en serio: me refiero a las obras que puede producir el genio cómico. Es un error muy grande despreciar la comicidad trascendente —el chiste y el retruécano son otra cosa—, y considerarla como un producto espúreo del espíritu creador. Eso puede llevarnos a una actitud tan ridícula como la que adoptaron en su tiempo los hermanos

Argensola ante el autor del *Quijote*. Estos poetas cortesanos, consideraban al mayor genio de su tiempo como un simple "escritor festivo", es decir, un autor de cierto ingenio, capaz de escribir cosas que podían provocar la hilaridad de los carreteros, los aguadores y otras gentes sencillas pertenecientes al "populacho".

Una actitud semejante puede llevarnos también a la injusta puerilidad de considerar, por ejemplo, a Bernard Shaw como un triste payaso, lleno de egolatría y bajas pasiones. Claro está que Bernard Shaw es algo, mucho más que eso: es el autor de bastantes obras maestras de la dramaturgia universal, como *Santa Juana*, *Cándida*, *Androcles y el León*, *El dilema del doctor*, etc., etc. Y he citado de Bernard Shaw porque me duelen los oídos de escuchar en boca de personas que han pasado por la Universidad esa tonta cantinela de que es un escritor frívolo y superficial.

(Sigue en la pág. 45)



Don Santiago Ramón y Cajal, en 1885.

sistema nervioso era que se crease el marquesado de Ramón y Cajal, y que en el frontispicio de su laboratorio se grabasen los correspondientes blasones nobiliarios? Nadie lo duda. Y es de lamentar que esta distinción no haya podido disfrutarla en vida, pues en lugar de haberle llamado *don Santiago* cuando nos dirigíamos a él, hubiéramos tenido que decir, por ejemplo: "Señor marqués, ¿no quiere usted decirnos qué significación tienen las fibras corticotalámicas?" Estamos seguros de que esto le hubiera colmado de júbilo. Porque lo demás, la integración de la investigación científica en España, la creación de una escuela que continuara sus esfuerzos, eso no tenía la menor importancia para Cajal. Y la prueba es que, interpretándolo así, el nunca bien comprendido Estado español decretó la destrucción de su escuela. Tello, el sucesor de Cajal en la cátedra y director del Instituto, fué destituido de ambos puestos y apartado de toda labor docente y científica. Fernando de Castro, distinguido e infatigable investigador del Instituto, de renombre internacional, tuvo que apartarse en gran parte de la investigación para desarrollar otras actividades porque no podía vivir. Pío del Río-Hortega, el genial descubridor de la microglía y autor de tantas aportaciones primordiales a la histología del sistema nervioso, tenaz continuador de la obra de Cajal, murió expatriado en Buenos Aires. Vázquez-López, investigador de recia calidad, autor de importantes trabajos de histología y patología experimental, murió expatriado en Londres. Costero, la figura más vigorosa de la nueva anatomía patológica española, tuvo que refugiarse en Méjico, donde continúa su formidable labor docente y de investigación. Entre los que trabajaban en el Instituto Cajal en 1936, aparte de Tello y Castro, cuya suerte ya se consignó, se encuentran expatriados: Prados Such, en Canadá; Florencio Villa, Juan Manuel Herrera, en Panamá; Rodríguez Pérez, en Colombia, y el que esto escribe, en Méjico.

Este es el balance. Como puede verse, difícilmente se pueden cumplir con más fidelidad los propósitos de don Santiago: creación de un marquesado y disolución de su escuela. A cien años de su nacimiento, si contemplase lo que se ha hecho para continuar su esfuerzo, no tendría más remedio que llorar.

(Méjico, noviembre de 1952)

OTAOLA



Otro caso que podría citarse es el de Chaplin. A nadie se le ocurre ahora negar su genio, pues ya nadie se atreve a negar una cosa tan palmaria. Pero es fácil recordar que en cierto periodo de su carrera, cuando ya era posible advertir claramente destellos geniales, prometedores de una madurez exuberante, había en el mundo muchos seres "enchisterados y levitados" que se resistían a ver en él otra cosa que no fuera un triste payaso de circo ambulante. Y fueron, como siempre, las personas de inteligencia más clara y alerta, también de sensibilidad más fina, las que vieron en seguida, tras las bufonías de los tropezones las tartas de crema, a un cómico capaz de revolucionar al cinema. Otras personas, más obtusas, se empeñaron en clasificarlo como un actor bufo, que fracasaría rotundamente en cuanto pretendiera salir de su reducida esfera. Y ponían el grito en el cielo si alguien hablaba de la genialidad de Chaplin. Este no tardó mucho en demostrar que era tan excelente en lo dramático como en lo cómico, y existen muchas personas, entre las cuales me cuento, que lo consideran superior en la actuación tragicómica.

Estas ligeras consideraciones sobre la ironía y la susceptibilidad, así como las que he formulado acerca de nuestra actitud irritada y hostil ante la persona que ejerce el derecho a ser irónico —sobre todo con aquellos que lo merecen— me han sido sugeridas por el revuelo provocado aquí en México, entre algunos españoles desterrados, por la aparición de un libro que se titula *La librería de Arana*, escrito —como es sabido— por un vasco que se apellida Otaola y editado en buen papel, con un tipo de letra clara y numerosas ilustraciones que avaloran el valioso texto.

Me apresuro a decir que Otaola, un duendecillo observador y travieso, tan provisto de ingenio y de gracejo como carente de mala fe, es un excelente amigo mío. Pero no es esta circunstancia, precisamente, la que me impulsa a defenderle en su derecho de escribir un libro como el que ha escrito, sino que mi actitud obedece a una idea que tengo muy arraigada: la idea de que a un escritor que verdaderamente lo sea, hay que ponerle las menos trabas posibles. ¿Es que preconizo el derecho del escritor a "meterse" sin ton ni son con sus prójimos? Claro está que no. Lo que defiendo, simplemente, es la posibilidad de dar rienda suelta a un temperamento literario que manifiesta una clara tendencia al cultivo de la ironía y el humorismo.

La verdad es que Otaola no se "mete" con nadie, no le cuelga sambenitos a nadie, no inventa nada que pueda perjudicar a nadie, ni siquiera levemente. Se limita a esbozar unas semblanzas —notables por su agudeza y clara visión— en las que la gente aparece tan semejante a sí misma como lo es una gota de agua a otra. Pero Otaola, que sabe perfectamente hasta donde puede llegar en el análisis del prójimo, se detiene ante todo lo que rebasa en un ápice el campo de observación permitido a un escritor de su estilo y de su vena. Y no creo que lo haga por ineptitud suya para calar más hondo, sino por el hecho evidente de que no abriga el menor deseo de sacar al sol los trapos sucios. No. Está claro que no era ese su propósito al escribir el libro. Su propósito consistía en hacer —y creo que lo ha logrado plenamente— una crónica ligera y graciosa, veraz y amena, de la emigración española en México. El no tiene la culpa de que algunos elementos de ese conglomerado humano ofrezcan un blanco irresistible a las flechas de su sana ironía y su humorismo de buena cepa. Mas por el sólo hecho de disparar sus flechas —que, lo repito, no son flechas envenenadas— hay gentes que han pretendido sacar las cosas de quicio, atribuyendo al ágil arquero unas intenciones aviesas que están muy lejos de su ánimo. Una señora, por cierto amiga mía, se enfureció por la aparición de la obra y dijo pestes de ella y de su autor, porque, según tenía entendido, la aludía en forma poco amable. Lo curioso del caso es que Otaola no menciona en su libro para nada a esta señora, cuyo disgusto inexplicable tenía su origen en un error: una información falsa de algún tonto... o de algún pillo que quiso divertirse a costa del mal humor de mi amiga.

Otra cosa que ha puesto todavía más serios a los llamados "hombres serios", haciéndoles perder su fingida ecuanimidad, es una de

las ilustraciones del libro. Se trata de un dibujo de Juan Renau en el que aparecemos unos cuantos innominados —todos, eso sí, amigos del autor— en atrevida mezcolanza con los genios más prominentes de la literatura española de ayer y hoy. Y para acabarlo de arreglar, el dibujo tiene nada más que este titulito: *La España eterna*. ¡Qué ocurrencia tan diabólica! ¡Qué verdad tan monstruosa! ¿Pero es posible? ¿Es que alguno de los que aparecemos en el dibujo piensa en serio que pertenece a esa *España eterna* y debe ocupar un sitio junto a los inmortales? ¿Y además abrazados a ellos en forma tan irreverente? Claro está que no. Claro está que se trata de una broma más bien inocente que, sin embargo, ha resultado muy pesada para los "hombres serios". Estos, como es lógico, han resentido la ofensa en el fondo de su pètrea seriedad. Naturalmente, han reaccionado exactamente con arreglo a los deseos del incorregible bromista. Yo, por desgracia mía, estoy pegado nada menos que al señor del *Quijote*, quien, por un capricho del dibujante, me echa la mano sobre un hombro y me mira tiernamente, como si fuera mi abuelo. Un joven literato, que parece en el libro de Otaola tratado en forma cariñosa, me decía la otra noche con visible estupor: "Verdaderamente... verdaderamente... es gordo eso de que aparezca usted abrazado con don Miguel de Cervantes"... "Lo mismo podía estar abrazado con Luis del Val —le contesté—. Pues se trata de un asunto en el que no tengo arte ni parte".

Otros parece que no quieren perdonar a Otaola que tenga gracia, dotes de observación y facilidad en el trazado de caricaturas certeras y divertidas. Yo podría figurar muy bien entre estos últimos, porque aparezco frecuentemente en esas páginas desenfadadas y, en ocasiones, creo ver mis rasgos deformados por la hábil mano de un caricaturista con talento. Pero, la verdad, como la caricatura es enjundiosa, prefiero reirme con ella a poner esa cara larga, de alpargata, que caracteriza a los "hombres serios".

Por otra parte, si se piensa bien la cosa, tal vez haya que agradecer a Otaola que se detenga en los perfiles de una caricatura que suele ser amablemente irónica. Porque creo que es un observador sutil y penetrante, que puede llegar con cierta facilidad al trasfondo del alma, a ese oculto rincón del espíritu que el hombre esconde siempre tesonosamente. Y se advierte que su pluma, capaz de calar más hondo, se detiene a veces pudorosa ante el cúmulo de pequeñas miserias que se agazapan en el fondo de la naturaleza humana.

Para mí —y esto lo he dicho en otra parte— *La librería de Arana* es un libro vario, jugoso, retozante, cuajado de los mejores incentivos para el lector inteligente. Un libro que se asemeja a una alegre y brillante feria colmada de una alacridad contagiosa, de un atrayente bullicio y diversiones bien ideadas para complacer el gusto más exigente. Y la verdad es que, en esta feria polícroma, hasta la música de organillo suena como si fuera de Barbieri.

Como ocurre siempre en estos casos, no han faltado los que pretenden matar al libro tendiendo en torno de él eso que se ha venido llamando "la conspiración del silencio". Empeño vano. *La Librería de Arana* es una de esas obras "que tienen gancho". Su aparición suscitó una viva curiosidad; se está leyendo con interés y se discute hasta con apasionamiento. No es, por lo tanto, uno de esos innumerables libros que nacen muertos.

Por fortuna, la gran mayoría de los que forman la emigración republicana en México —protagonistas más o menos anónimos de este libro— son personas de criterio amplio, que, en lo general, han vivido intensamente, y a pesar de todos los pesares suelen conservar intacto el sentido del humor. Estos han comprendido la actitud de Otaola, han comprado su libro, se han regocijado con él... y no han rasgado sus vestiduras con aspavientos fari-sáicos.

En fin, en esta pequeña pero enconada y sorda lucha entre la ironía y la susceptibilidad, esta última lleva siempre todas las de perder. Porque la ironía es una flor del espíritu, mientras que la susceptibilidad no pasa de ser un modestísimo cardo borriquero...



TODA LA CORRESPONDENCIA A "LAS ESPAÑAS" DEBE DIRIGIRSE AL APARTADO 20921, MEXICO (1), D. F.

# EN EL CENTENARIO DE MARTÍ

Por A. de la SIERRA

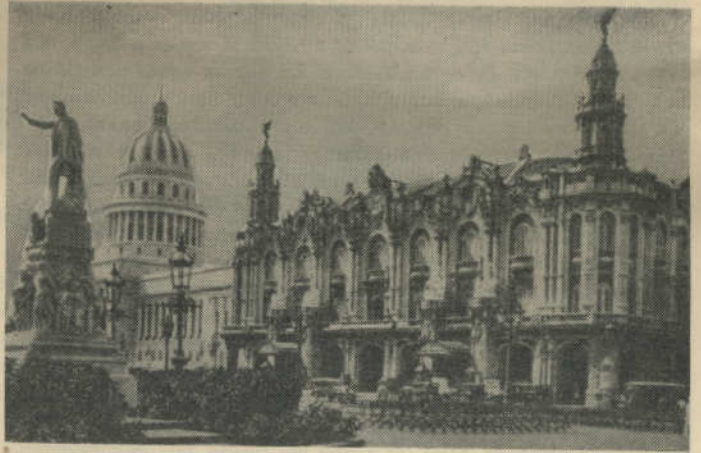
LOS pueblos hermanos de Hispanoamérica, y señaladamente Cuba, celebran este año el primer centenario del natalicio de José Martí. Con la desvergüenza en él habitual, el gobierno de Franco ha tenido el atrevimiento de recordar su figura; recuerdo que es una afrenta a la memoria de Martí, al pueblo español y al cubano.

España, aherrojada hoy por el franquismo más cruelmente y a costa de muchos más muertos que lo estuvo Cuba por la monarquía borbónica, la España liberal que Martí amó al tiempo que luchaba contra la sacristanesca, señoril y cuartelera que persistía en mantener a Cuba bajo dominación "colonial", debe reflexionar en este centenario de tanta significación histórica, relacionado con el desprendimiento de los últimos trozos de aquel imperio de lengua española, en cuyos inmensos dominios "nunca se ponía el sol", creado en el Nuevo Continente por los descubridores, conquistadores, misioneros y colonizadores españoles y cimentado en la fusión de éstos con los pueblos aborígenes.

Hijo de valenciano y canario, José Martí y Pérez quiso hondamente a sus padres y a la España que eran ellos; honrados y buenos, aunque de horizontes intelectuales limitados, que nunca comprendieron a su hijo. Espíritu universal, abierto a todas las inquietudes y fuentes del saber, Martí es español por su estirpe española, e iberoamericano por su moral y su cultura. Si atacó a la dominación española en América, no fué por odio a España ni a lo español, sino porque sufrió directamente la injusticia de la opresión colonial.

Hombre sin rencores, habló del "español bueno", del "español justo"; y si alguna vez cayó en las apreciaciones unilateralmente negativas de la "leyenda negra", es comprensible y disculpable en el patriota liberal que, perseguido por zafias autoridades reaccionarias, sufrió toda clase de dolores.

Martí estudió en nuestra península el bachillerato y las carreras de Derecho y Filosofía y Letras; allí trabó amistades y conoció la diferencia entre la España oficial de la monarquía —subyugadora de Cuba— y el pueblo español, con quien se fundió y vibró de entusiasmo al proclamarse la República de 1873. Admirador de Pi y Margall, puso entonces sus esperanzas en los federales españoles que, junto con los mejores espíritus de España —Giner de los Ríos entre ellos—, defendieron siempre la autonomía de la Isla. Si estas esperanzas no



cuajaron en realidades, no fué la culpa de Martí, ni del federalismo español —que no vale confundir con el cantonalismo turbulento—. Pi y Margall, que luchó denodadamente por las aspiraciones autonómicas de los cubanos, fué —como muchos otros— acusado de mal patriota y aun de traidor por los antepasados espirituales de este energuménico Millán Astray —superior en cerrazón mental a aquellos abuelos— que en 1936 gritaba "¡muera la inteligencia!, ¡muera los catalanes!, ¡muera los vascos!", clamando con demencial frenesí por una España física y moralmente mutilada, como él. Una política miope, intolerante y mezquina, cerró las puertas a la concepción federal del Estado que hubiera podido mantener una Cuba autónoma en fraternal unión con los pueblos peninsulares de su linaje y cultura. Concepción españolísima (cuyos antecedentes medievales están en las repúblicas vascongadas, las comunidades castellanas y la confederación catalano-aragonesa), que de haberse desarrollado antes y haber triunfado al tiempo de las Cortes de Cádiz hubiera permitido a los hispanoamericanos obtener su libertad en una gran Confederación Ibero-Americana (ibérica y americana) de pueblos, dentro de cuyos libres territorios "nunca se hubiera puesto el sol".

Al luchar por Cuba, Martí afirmaba: "la pelea no es entre cubanos y españoles": "por la libertad se lucha en Cuba y hay muchos españoles que aman la libertad." Y de él son estas palabras de trágica actualidad: "España defendió la libertad con brío, antes que el resto de las tierras y merece gozar de la libertad en más paz que ellas".

En este centenario recordamos al quijotesco isleño que en todas partes rompió lanzas por la justicia, al hombre bueno y sin odios, al amante de España y de su cultura, al cubano que ante la torpeza de un régimen cerril no encontró más camino para la liberación de su patria que el muy doloroso de luchar contra la España oficial de sus padres; y deseamos al pueblo cubano y a todos los de Hispanoamérica la era democrática que Martí soñó. Hacia ella caminan venturosamente algunos; otros, por desgracia, han de luchar todavía contra satrapías y dictaduras odiosas, como la gobernación colonial.

## NOTICIAS

RAMÓN GAYA se ha trasladado a Venecia, donde continúa su obra pictórica.

NUESTRO AMIGO Y COLABORADOR el ex-rector de la Universidad de Barcelona don Pedro Bosch-Gimpera ha dejado el puesto que tenía en la UNESCO y ha regresado a México para reanudar su labor de investigación y docencia en la Universidad Nacional Autónoma de esta capital.

EN EL CENTRO CULTURALE ITALO-SPAGNOLO "Bruno Pierloni", de Roma, nuestro querido amigo y colaborador don José María de Semprún y Guerra dió un cursillo de conferencias sobre "Libertà e democrazia nella storia del pensiero politico spagnole. Le correnti contrarie alla tirannide e all'autoritarismo".

POR CIERTO, la falta de espacio nos impide la publicación completa de la carta abierta del señor Semprún de la que en el número anterior reprodujimos una parte. Este documento, ha sido impreso, y muy favorablemente comentado en los círculos de la emigración española en diversos países.

TAMBIÉN CON EL TEMA "EL PENSAMIENTO HISPÁNICO SOBRE LA LIBERTAD", dió una conferencia en la Sorbona de París don Félix Gordón Ordás.

DURANTE EL ÚLTIMO VIAJE DEL BUQUE ESCUELA "Juan Sebastián por costas de Hispanoamérica se han producido muchas deserciones entre su tripulación. Sólo en Costa Rica se quedaron quince tripulantes. Otros habían desertado antes en Brasil y Panamá.

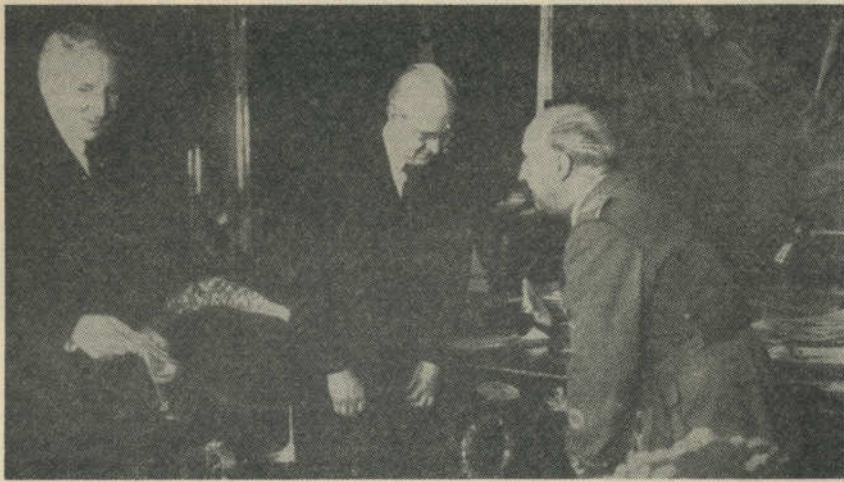
EN LOS CURSOS DE INVIERNO DE ESTE AÑO organizados por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México han intervenido los siguientes compatriotas:

Ramón Xirau.—Tres conferencias sobre "El sentido de la muerte en la poesía mexicana".

José Gaos.—Cinco conferencias con el título "Confesiones profesionales".

Adolfo Sánchez Vázquez.—"Tres españoles ante España" (Tres conferencias).

# LA IMPOSTURA EN CUEROS



Por

Enrique ANGULO

He aquí una fotografía que sonroja y que debe avergonzar a los mismos partidarios del "Caudillo", Franco, el "restaurador del Imperio Español", se dobla en una reverencia servil ante el Secretario de Comercio de los Estados Unidos, Charles Sawyer. No cabe más vileza personal ni menos sentido del decoro.

HA llegado el momento, era inexorable, en que la política exterior del régimen franquista ha dejado al descubierto su enorme fraude. Y ahora que el hecho se produce, no estaría de más recordar que la evolución de las circunstancias nos ha dado la razón a quienes denunciábamos la naturaleza íntima de los acontecimientos mundiales en relación con nuestra patria.

Toda la política exterior de Franco desde 1945 ha tenido un objetivo primordial, que le imponían su precaria situación interior y la internacional resultante de sus antecedentes. Para alcanzarlo, la diplomacia franquista se ha valido, sin escrúpulo alguno, de cuantos medios tenía a su alcance. El objetivo era el pacto con los Estados Unidos. Los medios eran la solidaridad iberoamericana y la solidaridad hispano-árabe. Estando a punto de alcanzar su propósito, ambas solidaridades son abandonadas como instrumentos inútiles y gastados. Es el fraude sin paliativos ni atenuantes.

Para Franco no era posible entenderse con Washington —después de su fracaso al querer entenderse con Londres merced a la carta que envió a Winston Churchill— de buenas a primeras. Uno de los acuerdos de Potsdam, que le cerraba el paso a la ONU, y la declaración tripartita, concretaban la hostilidad de la coalición victoriosa hacia el franquismo. Las grandes potencias no se decidieron a ir a fondo, pero, por lo menos, crearon una situación de hecho desfavorable al régimen del general ferrolano. Habiéndose hundido sus grandes protectores —Hitler y Mussolini—, Franco veíase desamparado en el campo internacional, vecino de una Francia radicalizada y a duras penas contenida por Estados Unidos e Inglaterra.

Entonces, empezó la maniobra iberoamericana, y la hispano-árabe. La primera parecía bastante lógica. Se trataba de enlazar con los gobiernos de Centro y Sudamérica que tenían características semejantes al del generalísimo. Salvando un Atlántico de diferencias en algunos casos, Franco logró el enlace. Unas veces eran regímenes con evidentes simpatías por el nazifascismo. Otras, simples satrapías reaccionarias supervivientes gracias al apoyo de las grandes compañías norteamericanas, que obtenían, a cambio, jugosas ganancias. Había, pues, puntos de coincidencia diversos y variables. Desde Madrid se hizo lo necesario para ponerlos de manifiesto. Y así se fué constituyendo la red pro franquista en Iberoamérica, explotando también la hermandad de sangre y de lengua. Naturalmente, el beneficiario exclusivo de la maniobra era el franquismo que, a cambio de nada, obtenía un apoyo cada vez más extenso en el campo internacional. Los países iberoamericanos que se lo otorgaban iban aumentando, paralelamente a la marcha triunfante de la reacción en el Hemisferio Occidental...

La maniobra hispanoárabe era más complicada y tenía un talón de Aquiles más fácil de descubrir. Pero también era factible, dadas las circunstancias. Franco era repudiado por Inglaterra y Francia, ambas con gobiernos influidos más o menos por el socialismo democrático. Los países árabes, por su lado, tenían que luchar contra París y Londres como metrópolis que los tenían sojuzgados o semicolonizados. Había, pues, un punto de coincidencia. Y entonces se resucitó la leyenda del testamento isabelino —leyenda en el sentido de que no es posible interpretarlo como se requeriría en la circunstancia presente, y leyenda porque de los dos Reyes Católicos el verdaderamente africano fué Fernando— y se desempolvó una comunidad y una hermandad mil veces desmentida por el propio Franco y la camarilla africana e imperialista, de tono menor, que le rodea.

Hubo un tiempo en que algunos reyezuelos de países árabes y varios jefes nacionalistas musulmanes visitaban a Madrid y eran objeto de calurosas y cordiales acogidas. Martín Artajo hizo un recorrido triunfal —buen dinero costó a las arcas espa-

ñolas la espontaneidad de las acogidas entusiastas— por diversas capitales del Cercano Oriente. Sin embargo, los resultados eran magros. Parecía existir un motivo recóndito para que tanto esfuerzo, tan exquisita cortesía y no menor derroche de finezas, no diera frutos clamorosos. Algo había, en efecto, que impedía el remate de la maniobra. Era, sin duda, el Marruecos español. Y era, también, la doblez nunca desmentida del caudillo hispano, de quien se sospechaba con razón.

A nuestro juicio, Franco estaba emplazado también en el área internacional y tarde o temprano se vería envuelto en su propia red. Sólo había que esperar que los acontecimientos madurasen. Era lógico suponer que los hechos pondrían al impostor entre la espada y la pared. Por un lado, los países árabes semiindependientes del Cercano y Medio Oriente habrían de evolucionar hacia su total independencia y hacia revoluciones hondas. Ello llevaría implícita una radicalización de la lucha contra el imperialismo, al mismo tiempo que una mejor comprensión de sus intereses y de las realidades circundantes; igualmente, el establecimiento de regímenes más acordes con la voluntad de sus pueblos. Esto sería un golpe para el franquismo, el cual, para encontrar aliados de verdad, ha de buscarlos entre los de su propia calaña. Así, pues, se presentó el problema del mando unificado del Medio Oriente, proyecto anglonorteamericano que ofrecía a Egipto la retirada de las fuerzas inglesas de la zona del Canal de Suez, pero para sustituirlas por un ejército internacional. Naturalmente, la reacción egipcia fué de repulsa. Pero la diplomacia franquista, en busca del mendrugo de Washington, salió a la palestra ofreciéndose como gratuita mediadora y alardeando con una supuesta influencia. Todo movimiento nos descubre, dijo Pascal. Esta iniciativa empezaba a descubrir a los hombrillos que en Madrid se creían nuevos Metternich o Talleyrand, según la moral privada de cada caso.

Por el otro lado, la reivindicación nacionalista de los pueblos colonizados de Noráfrica seguía su evolución hacia el climax. El Marruecos español, envuelto en el complejo inestable de la zona, no podría escapar a las repercusiones. En Túnez se pusieron las cosas al rojo vivo. La diplomacia franquista seguía alimentando una versión confusa de los sucesos. Sus argumentos eran que en todas las colonias se producían disturbios, estallaban los descontentos, corría la sangre, menos en la zona española marroquí. Ello demostraba, afirmaban campanudamente los escribas caudillescos, que Franco aseguraba a sus marroquíes un régimen justo, humano, etc., etc. En una palabra: que en el Marruecos español daba gusto vivir independiente y soberanamente, en avanzado régimen social, sin explotación colonial. Gracias al Caudillo.

Pero la fiebre nacionalista subió de punto en el Marruecos francés, y empezó a extenderse al español. ¿Qué iba a pasar? ¿Acaso no había recibido el Caudillo al Jalifa y acaso no estaba elaborado ya un maravilloso plan de autonomía y muchas cosas más? Cual nuevo capitán del Islam, el dictador del Pardo iba a saldarse su deuda con los rifeños en forma espléndida y grandiosa... En realidad, la expectación era de fin de mundo. Pues bien, la diplomacia franquista cambió de rumbo inmediatamente. Ya no era legítima la reivindicación nacionalista. Todo era intriga y maquinación comunista movida desde Moscú. Y España, la hermana, la amiga, advertía a los marroquíes que la espada justiciera estaba desvainada, presta a dar tajos y mandobles en bien de la estabilidad colonizadora.

Lo conseguido no era poco: un entendimiento secreto entre el gobierno de París y el Caudillo. A poco, el franquismo entraba en la UNESCO con el voto francés. También con los votos de los estados árabes. Y hasta con la mayoría de los iberoamericanos.

No era fácil a los árabes cambiar de la noche a la mañana. Todo requiere tiempo. Y, sobre todo, nadie está dispuesto a reconocer, de buenas a primeras, que ha sido engañado y burlado. La reacción árabe y musulmana no ha madurado aún. Pero los síntomas primeros ya apuntan. Los jefes nacionalistas, engatusados por las promesas y las buenas palabras del *generalísimo*, empiezan a abrir los ojos y a descubrir el fraude. Nos consta que más de una cancillería del Cercano Oriente revisa su posición desde hace algún tiempo. Todo se andará. Porque la careta ya está rota. Con la España franquista los marroquíes no tienen la menor esperanza, no ya de independencia, sino ni siquiera de autonomía real. Y quizá sea culpa nuestra, de los españoles que presumimos de republicanos avanzados, de socialistas, de anarquistas, de hombres liberales y demócratas, el que árabes y musulmanes no hayan dado el viraje antifranquista que el destino les ha de imponer. Porque todavía está por fijar la posición clara y decidida, la doctrina seria de la España democrática —la de verdad, a lo hondo, no de garrulería— en relación con Marruecos y con el problema colonial en general. Y como ya es hora —una hora muy retrasada, ciertamente—, digamos por hoy que no concebimos una España libre mientras Marruecos siga siendo una colonia. ¡Y qué colonia!

La otra cara de la impostura franquista da a Iberoamérica, como ya hemos dicho. Recientemente, el pasado mes de enero, se produjo en Bolivia un movimiento antirrevolucionario con inconfundibles connivencias falangistas. Y, antes de seguir adelante, vale la pena que reparemos por un momento en el caso boliviano. Abril de 1952 señala el comienzo de una nueva era para ese país con la revolución popular, que lleva al poder a Paz Estenssoro. El nuevo régimen que viene a destruir la oligarquía de los barones del estaño recuperando la riqueza minera del país mediante la nacionalización, y a eliminar el feudalismo agrario con una reforma ahora en preparación, es reconocido inmediatamente por Madrid. Y la explicación, declarada ante los periodistas mexicanos por el propio canciller boliviano Guevara Arza, es ésta: como tanto se había dicho que éramos nazis, Franco creyó que nuestra revolución estaba inspirada por móviles parecidos a los que empujaron a los generales españoles a sublevarse...

La realidad es que el franquismo está en pleno declive en Iberoamérica. Y hasta un órgano peronista critica ahora fuertemente

al Caudillo. ¿Por qué? Porque también aquí la impostura ha quedado al descubierto y toda la faramalla de la hermandad y de la falsa hispanidad —que nunca pudieron penetrar en México ni en Guatemala— no logra tapar la vía de agua. Precisamente cuando la corriente predominante en Iberoamérica es la lucha por salir del régimen semicolonial patrocinado por los Estados Unidos, semicolonialismo que plasma en lo económico y en lo político; precisamente cuando el iberoamericano trata de sacudirse las satrapías que lo devoran; precisamente cuando Iberoamérica agudiza su combate en pos de la conquista de una soberanía cabal y de una plena igualdad de derechos; precisamente en este instante, el franquismo apoya, como en Bolivia, la contrarrevolución, la satrapía entreguista y, para colmo, se vende completamente a los Estados Unidos, llegando a negociar la enajenación de parte del territorio español.

Naturalmente, y repetimos lo dicho en el caso de los árabes y los musulmanes, toda esta situación requiere tiempo para madurar y para que los síntomas del repudio generalizado de Iberoamérica al franquismo se hagan visibles. Lo importante es que la impostura ha quedado en cueros. Todo lo demás vendrá por sus pasos. A medida que caigan las satrapías —que todavía son muchas, pero cada vez más debilitadas— de Centro y Sudamérica, el desprecio oficial hacia Franco y su régimen irá ahondándose. Son muchos los que en Iberoamérica apuntan contra el dictador español, por haber comprendido que es una más y de las principales entre las fuerzas negras que quieren fortalecer las cadenas que atan a los pueblos del Hemisferio Occidental. Los especialistas de la represión que el franquismo tiene en el Perú por ejemplo, son una espina clavada en el corazón de los iberoamericanos.

Gran daño a nuestra patria ha causado el franquismo. Pero no es pequeño el que ha producido en nuestra, también entrañable, América del Río Bravo para abajo. Los iberoamericanos ya han comprendido la comunidad de destinos, la obra histórica que nos espera a todos. No se trata del pasado; es el futuro el que une a españoles e iberoamericanos. Y por ello, como ya dijimos en el caso de los marroquíes, hemos de afirmar ahora: no habrá una España libre mientras en Iberoamérica no haya cabal soberanía, independencia económica y regímenes del pueblo. Pero tampoco será libre Iberoamérica mientras España esté encadenada.



## LOS AMIGOS NOS DICEN....

...Siempre hemos convenido los amigos de aquí en que debíamos ayudaros, pues merece firme apoyo vuestra labor, vuestra constancia y el tono cada vez más digno que habéis sabido dar a la revista. Aunque es un grupo pequeño el que desde aquí comienza a apoyaros, pienso en lo estupendo que sería poder asegurar la publicación de LAS ESPAÑAS de una manera periódica. ¿Qué dificultades hay hasta ahora? ¿Qué suma mensual se necesita? ¿Cuál es el déficit? ¿Cómo podemos contribuir a cubrirlo?

Creo que del contacto entre nosotros y vosotros y tal vez de grupos similares en la emigración española en otros países, podría llegarse a una relación positiva y abrir la posibilidad de una labor conjunta que diera motivos para revitalizar la fe en sí misma que necesita nuestra multitud de solitarios escépticos.

No os cabe a vosotros ese calificativo, por fortuna. Porque es muy estimable que hayáis persistido en vencer con una constancia alentadora las dificultades que siempre amenazan la vida de una publicación como LAS ESPAÑAS. Hemos comentado con elogio esa frase del llamamiento a la ayuda económica que no amenaza con la desaparición de la revista, sino que afirma vuestra decisión de seguir publicándola en cuantas ocasiones recibáis el dinero preciso.

(P. F. - Chile)

...Uno de los principales títulos de gloria de LAS ESPAÑAS (dentro de un clima como el nuestro inveterado, tan lleno de exclusivismos, tabúes, intransigencia y parcialidades) consiste en haber suscitado y hecho posible la colaboración de pareceres diversos y aun contrapuestos, pero que, por el espíritu de la Revista, pueden, sin abolirlas, superar diferencias y coincidir, sobre un alto plano espiritual, en aspiraciones comunes de renovación nacional y en el mutuo respeto a la posibilidad de la divergencia. Pero siempre, repito y subrayo, con un mínimo indispensable de coincidencia en la dirección general del pensamiento, en la actitud del espíritu; porque (y éste es otro aspecto de los valores que LAS ESPAÑAS ha apadrinado) no se ha tratado nunca, por fortuna, de una libertad negativa y pasiva, de una libertad de indiferencia, que hubiera hecho de la Revista un monstruoso cajón de sastre; sino que ha mantenido, ha procurado, a redactores y lectores, un modelo de libertad positiva, de amplísima libertad, regida con amplísimo criterio: pero no sin criterio alguno. Con un criterio que, forzosamente —plausiblemente—, tenía que excluir algunas posiciones, que es difícil saber si podrán ser respetadas en el terreno legal de la libertad política, pero con las cuales no se puede coincidir en el ambiente tan acertadamente escogido por ustedes. En este sentido, el último número es un modelo.

Esa página central, poética, plurilingüe, constituye por sí sola algo más que un acierto: es todo un programa de cultura española.

(J. M. S. - Italia)

## DISPARADERO DE "LAS ESPAÑAS"

LA *España peregrina* —como reapellidó el ahora reperegrino Bergamín a los españoles que *dispersó la danza*— debiera llamarse la España estática y hermética. ¿Razón? Que la pobre no entiende nada, no aprende nada, no *ve ni huele* nada. Se le paró el reloj en una encamisada primavera, cuando el remoto abril de 1939, y cada vez que los relojes vivos hacen sonar las nuevas horas, suelta un tropel de admiraciones aldeanas (¡¡¡¡¡) o de preguntas (?????) indiscretas. El hombre de hoy la escucha —si la escucha—, entre indignado, molesto y compasivo, tal cual suele escucharse a esas abuelas sordas que cuentan y recuentan las recontadas cosas de sus tiempos. Se habla, digamos, de la despampanante lucha libre, de esa especie de gigantesco *rosario de la aurora* que viene a ser la ONU, o de otras delicias semejantes, y, la abuela mete baza en seguida: "En mis tiempos —dice—, había más decencia..."

"¡Decencia! ¡Vaya una palabreja! ¿Será algún arcaísmo?" —se preguntan mientras bostezan como gatos los aburridos nietos—. La ingenua viejecilla sigue dale que dale, machacona, inactual, aislada detrás de su sordera, donde, de cuando en vez, rebota la impiedad de una burla que se ha ganado a pulso. Porque, ¿qué culpa tiene nadie —y menos que nadie la vida en plenitud—, de que la muerte no llegue siempre a tiempo?

Ni más ni menos le está ocurriendo a nuestra *España peregrina*, o refugíbera, como aquí se dice. No entiende el *realismo* al uso y, claro, se hace cruces de todo lo que mira. Así, por ejemplo, se escandaliza de que los liberadores profesionales anden con la zarpa en la greña por cuál ha liberado o se dispone a liberar más miriadas de átomos, mientras la liberación del hombre, al parecer, no les importa un higo. Y es eso: que no entiende. Porque, en primer lugar, nadie libera a nadie (Don Quijote, cada vez que intenta ese imposible, mete la zanca hasta las corvas, y nada digamos de Jesús, que sembró amor y sencillez en Doce Apóstoles, y sufre una cosecha inacabable de fraccionadores celestes, Papas, inquisidores y purpurados doblados de lo mismo); después, no se da cuenta de que si el hombre fuera liberable, y alguien lo liberara, lo de Hiroshima, al lado de lo que iba a pasar, vendría a ser como el recuerdo, ahora, de una verbena en los Madriles, y, por último, se obstina en no entender que la libertad no importa un pito a nadie.

El *hombre de hoy*, limpio de mugre mística y curado de esa especie de sarna que fué el romanticismo, se ha vuelto muy humilde. Ya no se cuelga un Dios que adorne e ilumine la oscuridad de su principio, y ni siquiera cree en la exclusiva del mono darwiniano. Piensa, —y piensa bien—, que pudo colaborar el tigre, por ejemplo, y que en rigor, ni al cerdo mismo podría descartarse. De ahí que, puesto a escoger entre andar enyesado con sueños y palabras y muchos televisores, muchos *haigas* y muchas prendas nylon, prefiera, sabiamente, lo que hace muelle y cómoda la vida.

Así lo han entendido también algunos *peregrinos*, y esa agilidad y comprensión les ha permitido salvarse por su cuenta. Sin embargo, como no cuenta la excepción, sino el conjunto, y éste —es decir, la España que Bergamín llamara peregrina— sigue cerrado a cal y canto, no hay forma de que nos luzca el pelo.

Los amigos que tuvo se hartaron de oír su sempiterno sonsonete (*que si la justicia y el derecho, que si la dignidad humana, que si verdes las han segado...*), y, sobre todo, de contemplarla en permanente disparate. Por ejemplo: Cuando las democracias —curadas de su error—, abren las puertas de la UNESCO a los valores del franquismo, esa España, en vez de comprender, pone el grito en el cielo, arráncase las canas que le quedan y se rasga (es un decir), las vestiduras. Empecinada en que no hay más cultura que la cultura vieja, niega la de esta hora; más práctica, más eficaz, más amplia a todas luces. Porque, ¿puede decirnos alguien para qué sirven un Pau Casals o un Juan Ramón Jiménez? En cambio, el burócrata tipo *robot*, si es lo bastante monolítico, el general con las bragas bien puestas y el capitán de industria, forman la base misma de la civilización moderna y son, además, parteros del futuro.

Franco, es verdad, no conserva de los *valores* que *valían* ayer más que tres o cuatro carcamales, pero, en cambio, de los que están en curso tiene para anegar a Europa. Vayan dos botones de muestra:

# DOS

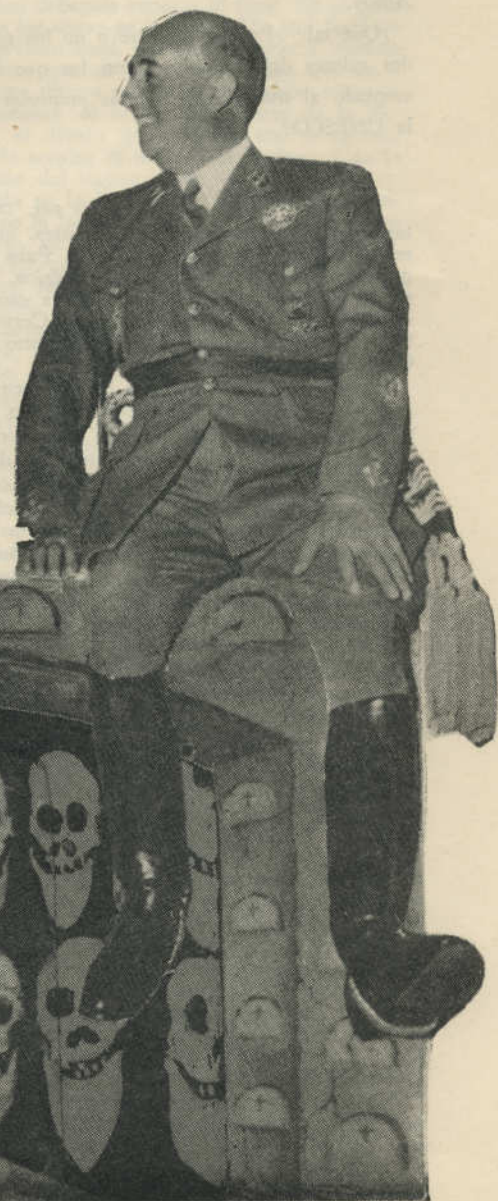
# BOTONES

# DE

# MUESTRA

Por

EL CELTIBERION



El primero, es el *general tres cuartos*, sobre nombre ganado por Millán Astray al perder un brazo, un ojo, una pierna, un riñón y la mitad del homóplato izquierdo, todo, civilizando moros. Pues bien, esta piltrafa heroica, famosa también por su famoso ¡¡¡¡Muera la inteligencia!!!! (la decadente, claro), ha buesto la suya de relieve, en ocasión de la cogida de un torero, publicando un escrito que el mismo Cervantes envidiara, y que, sin quitar ni poner punto, acento ni coma, a continuación reproducimos. Dice así: *Para Martorell el cordobés, te envío mi admiración en vuelta en un cariñoso abrazo, y te digo: Martorell, vi como te cogía el toro. Vi como estabas herido. Vi como seguías toreando. Estaba muy cerca de ti. Has de saber que en el reglamento de la Cruz Laureada de San Fernando, para premiar el heroísmo de los soldados españoles, una manera de ganar la Cruz es la siguiente: Después de estar gravemente herido, continuar en su puesto hasta terminar la acción. Que la Virgen de la Macarena te ayude y que nuestro Patrón el Arcángel San Rafael te guíe para gloria tuya y orgullo de Córdoba, de donde son Lagartijo, Guerrita, Manolete y mi entrañable amigo y compañero de promoción Machaquito. ¡Viva la Legión! ¡Viva Córdoba! ¡Vivan los toreros valientes españoles! Tuyo que te abraza. José Millán Astray.*

¿Qué tal? ¿Pueden codearse o no los grandes valores del franquismo con los que han aceptado al nuevo socio en las empresas de la UNESCO?

(Sigue de la pág. 28.)

tan con saber lo que dijo Cervantes, quieren también saber lo que no dijo. Para algunos el *Quijote* es una obra *esotérica*, llena de sentidos ocultos e intenciones escondidas. El pretendido esoterismo de Cervantes ya impacientó un poco a Mariano de Cavia en su tiempo.

Estos intérpretes son unos zahories capaces de sonsacarle a Cervantes hasta las últimas entretelas de sus secretas intenciones, por mucho que se haya esforzado en disimularlas, según parece por miedo a la censura y al Santo Oficio. Para ellos la obra cervantina, principalmente el *Quijote*, no es más que una fachada brillante y engañosa, detrás de la cual se ocultan las más redomadas intenciones, contra todo lo divino y lo humano. Como si no bastase con lo que dijo, los intérpretes estiran su sentido; o le encuentran otro doble. Cervantes no lo ha dicho; pero los intérpretes son lo bastante sagaces para saber que *lo quería decir*. Nos obligan a recordar el cuentecillo del que se presentó en un estanco preguntando si tenían papel *zig-zig*. "Querrá usted decir papel *zig-zag*" —le corrigió solícito el estancuero—. "Si lo hubiera querido decir, lo hubiera dicho" —replicó sensatamente el otro—. Creemos que si Cervantes hubiera querido decir algo más, lo hubiera dicho. No era mudo ni manco, aunque de esto presumía un poco; pero ya sabemos que, por fortuna, le quedó intacta la mano con la que escribió unas mil páginas (entre el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*, para retener sólo el cogollo); y las escribió en un castellano, sin duda, muy variable, pero todo él del más diáfano y puro cristal de roca.

Por otra parte, ¿qué más queréis que dijera? ¿Os parece todavía poco?... Puesto que acabo de traer uno, permitidme otro



El general Millán Astray, destacado representante de la "cultura" franquista (recién ingresado en la UNESCO), autor de aquel famoso "¡Muera la inteligencia!", gritado en la Universidad de Salamanca contra don Miguel de Unamuno y de una carta no menos famosa dirigida a un famoso torero.

Y ahora, el otro botón, si no tan relumbrante, no menos sólido ni de peor factura. Ortega y Gasset, también valor pretérito, pero engraido y tieso como pocos, solicitó permiso para resucitar a un muerto. Se trataba de sacar de nuevo aquella nefasta *Revista de Occidente*, verdadero foco de infección que envenenó,

## LA LECTURA DE CERVANTES

en su tiempo, a buena parte de la, por entonces, juventud española. El ministro de la Gobernación, señor Pérez (don Blas), un oportunista que tapa de la mejor forma que puede sus ulcerillas liberales, apoyó la petición alegando que dicha revista daba prestigio a la cultura española, y que el momento era muy oportuno ahora que España había solicitado el ingreso en la UNESCO. El ministro de Asuntos Exteriores (otro que tal baila), se adhirió al señor Pérez, pero allí estaba —por fortuna—, el señor Cavestany, uno de esos valores que han germinado en los viveros del franquismo, quien hizo notar que el señor Ortega y Gasset llevaba en España tres o cuatro años sin que en ese tiempo hubiera visitado al *generalísimo*. Este intervino para decir: "Exacto", y con ello se zanjó el asunto, quedando denegada la petición que, sin duda alguna, elevó el muy ladino don José con intenciones subversivas.

La intervención del señor Cavestany le acredita como poseedor de una penetración que asombra, muestra su clara idea de lo que debe ser la cultura de hoy —y del futuro—, y evidencia, tanto su mucho y muy profundo meditar en torno a este problema, como la solidez de su talento.

Botones como éstos podríamos dar a toneladas, pero creemos que para muestra hay más que suficiente. Por otra parte, la España estática y hermética padece ceguera progresiva y no los verá nunca, y si los viera, capaz sería de negarlos.

pruebas de grandeza de ánimo y de un valor personal que, sobre todo en Argel, rayó en el heroísmo. De manera, señores intérpretes, que vamos a dejar, con vuestro permiso —o sin vuestro permiso— exégesis insidiosas y presuposiciones que no podemos llamar *gratuitas*, porque nos cuestan el dinero de los libracos o librillos en que las exponeis, y *dándolo por predicado*, como el ajusticiado del Buscón, vamos con un poco de lectura directa de Cervantes, y *cada puta hile, y callemos*, como se dice en el libro inmortal; donde, si mal no recordamos, también se sugiere que *en manos está el pandero, que lo sabrán bien tañer*.

Cuidado con hacernos decir lo que no queremos. No negamos que, excepcionalmente, algunos trabajos de restitución del texto cervantino, y algunas anotaciones sobre el mismo, sean estimables y útiles; útiles en la precisa medida en que nos sirven para establecer un contacto más auténtico y directo con la obra del autor. Tampoco desconocemos que, excepcionalmente, pueden ser interesantes algunos ensayos inspirados en las páginas cervantinas; interesantes, no para conocerlas mejor, sino para conocer el ingenio de sus comentaristas y gozar del mismo cuando le tengan. Lo que, hechas estas salvedades, decimos y mantenemos es que, de manera general, la asoladora invasión de notas, comentarios, interpretaciones y demás jerigonzas que abruma y aplastan el texto de Cervantes, interponiéndose entre el mismo y nuestro ingenuo deseo de conocerle y saborearle, constituye un estorbo funesto; y, en todo caso, puede servir para cualquier cosa, menos para reemplazar la lectura directa de las obras cervantinas.

50—

(Viene de la pág. 52)

un susto morrocotudo; pero asustada y todo, como clásica española al fin, de lo primero que se acordó fué de propinarme una regular ración de alpargatazos en el trasero para que no me volviese a descalabrar. Hoy, que estoy enfermo de pedagogía, comprendo perfectamente que la medicina fué asaz primitiva y cruel; de todas formas cómo me hace feliz evocar aquel momento, pues la veo con la alpargata en la mano y las lágrimas en los ojos.

"El porrazo dejó huellas tan hondas en mi cerebro, que siempre que se ha repetido, al levantarme siento una impresión igual a la sentida hace cuarenta y seis años. Así volví en mí una noche de *aquejarre* que celebraba con las brujas amigas mi cumpleaños; pero entonces perdí el sentido aporreándome contra el piano. ¿Quién lo diría?: esa noche la catadura fué de whiskey. Lo cierto es que al recobrar me creí que estaba en mi Torre de Juan Abad y frente a la gran tinaja *La Virgen de la Vega*. Este musical porrazo, tengo entendido que lo recoge, con su gracejo y estilo singulares, Otaola, en *La librería de Arana*.

"Anduve vendado cerca de una semana, y no sé si de lloriquear o por la flor de vicio de que habla Juan Ramón Jiménez en sus historias para niños sin corazón, tuve los ojos pitafiosos, es decir, florecidos de lagañas que me pegaban el párpado de arriba al de abajo... ¡Qué bien los abrí una mañana para ver a los húngaros, que traían un oso y una mona bailando al son de tambores y panderos! No se me ocurre asegurar que les acompañaba el cerdo porque vas a imaginarte que te estoy contando una de las fábulas que nos explicaba don Atilano. ¡No traían cerdo!...

"Si bailaba el oso, la mona descansaba. Y al revés. Yo era un poquito irresponsable y agarré a la mona del rabo con todas mis fuerzas, ignorando el mal genio que este animalito se gasta. La mona se puso rabiosa y se me tiró a la cara. Mi impresión fué de órdago a la grande y guardé cama, hasta con fiebre. Quizá desde el momento aquel me han infundido pánico toda clase de bichos, aunque se dediquen a hacer monerías. Y en tal modo, que a estas alturas, cuando acompaño a mis hijos al jardín zoológico, les recomiendo que no se acerquen mucho. Ellos se intrigan con las precauciones de su padre, pero si leen esto, se explicarán bastantes cosas.

"Llegó la Navidad de aquel año inolvidable de 1906. Yo formaba parte del coro que había de cantar los villancicos en la Misa de Gallo de la Nochebuena, y tenía a mi cargo un *solo* de los más gustados por el pueblo. En el ensayo general se me escaparon dos gallos, y el *cura mocico* me sacudió un guantazo

# EN EL CONFIN DE LA MANCHA

de los suyos; que entonces nos educaban a tortazo limpio. Llamábamos *cura mocico* a un sacerdote joven y bien parecido que había llegado a la Torre de Juan Abad. El mote, en nuestro lenguaje, quería decir el cura soltero, por lo coloradito y lo bien plantado y, además, porque no tenía ama ni sobrina. Pues me aguanté el cachete sin decir esta boca es mía.

"Comenzó la misa al compás descompasado de zambombas, rabeles y panderetas. Luego nuestras voces llenaron los ámbitos del templo con las maravillosas letras y músicas de nuestros inefables villancicos, que olían a espliego y mejorana. No se hizo esperar mi turno, tan aviesamente soñado por mí para desquitarme del sopapo, y en lugar de entonar el consabido

*Yo, pobre gitano,  
al Niño le diré...*

que mi familia esperaba ilusionada y retardora porque yo tenía mejor voz que el hijo del alcalde, me eché a llorar a berrido limpio y sin timbrar. El *cura mocico* me las pagó, pues en la iglesia se armó un revuelo más grande que el producido por *la mi señora* en el romance de *La Misa de Amor*...

"Ahora, con una perspectiva tan lejana en el tiempo como en el espacio, asocia el matiz infantil y el picaresco para llegar a la conclusión de cómo se forma la flexibilidad de un carácter. Opino que en esa conjunción graciosa está lo manchego y que no a humo de pajas lo aprovechó el genio cervantino: un terminante desdoblamiento de la personalidad. Quiero decir, caballeros a carta cabal para las cosas de buen fin, y una cazurra adaptación al medio para vivir lo mejor posible esta vida demasiado corta, ya se viva superficialmente o con toda intensidad. Que, como afirman los de allá, el tiempo es tiempo y siempre cuenta.

"Por eso, hermanito Calleja, se siente uno muy a gusto cuando amigos como Anselmo Carrerero le saludan con un '¿Qué hay, manche-

go?'. Lo que es a mí, ese saludo me sabe a piropo porque, lo dice nuestra seguidilla,

*Aunque soy de la Mancha,  
no mancho a nadie.  
Más de cuatro quisieran  
tener mi sangre.*

Mi entrañable y fraternal *Cei* de Lara hace una pausa, que aprovecho yo, para agradecerle los materiales de este relato. En seguida, con una voz íntima y melodiosa, me ha interrumpido para modularme este añejo cantar:

*¿A quién contaré mis quejas,  
mi lindo amor,  
a quién contaré mis quejas,  
si a vos no?*

Quedan en el aire los ecos de su canción, guarda silencio y, entornando los ojos, parece contemplar aquel confín de la llanura manchega que lo vió nacer y que ningún lugar de la Tierra le ha hecho olvidar.

## El último...

(Viene de la pág. 38)

repentino silencio del teatro vacío, de las butacas abandonadas, del olvido de su público... Pasa el tiempo. La muñeca está arreglada y va a bailar. El clown quiere volver al escenario y fracasa otra vez. Otra vez el teatro vacío, las butacas abandonadas, el olvido. Es ahora el clown el que está roto, y la bailarina la que debe componerlo. Galatea ocupa ahora el lugar de Pimalión.

Todo es gris. Un día, estando en el escenario viendo bailar a ella, el clown pasa desapercibido. Todos se van y alguien ordena que se apaguen las luces. El clown queda solo, con las luces muertas en su torno. ¿Os dais cuenta de eso?

Pero debemos esperar al final. En el final todas las cosas se arreglan. Un mal final no es un buen final. Chaplin lo sabe. Y cuando creemos que no va a haber final, que va a ser una última escena rota y triste, viene la pantomima de la vida, la danza de la ilusión, el último gesto hecho con serenidad, con la sonrisa ni amarga ni burlona. Con la sonrisa del vagasotero en el bosque.

Esta es la historia de *Candilejas*, tal como yo la he visto. Chaplin ha revivido una escena, en el final, que todos recordamos. Una escena que para algunos es triste y para mí resulta melancólica, pero henchida de amor a la vida. La comparación no es nueva, pero nunca ha sido más acertada que ahora. Este final me recuerda el último capítulo del Quijote.

Hay que repetirlo: no es una sonrisa amarga esa sonrisa última del clown. Es la misma sonrisa de don Alonso Quijano el Bueno, surgiendo de las cenizas de don Quijote de la Mancha. La misma sonrisa de Monsieur Verdoux, paladeando el aire matinal en el camino a la guillotina. La sonrisa del que hace de su muerte, como lo hizo de su vida, una obra de arte.

Esta gracia y esta ternura de Chaplin son ahora la mejor respuesta a las doctrinas del desaliento, la amargura y el existencialismo, a esos romanticismos negros que se complacen en el ideal del no ideal.

Charles Chaplin, el vagabundo de hace algunos años, el Monsieur Verdoux de ayer, el clown triste de hoy, es ahora nuestro último maestro de la ternura.

## Sigue el Tinglado...

(Viene de la pág. 15)

ña es el desarrollo de la más incua y grotesca farsa, representada ante un pueblo, maniatado, amordazado, y ante un mundo entontecido... Una farsa a la que cada día se añade una escena, siempre más burlesca que la anterior, más cínica que las demás...

Hasta que un día —¡no hay mal que cien años dure!— el público exija el final, con la retirada violenta de los siniestros actores.

(España, octubre de 1952)

# UNA NUEVA GENERACION

(Viene de la pág. 8)

Una voz llena de audaz esperanza grita desde la Península: "Todo eso ha fracasado —dice esta carta—. Hay que ensayar lo que todavía no se ha ensayado en España: la convivencia de todos los españoles bajo el mismo techo, con la firmísima decisión de convivir, ocurra lo que ocurra y con la meta indiscutible de reconstruir, material y moralmente, a España."

El peligro de la situación transitoria lo señala este joven estudiante de veinticuatro años, que tenía siete cuando empezó la guerra: "Muchos estiman que la persistencia de Franco es el mal menor, porque, sea como sea, garantiza una especie de orden que ya se han acomodado, pero ¿y después? Porque el caudillo no es eterno, ni se ha cuidado de organizar la sucesión. Esta será el caos, ese caos que temen. Y nosotros, en nombre del futuro de España, no queremos que suceda así. Hay que ponerse de acuerdo, con urgencia, cueste lo que cueste, y organizar la sustitución. Si ellos no pueden, los de arriba, hagámoslo nosotros, las gentes anónimas, limpias de corazón y bien intencionadas."

¿Monarquía? ¿República? Oigamos ahora a este otro español de allá, de España, hombre de treinta y ocho años, que escribe: "La restauración pudo haber sido una esperanza, pero ¿a quién restaurar? Franco destruye cuanto toca, y, con su tira y afloja, ha destruído ya, mediante el arma del ridículo, a todos los posibles candidatos. A ningún español puede inspirar respeto ese menguado pretendiente que marchanda con la corona y considera el trono como un *empleito* para su vástago. ¿No contamos para nada los españoles? Sólo consultando a la Nación habrá un régimen estable. Y la respuesta de la Nación no será, probablemente, ni la República de 1936 ni el franquismo, pero tampoco la restauración."

La generación de 1939 está de vuelta, ya, de muchísimas cosas. Se presenta, o se atisba, con otra decisión, un gesto nuevo y un acento cordial. Tiene fe en sus destinos, los alegres destinos de España, mas no una fe sentimental o irreflexiva, porque se asienta en la experiencia del pasado, en el conocimiento de lo que somos, de lo que es, de verdad, nuestro país, de lo que ya tenemos y de lo que nos falta.

A mi buen amigo José Ramón Arana se le antojó encargarme unas cuartillas para la sección *España en el recuerdo*. Yo, que me he limitado, en mis devaneos literarios, a la modestia de notas bibliográficas como instrumental para mis clases de literatura, declinaría de buen grado un encargo de tal naturaleza; pero a este aragonés de LAS ESPAÑAS no se le puede negar nada porque es el ejemplo vivo del sacrificio ambulante por las cosas españolas.

Y aquí estoy, lector, pidiendo ayuda a mi hermano mayor, *Cei* de Lara, que posee en su archivo datos para sacarme, él sabrá cómo, del atolladero. Este hermano mío se me ha puesto a tiro y me presta su valiosa ayuda. Ahí va transcrito, palabra a palabra, lo que en un momento de generosidad me ha dictado:

"Hay recuerdos en el cerebro de los hombres, agazapado con tantísimo poder, que al menor estímulo psicológico salen a la intemperie. También se esconden cosas capaces de vencer en ímpetu expansivo a esos recuerdos: el hierro candente, aplicado en la infancia a la personalidad de cada cual, por acontecimientos que se hicieron imborrables, y, como un distintivo en el ojal de la solapa, se exhiben invariablemente en cada actuación de la vida.

"El hierro de la ganadería humana es para unos imborrable y desgraciado signo. Para otros, por el contrario, suele convertirse en llave de gracia que abre las puertas de simpatías y corazones. Si el fenómeno es aplicado a los problemas artísticos, se aprecia cómo *eso* truecáse en lo que desde tiempo atrás viene llamándose estilo o sello peculiar de la personalidad.

"En mí no se ha logrado ver claramente si el hierro de la infancia es infortunio o es fortuna. Se me achacan desdichas si no soy demasiado asequible a las exigencias de los demás, y donaires cuando me prodigo en demasía. Creo necesario un viaje hacia el pasado para descubrirte cuál pueda ser la verdad, puesto que ni yo mismo la conozco con exactitud; y por eso, en el juego del vivir, ignoro aún a qué carta debo quedarme, pues o no alcanzo bien o me paso.

"Voy a desempolvar unos recuerdos del rincón de la Mancha donde tuve la gloria de nacer. Fué nada más, y nada menos, que en la Torre de Juan Abad, antesala de Sierra Morena, vista de norte a sur. Los bandoleros merodearon del otro lado, pues de éste de acá les habría sido imposible vivir, ya que comienza la llanura de la Mancha y estarían a tiro de la *benemérita*, esa Guardia Civil insensible, eficaz para quien manda y odiosa y cruel para el discrepante.

"Tenemos los de la Torre de Juan Abad al costado las ruinas del Castillo de Montizón, cuya historia no investigué cuando tuve tiempo de ello, pero que cito únicamente por lo maravilloso y viril de su nombre y de otro, así de lindo, como el de La Cerrezuola, que consiste en unas lomas pedregosas, donde hacíamos novillos en lugar de asistir a aquella escuela fría de la Plaza, con muchas ventanas y sin vidrios, donde en el invierno crudo hacía un frío que se las pelaba. Tenía una estufa de leña, a cuyo alrededor colocaba don Atilano Morales, el maestro, a los Frías y los Gormaces, a la sazón señoritos y amos del pueblo.

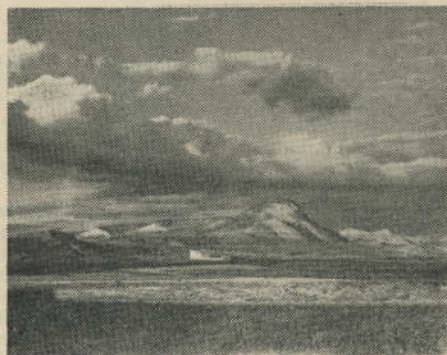
"Aguzando mucho la vista, los días claros se divisaba el antiguo y conocido campo de Montiel, de triste recuerdo por su tradición cainita y su afrancesado dugescelinismo. Los pueblos más próximos a la Torre de Juan Abad son Cózar y Villamanrique, que se hallan a tres o cuatro kilómetros. A mí, entonces, me parecieron distancias enormes porque las medía a paso de abarcas cuando iba a ver las encerronas.

"En la Torre de Juan Abad estuvo desterrado don Francisco de Quevedo y Villegas. De manera que el pueblecito puede darse tono de universalidad y presumir de airecillos satíricos; que, según viejos chismes, allí don Francisco fué don Juan más de una vez como puede notarse en el tono zumbón y en los rodeos al hablar de los torrejuanabadenses. De ahí que el más grande intelectual de todas las épocas españolas ganase el honroso título de *Señor de la Torre de Juan Abad*. ¿Sería exa-

# ESPAÑA en el RECUERDO



Molino de la Mancha



Paisaje de la Mancha



Tinajas de la Mancha

## EN EL CONFIN DE LA MANCHA

Por Isidoro ENRIQUEZ CALLEJA

gerado que también se le llamase *Señor de España*?...

"Te diré al oído, sin ganas de presumir, que yo me he sentado en el sillón de cuero que usó don Francisco y que se conserva aún en el Ayuntamiento del lugar. Muchos han criticado acervamente que el histórico sillón sirva de asiento a los alcaldes rurales, pero pienso que el autor de *Los sueños* considera, desde el otro mundo, menos irreverentes las posaderas de un campesino que el trasero de un falso intelectual o de cualquier académico en boga. El, tan exigente con poetas de los quilates de Góngora, ¿qué azotes no les daría a los Diego y los Pemán?...

"Desde chico supe que mi tía Isabel, casada con el ingeniero Alfonso Pisa y Peñafiel, primo del político don Juan de la Cierva, era propietaria de la casa donde vivió Quevedo. En aquel jardín, que visitaban los extranjeros para llevarse botellas con agua del pozo y clavos de las enormes portadas del corralón, he jugado en los atardeceres a la rayuela, muy ajeno a que en el rodar de mi existencia no escribiría yo una página ni intervendría en conversaciones donde no hiciese, viniera o no a cuento, una emocionada referencia sobre el *señor* de mi pueblo; ese pueblo chiquitín, pero tan grande, que llena el mundo de mis cotidianos ensueños, destacándose cada noche con luminosa transparencia.

"La existencia de la Torre de Juan Abad está condicionada a su vega, sus quesos y sus trigos; pero su economía mayor la debe a la vendimia. Se produce uva riquísima, cuya mayor cantidad es llevada en carros para venderla en Valdepeñas. A nuestros entenderes, Valdepeñas era la capital del mundo por sus corridas con trajes de luces, teatros, *mozas del partido* y, además, porque pasa el tren.

"La uva sobrante la convierten mis paisanos en un vinillo aloque hecho a ritmo zapateado, en mostillo y arrope con calabazate, que no tienen otros que puedan comparárseles. Sólo de pensar en ellos me relamo de gusto, pues el paladar también tiene su memoria. ¡Y si no que se lo pregunten a Proust!...

"Cuando volvían de las viñas las galeras cargadas de capachos pletóricos de uvas doradas, tintas y moscateles, saltábamos como gamos a las traseras y, a grito pelado, decíamos a los gañanes:

"—Hermano, déme usted una uva...

"El recio vendimiador, a manos pródigas, nos echaba desde los carros, hermosos y apretados racimos que ahora deben costar un ojo de la cara. Y en los quicios de las puertas engullíamos las uvas *de tres en tres*, como lazarrillos hambrientos. Si entonces pedíamos por costumbre, figúrate lo que ocurrirá ahora, que apremia la necesidad...

"En casa del Tío Catite había una bodega espléndida, semejante a un bosque de tinajas de diversos tamaños. Las más antiguas, es decir, las de más solera, tenían sus nombres. Allí, en infinidad de ocasiones, vimos cómo los catadores —críticos magníficos del alcohol— probaban, con la delicadeza de un rito, los vinos, para clasificar con refinado paladar las calidades de las bebidas.

"Pues una tarde, estando a nuestras anchas en la bodega, mis primos Hilario y Periquillo, y yo, que tendría a la sazón mis seis años cumplidos, discurrimos jugar a los catadores. Subíamos las escalerillas de cada tinaja con el vasito en las manos y, uno a uno, probábamos los vinillos. Tengo muy presente que mi primo Hilario lo hacía a morro. No sé qué cara pondría yo al rato de la *culta faena*, que mis compañeros de trastada me miraban y se reían con ganas; lo que sí está claro en la memoria es la prosopopeya graciosa con que yo chasqueaba la lengua, afirmando las excelencias de los caldos, como si fuese el más experimentado catador. Los había observado tantas veces, que los gestos me salían al pelo...

"De repente, paladeando el clarete de *La Virgen de la Vega*, añejo que se podía masticar, caí de espaldas. Chorreando mi sangre por la cabeza, y la de Cristo por las comisuras de los labios, me llevaron mis primos a mi casa, calle del Calvario, que luego se llamó de Miguel de Cervantes.

"Mi madre, que en paz descanse, se llevó  
(Sigue en la pág. 51)